



JANA
WESTWOOD

Un lugar
donde quedarme

Contenido

[Prólogo](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Querid@ lector@](#)

[Worthington Hall](#)

Prólogo

Hace ya años que Felicia Bellgard, hija de un pequeño terrateniente de Houston, Texas, encandiló con sus dulces ojos azules a Sam, uno de los hermanos Harbord, dueños del rancho Little Bit, consiguiendo uno de los matrimonios más prósperos de todo el estado.

Sam era el mayor y compartía la propiedad con Walter, su hermano pequeño, pero la tierra nunca sería un problema entre estos hermanos porque 507105 acres era suficiente terreno para los dos. La vida de Felicia se vio, a partir de ese momento, adornada con toda clase de lujos y comodidades, si tenemos en cuenta que vivía en un rancho.

Felicia tenía una hermana, Jillian, que debería haber seguido sus pasos si hubiese sido inteligente. Todos pensaban que Jillian era mucho más guapa que Felicia y estaban seguros de que conquistaría a Walter sin apenas esfuerzo, de manera que los cuatro hermanos vivirían juntos y felices para siempre, en los dos mil kilómetros cuadrados de terreno que poseían.

Pero cuentan que Walter se enamoró de Irene Abey, la mejor amiga de las dos hermanas, y se hizo construir otra casa a unos cuantos kilómetros del edificio principal, dentro del rancho, dejando a todos con cara de imbéciles.

Jillian tuvo entonces que buscar el amor en otros lares y con el buen ojo que la caracterizaba fue a fijarse en Roberto Guzmán, un mexicano que trabajaba en el rancho y cuyas mayores cualidades eran sus desarrollados músculos y una poderosa labia.

La familia Bellgard, en concreto el padre de Felicia y Jillian, un hombre chapado a la antigua y con poco aprecio por los extranjeros, ordenó a su hija que se desenamorase inmediatamente, a lo que Jillian reaccionó escapándose con Roberto para casarse.

Thomas Bellgard borró a su hija de la vieja Biblia en la que la había inscrito al nacer y prohibió a todos los miembros de la familia que tuviesen contacto con ella, de ninguna clase.

Repudiada por todos, Jillian se marchó con su esposo a Saltillo, México, y no volvió a tener noticias de su familia tejana. El amor que sentían el uno por el otro se fue agriando a fuerza de penurias, y mientras Jillian tenía que cuidar de sus cuatro hijos, Roberto encontró en el vino a un fiel amigo.

Habían pasado diez años sin que tuviesen noticias de la descarriada Jillian, cuando Felicia recibió una carta de su hermana. El orgullo había muerto de hambre y le pedía ayuda.

Felicia entonces tampoco era demasiado feliz, tenía todo lo que podía desear,

excepto lo que más deseaba. Dios no había querido bendecirla con el don de la maternidad, y ver cómo Irene traía al mundo a Nathan y Samantha no la ayudó mucho.

La contrición de su hermana y sus súplicas para que la perdonase tuvieron efecto en Felicia, que leyó a su esposo la carta en la que la susodicha le pedía ayuda diciéndole que volvía a estar embarazada y que no se veía con fuerzas de cuidar a otro niño más.

Sam Harbord sabía de sobra lo necesitada que estaba su esposa de un hijo y se le ocurrió una idea, podían quedarse con el niño que llevaba Jillian en el vientre, adoptarlo como suyo y proporcionarle una vida con todo lo que pudiese necesitar. Para ello imponía una única condición: que fuese varón.

Felicia pasó toda la noche sin dormir pensando en ello. Aunque le hacía una gran ilusión ser madre, nunca se había tenido que preocupar por otro ser humano. Entonces se le ocurrió una idea. En lugar de quedarse con uno de los hijos de su hermana, se quedarían con dos, el que aún no había nacido y que adoptarían como propio, y la mayor de las niñas, a la que acogerían como protegida y que sería en realidad quién se encargase de atender al bebé. Su esposo estuvo totalmente de acuerdo con ella.

Jillian, que amaba profundamente a sus hijos, sintió que se le partía el corazón al tener que separarse de dos de ellos. En especial de Tracy, que era plenamente consciente de lo que ocurría. Aun así fue capaz de convencer a Roberto de que aquello era lo mejor para todos. Gracias al dinero que les darían podrían comprarse una casita y montar el taller mecánico que él siempre había querido. Además, Sam y Felicia costearían la educación de todos sus hijos. Incluso de Tracy.

Roberto firmó los papeles de adopción y entregó a su hijo recién nacido, mientras Jillian abrazaba a su pequeña sin soltar una lágrima y repitiendo en su cabeza que Tracy y Harry tendrían una maravillosa vida lejos de ellos.

La niña lloraría suficientes lágrimas por todos.

© Jana Westwood
Portada: Jana Westwood
Foto portada: 123rf
1ªEdición: febrero de 2017

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, bajo la sanción establecida por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Capítulo 1

Tracy era pequeña y estaba demasiado delgada para su edad. A Felicia le pareció que además tampoco parecía muy simpática, pero quizá se debiera a lo exageradamente tímida que era.

—No se parece a mi hermana, ¿verdad? —dijo mirando a su marido que estaba sentado junto a ella en el avión.

—Es una cría, ¿qué esperabas? —dijo él sin prestar demasiada atención a nada que no fuese el bebé que tenía en los brazos.

Resultó que Sam se encontraba cómodo con el niño y el instinto paternal había eclosionado en él como por arte de magia. Felicia siguió mirando a la pequeña que iba sola en los asientos de la derecha. Al menos había dejado de llorar.

Cuando llegaron al rancho les esperaban con globos y carteles de bienvenida con el nombre de Harry por todas partes. Todos se portaron muy bien con Tracy. Incluso su primo Nathan que con doce años tenía poco interés en la llegada de un bebé y una niña a la familia. Samantha, a la que todos llamaban Samy, se mostró un poco nerviosa, para ella la idea de tener una prima de su misma edad con la que jugar era todo un acontecimiento, pero Tracy no parecía muy entusiasmada por conocerla.

A Tracy le pareció que todos eran increíblemente grandes y que su prima era realmente hermosa con aquella ropa tan bonita y el pelo largo sujeto en una coleta alta. Se sentía fea, pequeña y tremendamente triste. No levantaba la cabeza y apenas dijo nada temiendo que se pondría a llorar. Cuando cortaron la tarta y pretendieron que comiera una porción a punto estuvo de atragantarse al intentar contener las lágrimas. Irene Abey comprendió que la niña necesitaba desahogar su pena a solas y se ofreció a mostrarle su habitación dejando a los demás con el pequeño Harry. A Irene no le gustaba nada cómo había decorado la habitación su cuñada. Tampoco le parecía bien que hubiese colocado a la niña en aquel cuarto tan pequeño con la excusa de que era el único que estaba al lado del de Harry.

—¿Te gusta? —preguntó con ternura.

Tracy asintió con sinceridad mirando a su alrededor. Habían pintado las paredes en color azul cielo, que era su color preferido. Se acercó al armario y lo abrió, estaba lleno de ropa. Se volvió a Irene.

—Felicia te ha comprado ropa —dijo su tía acercándose—, pensó que no tendrías mucha.

Tracy miró su pequeña maleta que alguien había dejado sobre una silla y luego volvió a mirar la ropa que estaba colgada en el armario. Entre todos sus hermanos

juntos no tenían tanta ropa como había allí.

—Samy hizo de modelo para escoger la talla —dijo Irene—, es posible que te estén un poco grandes, mi hija está más rellenita que tú.

Al ver que la niña estaba incómoda con su presencia decidió dejarla sola.

—Te dejaré para que te instales —dijo Irene—. Supongo que querrás sacar tus cosas de la maleta. Y puedes descansar o bajar cuando te apetezca.

Tracy asintió y vio como Irene salía del cuarto dejando la puerta abierta. Después de unos segundos fue hasta su maleta y la abrió. Sus pantalones raídos la miraron avergonzados y sus zapatillas gastadas parecieron esconderse tras el papel con los dibujos de Clara. Cerró la maleta, se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas con fuerza tratando de contener los sollozos que se le escapaban sin que pudiese impedirlo.

Su primo Nathan entró en el cuarto y la observó unos segundos hasta que ella levantó la vista y lo miró con la cara mojada por las lágrimas.

—Así que ya conoces la tradición —dijo el muchacho.

Tracy frunció el ceño.

—La de que llorar cuando estrenas una casa trae buena suerte —dijo el muchacho sentándose frente a ella en el suelo—. Supongo que te lo ha contado mi madre, pero no hace falta que te esfuerces tanto. Venga, que te ayudo.

El niño empezó a gemir y a hacer como que lloraba y Tracy se echó a reír al ver sus muecas.

—¿Sabes montar? —preguntó cuando la niña se limpió las lágrimas.

Tracy negó con la cabeza.

—Pues aprenderás —respondió Nathan—. Yo monto muy bien, y caballos grandes, no como los que monta Samy. Pero es que ella es una cría. Como tú.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Tracy.

—Trece —respondió orgulloso—. Tú no debes tener más de ocho.

—Tengo diez —dijo ella molesta.

El niño la miró de arriba a abajo.

—Pues eres muy pequeñaja para diez años —dijo—. Mi hermana te saca una cabeza, por lo menos y tiene nueve. ¿Todos tus hermanos son tan pequeñajos como tú?

Tracy asintió y la tristeza volvió a invadirla al pensar en su familia, sobre todo en su hermana Clara.

—Estás triste —dijo Nathan.

Tracy asintió.

—Echo de menos a mi familia —dijo.

Su primo la miró con ternura.

—¿Quieres hablarme de ellos? —preguntó.

A la niña se le iluminaron los ojos y asintió repetidamente.

—Ven —dijo Nathan poniéndose de pie—, te enseñaré el rancho y mientras podrás

contarme cosas de tus hermanos. ¡Vamos!

Los niños salieron corriendo de la casa ante la mirada enfurruñada de la pequeña Samy por verse excluida de sus juegos.

Nathan la llevó hasta los establos para que viese a los caballos y Tracy se sintió aterrada ante la visión de semejantes animales.

—¡Son enormes! —exclamó.

—Ese de ahí es el mío, se llama Lucero —dijo Nathan con orgullo.

Tracy se acercó a mirar a través de los maderos.

—Buscaremos uno pequeño para ti y aprenderás a montar. ¿Pero no querías hablarme de tus hermanos? ¿A qué esperas?

La niña empezó a hablarle de su familia y poco a poco la opresión que sentía en el pecho se suavizó. Aun así, cuando llegó la noche y se encontró sola entre las sábanas no pudo evitar que las lágrimas volvieran de nuevo.

Durante la primera semana lloró cada noche al irse a dormir y durante el primer mes rogó cada mañana porque viniesen a buscarla para volver a casa. Pero la amistad de su primo Nathan y ocuparse del pequeño Harry fueron llenando su día a día y las lágrimas se secaron.

Nathan vio en ella algo especial, una bondad natural que la hacía preocuparse por los demás sin esperar nada a cambio. Y decidió que sería su protector y conseguiría que se encontrase en el rancho como en su propia casa.

Samy no entendía por qué no podía tenerla para jugar siempre que quería y solía enfadarse con ella cuando le mandaban algún quehacer, relacionado casi siempre con Harry, y dejaba el juego sin terminar. Aun así la niña había conseguido lo más parecido a una amiga y se sentía contenta por ello.

Le costó un poco adaptarse a su nuevo colegio y el primer año tuvieron que ponerla un curso por debajo de lo que le habría correspondido, pero Tracy pronto demostró que era muy inteligente y consiguió recuperar el tiempo perdido.

La tía Felicia se sentía completamente satisfecha con su nuevo estatus de madre. Disfrutaba de las pocas tareas que se reservaba para ese cometido, pues la mayoría del trabajo recaía sobre los hombros de Tracy, que fue para su hermano la perfecta hermana mayor.

—Tía, ¿por qué Tracy es tan huraña conmigo —le preguntó Samy a Felicia cuando sus primos llevaban dos meses en el rancho.

—Samy, tienes que ser comprensiva con ella. Debes entender que no es como tú, que has vivido en un lugar como Little Bit y que tienes una familia con recursos. Ella viene de un lugar en el que apenas tenían para comer. Además no todas las niñas son tan guapas e inteligentes como tú —dijo su tía sonriendo al tiempo que le apartaba los rubios rizos de la cara—. Tendrás que ser buena con ella cuando seáis unas jovencitas y no le salgan tantos pretendientes como a ti. La grandeza se demuestra en los detalles, ya lo sabes. Yo tuve que ser muy comprensiva con mi hermana, siempre me tuvo celos

porque yo era la mayor, ¿sabes?, y sin embargo nunca hice caso de eso y la quise como si fuese buena. Al final no sirvió de nada porque Jillian se comportó como una cabeza loca y trajo la deshonra a la familia al casarse con alguien como Roberto Guzmán. Estoy segura de que la enfermedad de nuestro padre tuvo su origen en aquel suceso tan desagradable.

Samy asintió con orgullo, se sentía importante al ver que su tía le contaba todos aquellos terribles secretos. En aquel momento tuvo la certeza de ser la niña más afortunada y guapa de todo Texas. Ninguna de las dos se percató de la espía silenciosa que escuchaba con la espalda pegada a la pared y un enorme peso en su corazón.

—Jillian siempre fue huraña y un poco mezquina, es lo que tiene sentirse inferior a alguien —siguió diciendo la tía Felicia—, por eso debes ser comprensiva con Tracy y tratarla bien, después de todo tiene sus mismos genes.

—Ella no es como Harry, ¿verdad? —preguntó la niña que quería tener las ideas bien claras—. Nunca será tu hija, ¿no?

—No, claro que no. Ella está aquí como mi protegida —explicó su tía.

—¿Como esos niños a los que apadrina mi madre y les envía dinero cada mes? —preguntó la niña.

—¡Sí, eso! —exclamó Felicia con una enorme sonrisa—. Tu madre hace obras de caridad a distancia y yo me he traído mi buena obra a casa.

Las dos se echaron a reír a carcajadas mientras que Tracy sentía ardientes lágrimas resbalando por sus mejillas.

Capítulo 2

Tracy tiró la mochila en medio de su habitación y se dejó caer sobre la cama, exhausta por la carrera. Nathan entró en el cuarto resoplando y se tumbó junto a ella.

—¡Has hecho trampas! —exclamó.

—De eso nada, te he ganado limpiamente —dijo ella incorporándose para mirarlo—. Sabes que corro más que tú.

—Porque tienes esas piernas de palillo que no ofrecen apenas resistencia al aire —dijo él burlándose.

Tracy le empujó arrugando el morro, sabía que odiaba que sus piernas fuesen tan delgadas.

—¡Por fin vacaciones! —exclamó él cuando su prima volvió a tumbarse—. Creí que no llegarían nunca.

—Podremos salir a montar todas las mañanas —dijo Tracy con placer llevando los brazos por encima de su cabeza y estirándose cual larga era.

—Aún me acuerdo del terror de tu cara la primera vez que montaste a Cascabel —dijo Nathan.

Tracy sonrió, ella también lo recordaba.

—Era muy pequeña —dijo.

—Sí, lo eras. Y no era eso lo único que te daba miedo —dijo Nathan riendo.

Tracy sabía a lo que se refería. La primera vez que vio a los hombres guiar a las reses, el estruendo que formaron los animales casi hizo que se mease encima.

—Era muy pequeña —insistió mirándole con fingido enfado.

Nathan le guiñó un ojo y después se sentó en la cama al escuchar que su tía Felicia la llamaba.

La niña se incorporó también.

—Bueno, empiezan las vacaciones, pero me temo que tía Felicia no va a dejarte mucho tiempo libre —dijo su primo.

Tracy se encogió de hombros y se puso de pie, pero Nathan la agarró de la mano y la detuvo antes de que saliera corriendo.

—Tracy, ¿eres feliz? —preguntó muy serio.

La joven asintió repetidamente y le sonrió con cariño.

—¿De verdad? —insistió él—. ¿Ya no lloras cuando piensas en tus hermanos?

—Si estás tú, no —dijo la niña.

El muchacho la abrazó con sincero afecto y volvieron a escuchar la voz de Felicia llamándola.

—Será mejor que vaya —dijo Tracy separándose de él—, no quiero empezar las

vacaciones castigada.

Nathan la vio salir del cuarto y sintió el calor en el pecho que sentía siempre que estaba con ella. La quería profundamente, era su mejor amiga y la sentía mucho más cercana que a su propia hermana. Samy y él no tenían nada en común, pero con Tracy todo era siempre fácil y natural.

Cogió su mochila del suelo y salió del cuarto de su prima. Estaba deseando empezar las vacaciones.

—¿No te parece que el sol se esconde demasiado pronto? —preguntó Tracy a su primo—. Yo creo que la puesta debería durar una hora. Me quedaría aquí sentada contemplándola y podría disfrutarla mucho más.

Nathan la miró y se echó a reír a carcajadas.

—¿En eso estabas pensando? —preguntó—. Veía que tenías esa cara de pensar.

—¿Qué cara? —preguntó ella con curiosidad.

—Esta —imitó la expresión de Tracy y esta se echó a reír.

—¿Pongo cara de estreñida? —preguntó sin dejar de reír.

Nathan se encogió de hombros.

—¿Por qué nadie más viene al Cerro Viejo a verla? —preguntó Tracy.

—¿Y quién quieres que venga? —preguntó él.

—¿Samy? Ella nunca dice de venir —dijo Tracy.

—A mi hermana el sol la trae sin cuidado, se pasa el día haciéndoles esos horribles vestidos a sus muñecas —dijo poniendo cara de asco.

Tracy asintió, era cierto que su prima siempre estaba dibujando y recortando telas, algo que a ella le resultaba muy aburrido.

—He hablado con tía Felicia —dijo Nathan mirándola muy misterioso—, he conseguido que este año te deje ir a la fiesta de la cosecha.

Tracy lo miró con los ojos como platos.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Y Harry?

—Ya tiene cuatro años, puede llevarlo con ella y podemos ocuparnos de él a ratos.

Tracy se puso de pie de un salto.

—¿Y tendré que ponerme un vestido? —dijo aterrada—. No quiero llevar vestido, es un rollo.

Nathan se puso de pie también y se rio de su prima divertido.

—En eso no voy a poder ayudarte, me parece que a tía Felicia le encantan los vestidos.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —Tracy hablaba con su prima, mientras esta preparaba su maleta para irse a la universidad.

—Es lo que siempre me ha gustado, Tracy, tú lo sabes. La moda es mi pasión —respondió la joven.

—Pero eso te alejará del rancho —dijo su prima sorprendida.

—¿Y qué te pensabas que me quedaría para siempre, como Nathan? —Colocó sus utensilios para arreglarse el pelo en un rincón de la maleta y miró a su prima con curiosidad. Después de unos segundos dejó lo que estaba haciendo y fue a sentarse junto a ella en la cama—. Tracy tienes que pensar en ti y en tu futuro. No puedes quedarte aquí para siempre, tú no perteneces a este lugar.

—No puedo abandonar a tía Felicia. Desde que murió el tío Sam está muy sola.

—Tiene a Harry —dijo Samy tajante.

—Precisamente —dijo Tracy—, tía Felicia no puede sola con él.

—Están mis padres —dijo Samy insistiendo—. Desde que Nathan se marchó a la universidad has estado muy sola.

Tracy sonrió.

—Estabas tú —dijo.

—¿Yo? —Su prima se levantó para seguir haciendo su equipaje—. Nunca te gustó salir con mis amigos, siempre me decías que no cuando te invitaba. Las dos sabemos que no hemos sido grandes amigas.

Tracy sonrió con cariño.

—Yo te quiero mucho, Samy —dijo.

—Y yo a ti, tonta —dijo la otra mirándola—, pero tenemos caracteres muy diferentes y nuestros gustos son de planetas distintos.

Tracy se encogió de hombros. Tía Irene abrió la puerta de la habitación y asomó la cabeza.

—Tía Felicia ha llamado, quiere que vayas a buscar a Harry al rancho de los O'Connor —dijo mirando a Tracy y después hizo una mueca de disculpa—. Lo siento, le he dicho que podía ir yo, pero dice que quedaste con ella en que irías tú y ha hablado de que se deben cumplir no sé qué normas...

Tracy asintió y se puso de pie. Samy fue hasta ella y se abrazaron con cariño.

—Disfruta mucho en la universidad, pero ten cuidado —dijo la joven.

—Pareces una anciana —respondió Samantha antes de darle un beso en la mejilla.

—¿Solo te quedarás una semana? —Jillian cogió las manos frías de su hija y las apretó con ternura.

—No puedo dejar más tiempo sola a la tía Felicia. En realidad me ha dejado venir una semana porque Harry está de campamento —dijo mirando a su madre con preocupación—. Estás muy delgada, mamá.

—No te preocupes por mí, hija —dijo ella sonriendo—. ¿Quieres comer algo? ¿Te preparo un café?

—No, no me prepares nada. ¿Dónde está papá? —preguntó.

Jillian sonrió con resignación.

—Trabajando, como siempre. Suerte que le encantan los coches, que si no...

—¿Y mis hermanos cómo están? —siguió preguntando

—Berto y Clara están acabando la universidad —dijo orgullosa—, Berto ha tardado más de lo que debería porque al principio no le fue muy bien. Gracias a que tu primo Nathan habló con él dejó de hacer el tonto y se centró. Lo de Clara es vocación, ya sabes que desde muy chiquita supo que quería ser médico. Es la inteligente de la familia... sin contarte a ti, claro.

Su madre le acarició el rostro con cariño.

—Mario está trabajando en el taller con tu padre —siguió hablando—, a él le gustan los coches, ya lo sabes.

—Sí, solo habla de eso —dijo Tracy sonriendo al pensar en su hermano.

—¿Y tú, cariño? ¿Estás bien? ¿No te arrepientes de no haber ido a la universidad?

—No, mamá. Estoy contenta de haber estudiado contabilidad, me gusta trabajar en el rancho, tengo buena mano para las cuentas y se me da bien hacer inventario. El tío Walter confía mucho en mí —dijo mirándose las manos.

La madre siguió su mirada y acarició las manos de su hija.

—A mí me habría gustado que hubieses ido a la universidad —dijo—. Y que te marchases de allí.

—Mamá, no empieces... —Tracy apartó las manos.

—Es la verdad, hija. Lo de Harry es distinto, pero tú...

—Ya, ya lo sé, mamá. —Tracy miró hacia otro lado para evitar que sus ojos la traicionaran.

—Ahora eres mayor, hija, ahora puedes contarme la verdad, ¿te han tratado mal? —preguntó cogiendo a su hija de la barbilla para obligarla a mirarla.

—No, mamá —dijo—. Siempre me trataron bien y tía Felicia me quiere cerca de ella.

—Para que le hagas el trabajo —dijo Jillian molesta—. ¿Te crees que no conozco a mi hermana?

—La cuestión es que no me han tratado mal, para tía Felicia siempre fui su protegida.

—La sobrina pobre, ya me lo sé yo bien —siguió Jillian.

—¡Ya basta mamá! —exclamó Tracy mortificada—. ¡Después de todo tú aceptaste! Jillian se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—Lo siento, lo siento, mamá, no me hagas caso, no quería decir...

—Hija mía —susurró su madre al tiempo que tiraba de ella para abrazarla—. Soy una estúpida. Perdóname por hablar de esto. Estúpida, soy estúpida...

—No, mamá, no te preocupes —dijo Tracy al ver que su madre empezaba a llorar—. Venga, dejemos de hablar de esto y salgamos a dar un paseo, he visto que has

plantado aloe vera.

—Quiero hacer el gel de la abuela —dijo—, he pensado que soy la única que aún conoce la receta.

—¿Qué gel es ese? —preguntó Tracy poniéndose de pie para salir de la casa.

—¿No te ha hablado tu tía Felicia de la abuela Betsy? Era la madre de mi padre, una mujer muy inteligente que preparaba un gel maravilloso con aloe vera. Calmaba cualquier molestia en la piel y era muy hidratante.

—Vaya, vaya, nadie me ha hablado de la abuela Betsy. Por cierto, mamá, ¿sabes que cada vez tienes más acento mexicano?

—¿Acento, yo? ¡Pero qué dices! Yo hablo como una tejana, los tejanos hablamos así. Eso es que no te has fijado en cómo habla tu tía. Acento mexicano, qué sabrás tú...

Madre e hija salieron al jardín cogidas del brazo.

Siempre le resultaba duro marcharse de la casa de sus padres. Era agradable estar en un lugar en el que no era una mantenida y nadie se sentía superior a ella. Pero para Tracy aquella tampoco era su casa. En pocos días echaba de menos su vida en el rancho. Sobre todo los caballos, le gustaba cabalgar al atardecer y recorrer kilómetros de campos de cultivo respirando aquel aire que ya formaba parte de ella. Le costó mucho aceptar que era una paria, que no pertenecía a ninguna parte y no había ningún lugar al que pudiese llamar su hogar.

—Telefonea en cuanto llegues si no tu madre se preocupa —dijo su padre al despedirla.

—No me gustan los aviones —dijo su madre abrazándola—. Cuídate mucho, hija.

Tracy sonrió a sus padres, después abrazó a Mario, cogió la maleta de su mano y se marchó.

Y así llegamos al momento actual de esta historia. Samy vive y estudia en Nueva York. Nathan regresa a Little Bit con su flamante título de ingeniero agrónomo. Harry ya ha cumplido los diez años y contra todo pronóstico a juzgar por el trato de favor recibido durante toda su vida, es un buen muchacho que adora con fervor a su hermana.

Tracy sigue siendo, para su tía Felicia, la misma huraña y extraña criatura que llegó al rancho diez años atrás. Se encarga del abastecimiento, el inventario y la contabilidad del rancho, con el beneplácito de Walter Harbord para el que es una empleada más. Todo ello sin desatender cualquier necesidad de Felicia, no olvidemos que ella es su altruista protectora.

Capítulo 3

—¿Estás segura de que quieres venderlo? —Walter miraba a su cuñada por encima de la taza de café, apoyado en la isla de la cocina.

—Estoy perdiendo dinero manteniendo un rancho en esas condiciones —dijo Felicia.

—Dijiste que querías regalárselo a Harry cuando fuese mayor de edad.

—Sí, sé lo que dije, pero mi hijo tendrá este rancho cuando crezca. ¿Para que quiere Bellgard? De este modo también contará con una buena cantidad de dinero en el banco.

—A tu padre no le habría gustado —dijo Walter.

—A mi padre le hubiese gustado tener un hijo, pero tuvo dos hijas.

—Haz lo que quieras —dijo encogiéndose de hombros—. Después de todo, tu padre te lo dejó a ti cuando desheredó a tu hermana, así que solo tú puedes decidir qué hacer con él. Si quieres que se ponga a la venta hablaré con Rosalind y ella se encargará de todo.

Felicia asintió.

—Esas tierras son colindantes con las nuestras —dijo Walter—. No quiero que cualquiera se quede con ellas y nos traiga problemas.

—Lo dejo en tus manos —dijo su cuñada, dando por terminada la conversación.

—Walter, no sabía que estabas en casa —dijo Tracy al entrar a la cocina para coger una taza de café.

—¿Has terminado esas cuentas que te pedí? —preguntó el susodicho alcanzándole la taza de lo alto del armario.

—Estoy en ello, por eso necesito el café —dijo sonriendo.

—Estábamos hablando del rancho Bellgard —dijo su tía—. Voy a venderlo.

Tracy soltó la cafetera un poco brusca, sin darse cuenta.

—¿No te parece buena idea?

—No es eso, es que era el rancho del... señor Bellgard —dijo.

—¿El señor Bellgard? ¡Por Dios, criatura, era tu abuelo! —exclamó Felicia.

Tracy se mordió el labio.

—Él nunca permitió que le llamase así —dijo muy seria.

—Pero hace años que murió, ya no está aquí para regañarte.

—Eso da igual —dijo Tracy tratando de que su voz sonase normal—. Pero en ese rancho nació mi madre...

—¡Y yo también nací allí! ¿Qué te crees? ¿Que a mí no me importa? Si hay alguien que tenga verdadero afecto a aquel viejo rancho soy yo, pero de nada sirve aferrarse a

las cosas cuando ya no sirven. Podemos convertir unas tierras inútiles en dinero efectivo. Hay mucha gente interesada en comprar tierras por aquí.

—Pero las tierras son colindantes —dijo Tracy mirando a Walter—, ¿no sería mejor añadir las a Little Bit?

—Felicia quiere conseguir efectivo para Harry —aclaró Walter.

Tracy supo que no debía decir nada más.

—¿Qué hacéis todos aquí? —dijo Nathan entrando en la cocina en ese momento.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Walter—. ¿Crees que es buena idea vender el rancho del abuelo?

—¿Venderlo? —Nathan cogió una manzana del frutero y le dio un mordisco mientras observaba a su tía con atención—. ¿Por qué quieres venderlo?

—¿Para qué va a querer Harry ese rancho cuando tenga tu edad? —le preguntó Felicia dando otra calada a su cigarrillo—. Ahora es un buen momento para vender.

—La tierra se revaloriza —dijo Nathan—, podríamos trabajarlo y más adelante...

—¡Ah, no! —exclamó Felicia—. Ya sé yo cómo acaban estas cosas. Eso fue lo que pasó con los Russon y ya viste como acabaron, no se hablan. No voy a dejar que unos cuantos acres estropeen esta familia.

—Es tu rancho y tú decides —sentenció Walter dando una palmada—. Llamaré a Rosalind para que se ponga con ello cuanto antes. El rancho Bellgard se vende y punto. Nathan, ¿vamos a ver esos brotes?

Su hijo asintió y le lanzó el corazón de la manzana a Tracy para que la tirase a la basura, que estaba detrás de ella.

—A las siete —dijo saliendo de la cocina—. No llegues tarde.

Las dos mujeres se quedaron solas y Tracy observaba hipnotizada cómo se encendía la punta del cigarrillo de su tía cada vez que ésta daba una calada.

—Sé que no te parece bien, no hace falta que disimules —dijo Felicia.

—No sé por qué dice eso, tía.

—Sí que lo sabes —sonrió la mujer con la mirada seria—. Estás pensando en tu madre, crees que ese rancho también debería ser suyo.

Tracy se mordió el labio furiosa por ser tan transparente. Le daba pena tener que darle la noticia a su madre de que lo habían vendido.

—Lo siento, pequeña, pero tu madre no tiene nada que decir a todo esto —dijo Felicia poniéndose de pie—. Si no se hubiese fugado con el don nadie de tu padre ese rancho sería vuestro hogar. Bueno, el tuyo no, porque nunca habrías nacido.

Salió de la cocina y dejó a Tracy con el corazón temblando.

Apretó las piernas y puso su caballo al galope dejando a Nathan detrás. Él siempre había sido más rápido que ella, pero aquel día no pensaba dejar que se saliese con la suya. No tuvo nada que hacer, la adelantó cuando apenas faltaba un kilómetro para el

Cerro Viejo, consiguiendo salir triunfador de la carrera, como siempre.

—¡Gané! —exclamó levantando los brazos cuando detuvo el caballo y después saltó de su montura como solía hacer desde que era un crío.

—Un día te vas a romper la crisma —dijo ella bajando de su caballo y sin poder disimular la rabia que sentía.

Dejaron a los animales atados en un árbol cerca del pasto fresco y fueron a sentarse en lo alto del cerro para ver la puesta de sol.

—¿Estás disgustada por lo del rancho Bellgard? —preguntó Nathan.

Tracy se encogió de hombros.

—No es algo que me incumba —dijo.

—Tracy... —Nathan revolvió su cabello y ella se agarró a su brazo apoyando la cabeza en su hombro.

Durante un rato no dijeron nada ninguno de los dos, se limitaron a disfrutar de aquel precioso momento deseando que las cosas siguieran siempre igual para los dos.

—Deberías irte a la universidad —dijo Nathan cuando el borde del astro rey se ocultó tras el horizonte.

Tracy no contestó. Con él no podía fingir, como hacía con todos. Pero no tenía caso hablar de ello, decir en voz alta las veces que se había imaginado a sí misma en aquellas aulas. Soltó a Nathan y se sentó con la espalda erguida.

—Si me dejaras les pediría a mis padres que te ayudasen —siguió insistiendo Nathan.

—No sé qué hacemos hablando de esto otra vez —dijo ella negando con la cabeza y sin mirarlo.

Nathan se puso de pie dándole la espalda. Tracy lo imitó y se colocó delante de él para que la mirase.

—¿Qué pasa, Nathan?

Él resopló por la nariz.

—No me gusta que hagas eso, Tracy, que te infravalores de ese modo. Deberías luchar por tu futuro, podrías ser lo que quisieras —dijo molesto.

—Ya soy lo que quiero ser —dijo ella empezando a enfadarse—. ¿No serás tú el que me infravalora?

—Sabes se lo que hablo.

—¡No! —exclamó dándose una cachetada con las manos abiertas en sus muslos—, no tengo ni idea de lo que hablas.

—Eres una Bellgard le pese a quién le pese —dijo Nathan entre dientes—. Pero tú dejas que te traten como...

—¿Cómo qué? —dijo ella encarándose a él—. ¿Cómo una Guzmán? ¡Eres tan clasista como ella!

Se dio la vuelta para bajar del cerro, pero su primo la sujetó y la obligó a mirarlo.

—Eso no es propio de ti —dijo dolido—, sabes que no es cierto.

—Yo ya no sé qué pensar de nada —dijo sintiéndose impotente—. Últimamente todo me parece estar cambiando, yo estoy cambiando...

—Pero eso es normal, tienes veinte años, ya no eres la cría asustada que se acurrucaba entre las sábanas para llorar. Aunque a veces creo que aún sigues escondida allí dentro.

Ahora fue ella quién lo miró dolida.

—Estoy aquí como una huésped —dijo—, tu tía podría echarme en cualquier momento.

—¿Por eso vives con miedo? ¿Por que crees que te echarán si te defiendes? —Nathan movió la cabeza y apretó los labios tratando de contener las palabras que pugnaban por salir.

—¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó ella sin comprender.

—¿Es que no te das cuenta? —dijo cogiéndola de los hombros—. Eres como un conejillo asustado que agacha las orejas cada vez que alguien levanta la mano. Es como si creyeras que tienen derecho a tratarte como lo hacen.

—¿De qué estás hablando? —dijo ella con el corazón temblándole en el pecho.

—Mi padre te trata como a una empleada, no tiene en cuenta la hora que es ni lo cansada que estés para pedirte cualquier cosa que necesite y jamás le he oído darte las gracias por nada —dijo Nathan—. ¿Y tía Felicia? ¡Solo falta que te pida que la abaniques mientras duerme la siesta! ¡Por Dios, Tracy!

La soltó y se apartó un paso de ella dándole la espalda para que no viese la furia que había en sus ojos. Tracy se sintió encoger, era como si un cordón invisible tirase de ella desde el centro de la tierra y en lugar de enterrarla en una profunda sima, la fuese encogiendo por momentos. Nathan soltó con fuerza el aire que había acumulado en sus pulmones y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Por qué les dejas que te humillen? —preguntó.

Tracy apretó los labios y negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—Ya no eres una niña, Tracy —dijo él y había decepción en su voz.

Tracy seguía sin decir nada y Nathan hubiese querido sacudirla hasta hacerla hablar, pero estaba parada delante de él mirando por encima de su hombro como si él no estuviese allí.

—He visto cómo durante años te han hecho pagar los pecados de tus padres...

—¿Pecados? —Ahí estaba la reacción que buscaba—. ¿Desde cuándo es pecado amarse? No creo que hicieran mal por quererse, ¿tú sí? Como se nota que nunca has querido a nadie de verdad.

—No estoy hablando de eso y lo sabes —dijo Nathan molesto.

—¿Ah, no? ¿Y de qué hablas entonces? ¿Qué harías si te prohibiesen volver a verme? ¿Me dejarías tirada y seguirías con tu vida?

Nathan la miró confuso.

—Yo no permitiría que nadie hiciese eso —dijo ella—. Y respeto mucho a mi

madre por lo que hizo cuando no le dieron otra opción.

—Deberían haber esperado, el abuelo habría entrado en razón... —dijo él muy serio.

—¿De verdad crees eso? Ese viejo no se hubiera movido de su posición ni un milímetro —dijo furiosa.

—¿Y viendo todo lo que pasó crees que mereció la pena? —preguntó Nathan con una voz extraña.

Tracy lo miró sin entenderlo, de repente sintió que algo se rompía en su interior.

—Has cambiado —dijo.

—Todos cambiamos menos tú —respondió él—. Pero no has contestado a mi pregunta. ¿Valió la pena? Tu madre renunció a todo por él. ¿Ha correspondido tu padre a ese sacrificio?

Tracy se sintió traicionada en lo más profundo porque él hablaba por las cosas que ella le había contado, cosas que jamás debería haber utilizado de ese modo. Se dio la vuelta para que no viese las lágrimas en sus ojos y corrió hasta su caballo.

Nathan la dejó ir y tuvo que imaginar que tenía los pies clavados al suelo para no correr tras ella.

—Quien bien te quiere te hará llorar. Quien bien te quiere te hará llorar —repetía entre dientes una y otra vez mientras la veía alejarse al galope.

Capítulo 4

—¿Y por qué tengo que ir yo? —Tracy estaba de pie agarrada al respaldo de la silla del comedor.

—Vamos al bar de Luke, Tracy, no querrás que vaya yo solo con los dos —dijo Nathan mirando a su prima con la súplica en los ojos.

—Tú les invitaste, ¿no? —dijo ella molesta.

—Se han mudado hace poco y no conocen a nadie —explicó él con paciencia—. Son nuestros vecinos...

Tracy apretó los labios.

—Estoy cansada, no me apetece salir —dijo.

—Tracy, deja de ser tan desagradable —intervino Felicia encendiendo un cigarrillo—, me estás dando dolor de cabeza. Esos jóvenes han comprado el rancho Bellgard... ¡Y qué narices! Tu primo te está pidiendo un favor, y a cuenta de todos los que él te ha hecho no deberías ni plantearte negarle nada. ¿O quieres que te haga una lista con todas las veces que te ha defendido y que se ha puesto de tu parte en las discusiones familiares?

Tracy empalideció y Nathan dio un golpe a la silla molesto porque su tía lo hubiese planteado de ese modo.

—Voy a por mi bolso —dijo la joven saliendo del comedor.

Nathan la siguió alcanzándola antes de subir las escaleras.

—No tienes que venir si no quieres —dijo sujetándola del brazo.

—No —respondió Tracy con la voz extraña—, tía Felicia tiene razón, no puedo negarme si tú me lo pides.

Subió las escaleras corriendo y en menos de un minuto estaba en la puerta.

—Son buena gente, Tracy —dijo con expresión de súplica.

La joven comprendió que su primo tenía razón y aflojó un poco.

—Lo siento, estoy muy irascible últimamente, perdóname —dijo saliendo de la casa—. ¿Me dejas conducir?

Nathan le tiró las llaves de la camioneta y ella las cazó al vuelo. Subieron al vehículo y Nathan buscó una emisora de radio cuando se pusieron en marcha.

—¿No te parece raro que vivan juntos? —preguntó Tracy cuando tomaron la carretera—. No sé, dos hermanos de Florida, que compren un rancho en Texas... Es todo muy raro.

—Estarían hartos de playa —dijo Nathan encogiéndose de hombros.

—Ella es muy guapa —dijo Tracy guiñándole un ojo.

—Mucho —respondió él—. ¿Y qué me dices de él?

Tracy arrugó la boca como si no tuviese una opinión definida.

—Hay algo en él que no me gusta. Es... demasiado exitoso.

—¿Exitoso? ¿Qué clase de adjetivo es ese? ¿Exitoso? ¿Has visto lo exitoso que se ha vuelto el mundo? —se burló—. Tendremos una cosecha de lo más exitosa.

—Calla, imbécil —dijo ella riéndose.

—Tengo que reconocer que tía Felicia es toda una exitosa. ¿No te han hablado del exitoso semental que ha comprado papá?

—¡Para! —Le dio un puñetazo en la pierna sin dejar de reír.

—Menos mal que has venido. —Kate Wilcox dedicó a Tracy una agradecida sonrisa—. No es que no me guste salir con mi hermano, pero se agradece tener una chica con la que hablar. Es difícil hacer nuevos amigos.

Nathan y Richard Wilcox habían ido a buscar cervezas para los cuatro y las chicas escogieron una mesa lo más alejada de la banda que tocaba esa noche, para no tener que hablar a gritos todo el rato.

—Además la vida en un rancho es dura —dijo Tracy—, cuesta acostumbrarse.

—Te confieso que yo no tenía nada claro lo de comprar el rancho. Mi hermano está convencido de que seremos muy felices viviendo así, pero yo no estoy tan segura. ¿Qué crees tú? ¿Me gustará?

—No soy muy objetiva, llevo diez años viviendo aquí —dijo Tracy sonriendo y moviendo los pies con la música. La chica de la banda emulaba muy bien a Carrie Underwood y le encantaba aquella canción.

Nathan y Richard llegaron a su mesa con las bebidas y Nathan la cogió de la mano y la sacó a la pista sin decir nada. Tracy se dejó llevar, aquella noche parecía que todo volvía a ser como siempre entre ellos.

—Bueno, bueno, no fue exactamente así —la interrumpió Nathan—, el ternero pesaba doscientos kilos y se empleó a fondo.

Tracy no dejaba de reír llegando incluso a las lágrimas al recordar aquel episodio en el que un ternero tiró a Nathan en el barro cuando estaba insistiéndole en que aquellos animales no hacían nada.

—Pues me temo que esa no fue una demostración muy efectiva —dijo Kate con una gran sonrisa y después apoyó su mano en el brazo de Nathan y lo miró a los ojos—. Tranquilo, Nathan, estoy segura de que eres un aguerrido cowboy.

Tracy soltó una sonora carcajada y siguió riendo durante un buen rato.

—Nathan —dijo Richard cuando se acabaron definitivamente las risas—, queríamos pedirte consejo sobre qué debemos plantar en nuestras tierras.

—¿Ya os habéis decidido por cultivarla? —preguntó Nathan.

—Bueno, hemos sopesado todas nuestras posibilidades y creemos que esa es la

más adecuada para nosotros. Lo del ganado no es para Kate y para mí.

—También queremos tener caballos de monta —dijo Kate.

Nathan y Tracy se miraron con complicidad.

—Todo esto de los cowboys está muy de moda —apuntó Richard—. Estamos seguros de que nuestros amigos de Florida se apuntarán a pasar más de un fin de semana vaquero sin dudarlo.

—Mi hermano quiere que sea un rancho mínimamente funcional —dijo Kate—, por eso debemos cultivar la tierra y tener caballos. Yo le digo que podemos vivir aquí un tiempo y ver qué pasa... Nuestro abuelo es muy mayor y cualquier día... Bueno, no es que quiera que se muera, pero es algo que deberá suceder algún día...

—Nada, nada —la cortó su hermano—, estoy decidido a que esto funcione. Contrataremos algunos trabajadores, por supuesto.

—Lo que pasa es que quiere callarles la boca a nuestros amigos, que están convencidos de que no sabemos hacer nada —dijo Kate.

—Llevar un rancho no es fácil —dijo Tracy después de beber de su botella.

—Por eso necesitamos vuestra ayuda —dijo Richard—. Y se nos ha ocurrido que podríamos quedarnos en Little Bit un par de semanas y ver cómo es realmente la vida en un auténtico rancho.

—Pagaremos por la estancia, por supuesto —dijo Kate.

Nathan miró a Tracy.

—¿Qué opinas? —preguntó.

Su prima se encogió de hombros.

—No sé qué decir, habría que preguntarles a la tía Felicia y a tu padre —respondió.

Nathan miró a los dos hermanos y Richard asintió.

—Bien, pues preguntadles y decidnos algo. —Chocó su botella de cerveza con la de Nathan y los dos jóvenes bebieron para sellar su pacto.

—Y ahora tienes que enseñarme a bailar —dijo Kate poniéndose de pie y mirando a Nathan.

El joven sonrió y la acompañó a la pista.

—¿Quieres que bailemos? —preguntó Richard a Tracy.

La joven negó con la cabeza y bebió un trago de cerveza.

—Te lo agradezco, aún no estoy preparado para hacer el ridículo entre esta gente. No me malinterpretes —dijo muy serio—, no tengo nada en contra de hacer el ridículo, pero creo que es pronto para mostrarme en todo mi esplendor. Hay que dejar espacio al misterio.

Tracy lo miró muy desconcertada porque le parecía que hablaba en serio, pero entonces una enorme sonrisa se dibujó en el rostro masculino y la joven rompió a reír.

—Así que de México —dijo Richard.

Tracy asintió.

—De Saltillo, pero solo viví allí hasta los diez años —dijo—, que fue cuando mi tía nos trajo a mi hermano Harry y a mí a vivir con ella.

—¿Tienes más hermanos?

—Sí —dijo asintiendo—, tres más. Es una historia complicada y muy larga de explicar.

Se llevó la botella a los labios y bebió un largo trago.

—Mi hermana y yo somos huérfanos —dijo Richard—. Mis padres murieron en un accidente. Después de aquello nos fuimos a vivir a Florida con nuestro único abuelo, un viejo cascarrabias que lo único que había hecho toda su vida era ganar dinero. Tuvimos que acostumbrarnos a vivir con él, en un nuevo estado y con nuevos amigos. Tampoco fue fácil, no creas.

Richard levantó la botella, Tracy chocó la suya y después bebieron.

—La familia es complicada —dijo Tracy.

—Lo es.

—Por suerte Kate y tú os lleváis bien.

—Quiero mucho a mi hermana —dijo Richard mirando hacia la pista de baile—, espero que encuentre a alguien que merezca la pena y que la haga feliz.

Tracy siguió su mirada y observó a la pareja en la pista de baile. La larga melena de Kate se movía hipnotizadora, mientras su cuerpo perfecto seguía a Nathan con soltura. Los dos eran guapos y tenían un fuerte magnetismo.

—Nathan es una buena persona —añadió Richard.

Tracy lo miró sorprendida, pero él seguía con la vista en la pista. Acabó lo que le quedaba en la botella y se levantó.

—Voy a por más bebida —dijo y se alejó.

—¿Ves como no ha sido tan terrible? —dijo Nathan mirándola desde su asiento.

Tracy cerró la puerta de la camioneta con cuidado para no despertar a nadie en la casa y se apoyó en la ventanilla.

—¿Te gusta Kate? —preguntó a bocajarro.

Nathan lo pensó antes de responder.

—No me desagrada —dijo.

Tracy frunció el ceño.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —preguntó haciendo un gesto de incredulidad.

—La única que se me ocurre —dijo Nathan—. Apenas la conozco.

—Vale. —Tracy dio una pequeña palmada en la camioneta y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Y a ti te gusta Richard? —preguntó Nathan haciendo que se detuviese.

Tracy se dio la vuelta y volvió a la ventanilla.

—No, a mí no me gusta Richard —dijo tajante.

—Pues a él tú sí le gustas —dijo Nathan sonriendo.

—Eso es porque no me conoce —respondió ella.

Nathan negó con la cabeza y la vio alejándose.

—Imbécil —dijo, lo suficientemente alto para que ella lo oyera, pero no lo bastante para despertar a nadie.

Capítulo 5

—Si pagan, me parece bien —dijo la tía Felicia, cuando Nathan comentó la propuesta de los hermanos Wilcox al día siguiente aprovechando que cenaban todos en su casa.

—¿Y en qué casa se quedarán? —preguntó Irene.

—Felicia tiene más sitio —se apresuró a decir Walter—, lo lógico es que se queden allí.

—¿En mi casa? —dijo Felicia negando con la cabeza—. Yo creo que sería más lógico que se quedaran aquí precisamente porque yo estoy sola. ¿Cómo vais a cargarme a mí con todo el trabajo de atenderlos?

—¿Qué trabajo? Son mayorcitos, Felicia —dijo Walter—. Además, tú tienes a Tracy, no estás sola.

—Tracy siempre está trabajando para ti —dijo su cuñada malhumorada—, apenas le queda tiempo para ayudarme.

—¡Pero si siempre que la necesito tengo que ir a tu casa a buscarla porque está haciendo algo que le has mandado! —exclamó Walter.

Tracy dejó el tenedor en la mesa y los miró a ambos alternativamente.

—Que yo sepa siempre cumplo con todo lo que me pedís —dijo con voz serena—, los dos.

Ambos la miraron como si ella fuese la culpable de la discusión.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de las reses de Williams? —dijo Walter con agresividad.

—Hice el inventario en cuanto me hablaste de la transacción —respondió tranquila.

—¡Contaste veinte cabezas menos!

—Porque me diste los números mal, Walter —dijo ella.

—No seas respondona, niña —dijo Felicia tratándola como cuando era niña delante de todos—. No le hables así a tu tío o me obligarás a hablar a mí.

Tracy miró a su tía, dolida.

—Sí, sí, no me mires así —dijo—, ¿o es que ya no te acuerdas de la reunión en el colegio de Harry?

—Tía, te dije que tenías que ir a esa reunión varias veces.

—Y yo te dije que fueses tú —respondió su tía poniéndose roja.

—Pero yo te expliqué que no podía porque tenía una cita en Hacienda, una cita ineludible.

—¿Lo ves? —dijo volviéndose entonces a Walter—. ¿Ves como no puedo contar

con ella?

Tracy sintió que el pecho le iba a explotar. Su sangre amenazaba con volverse sólida de tanta resistencia que ejercía sobre sus emociones. Dejó la servilleta sobre la mesa.

—Disculpadme, no me encuentro bien —dijo poniéndose de pie y, sin esperar respuesta, salió del comedor.

—Os habéis pasado con ella —dijo Irene moviendo la cabeza.

—Menuda novedad —dijo Nathan apartando el plato con violencia.

—¡Nathan! —le gritó su padre.

—Deberíais veros —dijo mirando a su padre y luego a su tía—, ni siquiera vosotros podríais soportaros.

—¡Pero qué dices! —dijo Felicia—. Ya sabía yo que al final esto pasaría, es la influencia de esa muchacha la que te ha vuelto tan descarado y cruel.

—¿Yo cruel? —dijo Nathan poniéndose de pie—. Mejor me voy, antes de que diga algo de lo que tenga que arrepentirme.

—Nathan, por favor —dijo su madre mirando angustiada a padre e hijo temiendo un enfrentamiento.

Él no dijo nada más y salió de la casa.

—Bueno, está claro que se quedarán en tu casa —dijo Walter mirando a su cuñada con la advertencia en los ojos de que no osase contradecirlo.

Felicia agachó la cabeza conteniendo la rabia hacia aquella ingrata.

Nathan fue hasta la casa de Felicia y entró en el despacho en el que sabía que Tracy se habría escondido para trabajar y quitarse el mal humor. La cogió de la mano y la sacó a rastras de la casa.

—¿Qué haces? —preguntó ella tratando de resistirse—. ¿A dónde vamos?

—Vamos al pueblo, tengo ganas de bailar, de emborracharme y de despotricar de la familia.

Tracy subió a la camioneta y durante todo el trayecto hasta Harbordville se mantuvo mirando por la ventana en silencio. Nathan la dejó tranquila, sabía que necesitaba un tiempo para que bajase la tensión que la atenazaba.

Entraron en el local de Dawn Yeadon y saludaron a Dawn que los vio desde la barra, pero Nathan no dejó que Tracy se acercase, la llevó directamente a la pista y bailó con ella durante un buen rato, hasta que ambos se quitaron el mal rollo que traían. Entonces fueron a la barra y pidieron dos tequilas, se lo bebieron de golpe y pidieron otro.

—Una noche dura —dijo Dawn sonriendo al tiempo que llenaba los vasos.

Tracy levantó el suyo a modo de saludo y lo apuró hasta el fondo. Lo dejó sobre la mesa con cierto ímpetu y pidió otro, seguida de cerca por Nathan.

—Vais a tener que bailar mucho para rebajar todo ese alcohol —dijo la dueña del local.

—¿Tú tienes familia, Dawn? —preguntó Tracy sentándose en un taburete y apartándose la larga melena de la cara.

—No sé qué opinión tienes de mí, pero no salí de una vaina de judías —dijo Dawn.

—Me refiero a si tienes relación con tu familia, si los ves —dijo Tracy que ya notaba los efectos de la bebida.

Dawn llenó de nuevo los vasitos y dejó la botella en la parte baja de la barra.

—No veo a mi madre desde que cumplí los veintinueve —dijo—. Hace una semana que cumplí cuarenta y cuatro.

—¿En serio? —preguntó Tracy con incredulidad—. Yo no te echaba más de treinta y cinco.

—A esta copa te invito yo —dijo Dawn sonriendo.

—La familia apesta —dijo Tracy antes de apurar el líquido de su vaso.

—Bueno, tienes a Nathan aquí al lado —dijo Dawn sin dejar de sonreír.

—Él no cuenta —respondió Tracy.

—¿Ah, no? —preguntó ella—. Creía que erais primos.

—Políticos —dijo Nathan—, primos políticos.

—¿Y eso qué es? —preguntó Dawn frunciendo el ceño.

—Pues que no compartimos ni una gota de sangre —dijo él—. La madre de Tracy es hermana de mi tía Felicia, que se casó con el hermano de mi padre...

—Uy, uy, uy cuéntaselo a quién le importe, muchacho —dijo Dawn alejándose para servir a otros clientes.

—¿Jugamos un billar? —preguntó Nathan.

Tracy asintió y se apoyó sobre la barra para alcanzar la botella de tequila y cogió los dos vasos.

—Págala —dijo alejándose hacia el billar.

—¿Crees que Felicia siempre fue una amargada? —preguntó Tracy sentándose en la mesa de billar y sosteniendo el palo por detrás de la espalda.

—Si cueles la bola hago una voltereta —dijo Nathan riéndose.

Tracy se concentró y tiró con tan mala pata que casi rasga el tapiz.

—Anda, baja de ahí —dijo Nathan cogiéndola de la cintura y bajándola él—. Me toca.

Tracy se apoyó sobre él cuando se inclinó sobre la mesa para tirar y justo cuando lanzaba el taco lo movió para que fallara.

—Oye, oye, primita, eso es hacer trampas —dijo dándose la vuelta, y rodeándola con sus brazos la atrajo hacia él.

Tracy apoyó la cabeza en su pecho un instante, se sentía mareada y un poco

deprimida.

—Me iré de aquí —susurró—, me iré tan lejos que no volverán a verme jamás. Algún día ni recordaré que tuve nada que ver con esta familia.

—Si haces eso te mato —dijo él en su oído.

Making memories of us, de Keith Urban sonaba en ese momento y dejaron el billar para bailar en un apretado abrazo. Tracy puso sus manos alrededor de su cuello y se esforzó por mantener el ritmo a pesar de la niebla que tenía en la cabeza.

—Nunca seré una amargada —dijo mirándolo—. Esto es una promesa, Nathan Harbord; yo, Tracy Guzmán, nunca seré una amargada.

—Creo que tía Felicia hace mucho tiempo que no... —Nathan no terminó la frase.

—¡Idiota! —Tracy le golpeó en el pecho—. ¿Eres de los que cree que las mujeres solo se amargan si no follan?

—Bueno, en este caso creo que es igual para los hombres —dijo riéndose.

—¡Serás imbécil! —dijo ella apoyando la cabeza en su hombro.

Cuando terminó la canción Tracy se apartó de Nathan y lo miró muy seria.

—¿Qué hago yo aquí, Nathan? —preguntó.

—Estamos pasándolo bien, ¿no? —dijo él.

—No tengo nada aquí, pero tampoco lo tengo en ningún otro lado —siguió diciendo Tracy—. No dejaré que me vuelvan una amargada, no lo permitiré. Tengo solo una vida para vivir, no quiero que los demás decidan cómo va a ser...

Nathan negó con la cabeza.

—Será mejor que demos un paseo para que me baje lo que he bebido o no podré conducir —dijo después de unos segundos.

Pasearon por el pueblo durante una hora hasta que empezaron a despejarse. Después se sentaron en un banco de la plaza frente a la biblioteca.

—Algún día tendrás tu propio rancho, Tracy —dijo Nathan—. Eres eficaz y muy eficiente, podrías llevar tú sola el Little Bit. Estoy seguro de que mi padre lo sabe, aunque no te lo haya dicho nunca. Le he oído hablar con mi madre cuando creen que están solos y sé que te admira de verdad.

Tracy no dijo nada, miró hacia el edificio iluminado y solitario que tenían frente a ellos y pensó en lo mucho que le gustaría escuchar algo así de su tío Walter.

—Creo que esta familia guarda muchos cadáveres en sus baúles —dijo Nathan—. No debes dejar que te conviertan en uno de ellos.

Tracy inclinó la cabeza y la apoyó en su hombro. Nathan se colocó de modo que le resultase más cómodo y se relajó al fin.

Capítulo 6

—¿Habéis reparado la valla de la caleta? —Tracy comprobaba con el capataz algunas de las reparaciones que había encargado.

—Sí, Tracy, y revisamos el resto de la valla, está todo correcto —dijo Tobías.

—Muy bien, pues ahora lleva a los chicos a que revisen todos los cercados, no podemos permitirnos un susto como el de anteayer —dijo con firmeza.

—Como dispongas —respondió Tobías.

—¿Cómo sigue la abuela? —preguntó Tracy antes de irse, la madre de Tobías estaba en cama desde hacía una semana y todos querían mucho a mamita Sofía.

—Ahí sigue —respondió Tobías caminando hacia sus muchachos.

Tracy fue hasta su caballo y se subió con maestría. Antes de dirigirlo miró en su cuaderno, para ver qué era lo siguiente, primero se pasaría por los terrenos listos para plantar el algodón y después continuaría hasta los de césped.

—¡Tracy!

Levantó la vista de su bloc y se giró para ver quién la llamaba. Aunque la voz le resultaba familiar no la reconoció enseguida.

—¿Richard? —Se puso la mano como visera para poder verlo bien.

—Me dijeron que estarías aquí —dijo sonriendo—. Bueno, en realidad me dibujaron esto para que siguiera el camino sin perderme.

Richard Wilcox le mostró un plano con varias crucecitas y Tracy no pudo evitar una sonrisa.

—Pues no sé cómo has hecho para no perderte —dijo divertida.

—¿Te importa si te acompaño? —preguntó él.

Tracy negó con la cabeza y se pusieron en marcha a un trote ligero.

—Veo que sabes montar —dijo tras observarlo un momento.

—Sí, desde hace años —respondió—. Y mi hermana también. Ya veo por tu cara que estabas convencida de que no tenemos ni idea de nada de esto.

—No me has dicho cuál es tu profesión —dijo ella.

—Estudié Empresariales —dijo.

—Oh, muy propio —dijo ella sin aspavientos—. ¿Y qué estudió tu hermana? ¿Literatura?

Richard sonrió al tiempo que movía la cabeza pensando.

—No tienes muy buena opinión de nosotros, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella rápidamente—. No, de verdad, te equivocas. En realidad es que soy así. Mi tía me define como huraña y antipática igual que mi madre.

—Mi hermana estudió periodismo —dijo él—, llegó a trabajar dos meses en una de las cadenas por cable.

—Vaya, pues tú te puedes encargar de hacer del rancho una empresa solvente mientras tu hermana dirige un telenoticias vaquero —dijo riéndose.

—Eres mala, Tracy Bellgard —dijo él señalándola con el dedo.

—Ahora en serio —dijo ella—, ¿cómo se os ocurrió la idea de comprar un rancho?

—No puedo contártelo —dijo Richard—, si lo hiciese perdería la credibilidad para siempre. Jamás. Para los restos, vaya.

—Ahora vas a contármelo —dijo Tracy parando a su caballo—. ¡Oh, sí, ahora mismo o no respondo!

Richard negaba con la cabeza, pero Tracy no estaba dispuesta a rendirse y se acercó a su montura tratando de coger las riendas. Wilcox, que era mucho más diestro a caballo de lo que ella hubiese imaginado, se zafó de ella sin problema.

—Una carrera —dijo él—. Si ganas te lo cuento y si yo gano cenas conmigo mañana por la noche. He visto un italiano en Harbordville...

—No hace falta que especifiques el sitio, ni en sueños vas a ganarme.

Irene le dio la taza de café a su amiga y cuñada y se sentó frente a ella en la cocina.

—Felicia, no te enfades, pero creo que deberías ser un poco menos severa con Tracy.

—¡Oh, no, ahora tú también! —dijo Felicia dando un golpe con la taza sobre la mesa y vertiendo el café.

—Escúchame —Irene trató de mostrarse calmada—, esa muchacha ha sufrido mucho.

—¿Qué ha sufrido mucho? ¡Pero si es gracias a mí que tiene una maravillosa vida! Tendrías que ver cómo vivía mi hermana. ¡Se la comían las ratas!

—Lo sé, sé que esto que has hecho ha sido un gran bien para la familia de Jillian, pero...

—Pero nada —la cortó Felicia—. Tú no te metas. A Tracy la traje yo y soy la única que puede opinar. ¿Qué habéis hecho vosotros por ella? ¡Nada! ¡Pues eso!

—Yo solo trato de que todos estemos bien, Nathan...

—Tu hijo es un grosero, ya es la segunda vez que me falta al respeto y te advierto que no toleraré una tercera. Lo que debería hacer es enviarla de vuelta a México. Entonces ibais a saber todos lo que es bueno, ella la primera. Allí, con su miserable familia mexicana iba a aprender que lo que yo he hecho por ella no se paga con dinero.

—El desprecio le salía por todos los poros—. Por mucho que trabajase para mí, por mucho que dedicase su vida a servirme no podría pagar todo lo que he hecho por ella y por sus hermanos. Todos han estudiado gracias a mí. Mi hermana tiene una casa con un huerto, gracias a mí... El día que me harte, ese día...

Irene negó con la cabeza y bebió de su taza dándose por vencida. Estaba claro que Felicia no permitiría que se inmiscuyese, y si en algo apreciaba a Tracy era mejor dejar las cosas como estaban.

—¡Iluso! —gritó Tracy riendo cuando Richard detuvo su caballo junto a ella—. ¡Solo Nathan es capaz de ganarme!

—Ya veo, ya —Wilcox respiraba agitado por el esfuerzo explosivo que había hecho, sin éxito.

—Aun así, cenaré contigo —dijo Tracy sin dejar de reír—, te lo has ganado.

Richard sonrió satisfecho.

—En realidad te he dejado ganar —dijo.

—No lo estropees —contestó ella—. Y ahora será mejor que me dejes seguir con mi trabajo.

—¿Qué tienes que hacer?

—Voy a asegurarme de que tienen todo lo que necesitan para plantar. Empiezan la semana que viene.

—Me dijo Nathan que sois productores de césped —dijo Richard avanzando con ella por el sendero.

—Y de algodón. Este rancho es muy rentable, también tenemos cabezas de ganado y criamos caballos sementales y de monta.

Richard asintió.

—Te gusta esto —dijo sonriendo—, se te nota.

Tracy asintió y miró las tierras que se extendían frente a ellos.

—Tengo los ojos llenos de estos campos. Cada noche me duermo con la imagen en mi cabeza del sol escondiéndose en el horizonte. No podría vivir lejos de aquí.

Richard siguió mirando su perfil que le pareció perfecto.

—Creo que a mí también me va a gustar esto —dijo con voz profunda.

Tracy se volvió a mirarlo y vio en sus ojos algo parecido a la admiración.

—Estoy segura de que si os quedáis lo suficiente, así será —dijo—. ¿Os habéis instalado en la casa de tía Irene?

Richard asintió.

—Es una mujer encantadora —dijo.

Tracy asintió corroborándolo.

—¿Y dónde has dejado a Kate?

—Pues me temo que tenía claro que prefería la compañía de Nathan a la nuestra— dijo sonriendo.

—¿Qué tal tu día con Tracy? —Kate encontró a su hermano apoyado en una de las

vallas disfrutando de una noche fresca y despejada.

—Muy bien, me gusta esa chica —dijo su hermano sonriendo—. Es una gata salvaje cuya doma puede ser un ejercicio de lo más gratificante.

—Siempre igual —dijo Kate—. Las mujeres no somos trofeos que hay que conseguir.

—Es cierto —dijo él—, pero me gusta la caza, ya lo sabes. ¿Y a ti cómo te va con Nathan? No creas que no me he dado cuenta de que le has echado el ojo.

—Es un chico interesante —dijo Kate—. Tiene muchas cualidades.

—Ya imagino —dijo Richard sonriendo con ironía.

—No me refiero a eso, imbécil.

—Tracy y él están muy unidos —dijo Richard.

—Tracy me gusta para ti —dijo Kate mirándolo con cariño—. Es simple, se la ve venir.

—Quieres decir que no es como esas arpías amigas tuyas —dijo él con gesto de desprecio.

—Exactamente. —Kate se subió en el primer travesaño de madera y se balanceó—. Como amigas están bien, pero para familia no las querría ni regaladas.

Richard se quedó unos segundos pensativo.

—Me gusta esa chica, Kate.

—Ya —respondió su hermana—, como las otras doscientas antes que ella.

—No, en serio, me gusta de verdad.

—¿No estarás pensando en casarte? —dijo ella con sorna.

—Querida hermana no he conocido a ningún matrimonio en el que sus miembros no acaben engañados o engañando. En cambio conozco unos cuantos que se casaron esperando conseguir ventaja y no han hallado más que desengaño. No, el matrimonio no es para mí.

—No, desde luego, es ese el único contrato en el que cada uno espera el máximo del otro ofreciendo lo mínimo.

—Hermanita, me temo que somos unos cínicos.

Kate asintió.

—La vida no nos ha tratado bien a ninguno de los dos en ese aspecto —dijo.

—Jonas te dejó plantada, gracias a eso no llegó a engañarte —dijo Richard.

—¿Te parece poco engaño dejarte en el altar delante de tus invitados y los suyos? ¿Te parece poco engaño que alguien te diga que eres el amor de su vida, que moriría sin ti y un día después de abandonarte se marche a las Bahamas a encontrarse a sí mismo?

—Supéralo, hermanita.

—Eso hago —dijo saltando al suelo y después se estiró los pantalones que se le habían subido—. ¿Y tú? ¿Ya te has olvidado de Olivia?

Richard se dio la vuelta para mirarla y apoyó la espalda en la valla.

—Creo que Tracy puede hacer que la olvide por completo —dijo.

—Quizá hubiera sido más inteligente por tu parte no fijarte en una mujer casada —dijo su hermana.

—Yo no tengo la culpa de que se precipitará en su elección. —Richard sonrió—. Si me hubiese conocido antes no se habría casado con Duncan.

—No estoy tan segura de eso —dijo Kate—, Duncan tiene mucho más dinero del que tendrás tú cuando muera el abuelo.

—Hermanita, hay cosas más importantes que el dinero —dijo él.

—Pero todas son muy caras —respondió Kate haciendo ademán de marcharse—. Nathan es un buen chico y me gusta.

—Quizá él sea la solución a tu cinismo —dijo Richard cuando se alejaba.

Capítulo 7

Kate y Richard se sentían a gusto en Little Bit. A Irene le encantó que se quedaran en su casa y Walter se mostró satisfecho con ello. Irene echaba de menos a su hija y Kate, que era inteligente y habladora, resultaba una compañía agradable y novedosa para ella.

Para Felicia era distinto. Dado su carácter, era difícil que pudiese sentir admiración o aprecio por otro ser humano. A pesar de eso era consciente de que los dos hermanos eran atractivos y agradables. Especialmente Richard. Estaba segura de que su manera de comportarse sería una buena influencia para Harry y, aunque jamás lo confesaría en voz alta, sentía cierto arrepentimiento por no haber permitido que se instalasen en su casa. Richard poseía esa clase de simpatía que conquista fácilmente a las madres, una manera natural de conseguir lo que deseaba sin necesidad de pedirlo.

Cuando llevaban en el rancho una semana, Felicia ya veía al joven Wilcox como un buen candidato para Tracy. Ahora que era el propietario del antiguo rancho familiar y consciente de que disponía de un patrimonio económico respetable, pensó que sería un modo de que todo repercutiese en la familia. No creía que Tracy pudiese aspirar a nada mejor, pero al menos superaría en mucho a lo conseguido por su madre. No se le escapaba que el joven se sentía atraído por Tracy. Desde el primer día no se había separado de ella y a Tracy no parecía disgustarle. Decididamente era una buena opción.

Para Tracy era extraño tener cerca a alguien como Richard que la acompañaba a todas partes y trataba de agradarla todo el tiempo. Era detallista y considerado, pero no como Nathan, lo de Nathan era diferente. Richard la hacía sentir incómoda y no sabía por qué. A Kate la consideraba una belleza y aunque su trato le resultase demasiado cercano, trató por todos medios de que no se le notase. Era evidente lo cómodo que se sentía Nathan con ella y estaba claro que aquella relación fructificaría más pronto que tarde, por lo que Tracy quería quererla, debía quererla como a una hermana.

—Creo que a Tracy no le gusto —dijo Kate mientras iban a caballo hacia el Cerro Viejo para ver la puesta de sol.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el joven sorprendido—. Yo creo que le caes muy bien.

Kate negó con la cabeza al tiempo que miraba hacia el camino.

—No, tengo un sexto sentido para esas cosas. He intentado acercarme a ella y que

nos hagamos amigas, pero no consigo romper el caparazón que la envuelve.

—Creo que sé lo que quieres decir, pero tienes que entender a Tracy, no lo ha tenido fácil aquí y a veces puede ser algo...

—¿Huraña? —terminó la frase.

—Iba a decir sensible.

A Nathan pareció no gustarle que usara aquel adjetivo para definir a su prima.

—De verdad que querría ser su amiga —dijo suavizando su tono para tratar de recuperar su favor—, pero no consigo llegar a ella. He intentado que hablemos de ropa, pero siempre lleva tejanos y camisa, no puedo sacar mucho de ahí. Tampoco he conseguido que me hable de los chicos con los que ha estado, a pesar de que yo le he contado todo de las relaciones que he tenido.

Nathan entrecerró los ojos y centró su mirada en el camino, pero su expresión no pasó desapercibida para Kate, que tuvo que disimular una sonrisa al darse cuenta de que aquel tema despertaba su interés.

—Me gustaría que fuésemos amigas y tú deberías interceder por mí —dijo con voz melosa.

—Hay un método infalible con respecto a Tracy, algo que te convertirá en su amiga de manera inmediata —dijo Nathan mirándola con una sonrisa.

—¿Y cuál es? ¡Nathan Harbord dímelo inmediatamente! —exclamó ella.

Nathan se aguantaba las ganas de reír.

—La sinceridad. Dile que quieres ser su amiga, simplemente.

—¿Te burlas? —dijo ella haciendo un mohín con los labios—. No deberías reírte de mí.

—No sé por qué dices eso —dijo él mirándola con gesto sorprendido—. Pero estoy dispuesto a reírme si me das un motivo.

—¡No tienes remedio! —dijo haciéndose la enfadada.

Estaban tan ensimismados en su charla que no se dieron cuenta de que había alguien observándolos en el recoveco de River Dragon. Tracy esperó a que pasaran y después guió a su caballo hasta el camino de vuelta a la casa. Hacía días que no iban juntos al Cerro Viejo y pensó darle a Nathan una sorpresa. Pero la sorpresa se la había llevado ella. Mientras cabalgaba sobre Cascabel trató de contentarse diciéndose que Kate y Richard solo estarían allí unos pocos días más, pero su ánimo no mejoró con eso. Estaba claro que Kate no había llegado a la vida de Nathan para marcharse y debía asumir que la vida que habían compartido durante años llegaba a su fin. No es que aquella fuese la primera relación romántica de Nathan, pero entonces eran demasiado jóvenes...

Detuvo a Cascabel en una curva del camino y observó las tierras que se extendían frente a ella. Amaba profundamente aquel lugar y esperaba que la dejaran quedarse allí para siempre. Su sueño era que el día que Nathan, Samy y Harry fuesen los propietarios de Little Bit le permitieran levantar una pequeña casita en la pradera

Sonora, cerca del cementerio de caballos. Se veía a sí misma como una viejecita, sentada en su mecedora en el porche de aquella casa, con el cementerio de caballos a la derecha y el campo de césped enfrente.

Desmontó de Cascabel y se quedó junto a él mientras el sol comenzaba su descenso final.

—Esto es maravilloso —dijo Kate, sentada junto a Nathan en lo alto del cerro viejo.

El joven la miró y asintió. El sol llegaba al ocaso y la luz rojiza caía sobre el pelo de la joven generando brillos mágicos. Kate se inclinó acercando sus labios y Nathan la rodeó con sus brazos atrayéndola hacia él. El beso se fue haciendo más intenso y Kate cambió de posición para colocarse a horcajadas sobre las piernas de Nathan. Él cogió su cara entre las manos, por debajo de su cabello y volvió a besarla apasionado. Sus lenguas iniciaron un suave baile mientras el sol desaparecía por completo en el horizonte. Kate lo empujó suavemente hasta que estuvo tumbado y después se inclinó sobre él.

—Espero que no traigas aquí a todas tus conquistas —dijo ella acariciándole el rostro con un dedo—. Parece que no puede usted contenerse, señor Harbord, a juzgar por la erección que noto entre mis piernas.

—Si no pudiera contenerme estaría usted notándola mucho más adentro, señorita Wilcox —dijo Nathan con la voz ronca.

Eso excitó muchísimo a la joven que bajó una de sus manos y la metió dentro del pantalón masculino. Nathan gimió al sentirla rodeando su pene.

—Puedo aliviarte —dijo la joven—, no se me da mal.

—Preferiría otro modo —dijo él.

—Todavía no hemos llegado a eso —dijo ella y después sacó la mano de su pantalón.

Nathan respiraba con fuerza y se quedó unos segundos tumbado cuando ella se levantó. Cuando consiguió calmarse, se acercó y se colocó junto a ella.

—Bonita puesta de sol, sí señor —dijo Kate.

Nathan la miró y sonrió.

—Espero que a partir de hoy solo quiera venir conmigo —dijo y después bajó el cerro para llegar hasta su caballo.

Nathan se quedó un momento allí arriba mirando hacia el horizonte, al lugar por el que se había ocultado el sol. De repente se dio cuenta de que era la primera vez que iba allí con otra persona que no fuese Tracy.

—¡Oh, Tracy! ¡Estás guapísima!

Kate se había levantado corriendo al verla aparecer y estaba delante de ella observándola de arriba abajo lo que la mortificaba aún más si cabe. Se había puesto aquel vestido por contentar a Felicia y zapatos de tacón para agradar a tía Irene. Las dos mujeres habían estado martirizándola durante todo el día con lo que debía y no debía ponerse. Y ahora estaba allí, en medio del salón, ante la atenta mirada de Kate que no paraba de hacerla sentir incómoda con sus alabanzas.

—¡Mírate! ¡Pero si tienes un cuerpazo! —exclamó sorprendida.

Al quitarse de delante, Tracy pudo ver a Nathan que se había levantado también y la miraba con aquella mirada suya que podía reconfortarla en cualquier situación. Se acercó y le demostró una vez más que su sonrisa era lo único capaz de relajarla.

—Estás tan guapa como siempre —dijo.

—¿Como siempre? —dijo Kate poniéndose junto a él—. ¡Cómo se nota que no te fijas en ella! Es lo que tienen los hermanos, yo podría salir con un saco y Richard no se daría ni cuenta.

Tracy no apartaba sus ojos de los de Nathan y le hizo un ligero gesto de agradecimiento con la cabeza.

—Mi hermano te espera en el coche —dijo Kate agarrando a Nathan de la cintura.

—Pásalo bien —dijo Nathan guiñándole un ojo.

Tracy asintió y se marchó antes de que apareciese tía Felicia, Harry o cualquiera susceptible de decirle algo que la hiciese morir de la vergüenza de nuevo, ya había tenido bastante con Kate.

—Te agradezco que hayas aceptado mi invitación, Tracy —dijo Richard cuando se hubieron sentado a la mesa del restaurante—. Espero que te guste la comida italiana.

—Me gusta mucho —dijo ella ya más relajada.

Se sentía cómoda con Richard, con él no sentía que tuviese que fingir y después del primer plato ya hablaban y se reían como siempre.

—No, no hay ningún caballo enterrado allí —contaba Tracy—, todo viene de un cuento que les contaba el abuelo de Walter y Sam cuando eran niños. Durante años creyeron que cuando un caballo iba a morir se iba hasta allí y se tumbaba a esperar la muerte. Eso hizo que no se acercaran siquiera a esa zona cuando iban con sus monturas porque ambos adoraban a sus caballos y creían que la muerte estaba allí esperándolos.

—Es un lugar precioso, con toda aquella pradera de césped delante...

Tracy asintió.

—Te agradezco que me lo enseñaras —dijo Richard estirando la mano para colocarla sobre la de ella.

—¿Habéis aprendido todo lo que necesitabais? —preguntó Tracy apartando la mano con disimulo.

—La verdad es que sí. Hemos aprovechado muy bien los días —dijo Richard—.

Mañana a primera hora empezaremos a trabajar en el rancho. Kate y yo hemos estado hablando de qué nombre ponerle.

—Claro, rancho Bellgard no tiene mucho sentido para vosotros, supongo —dijo Tracy.

—Bueno... —Richard parecía incómodo—, no nos parece muy... nuestro.

—Claro, claro —dijo Tracy comprensiva—. Ahora es vuestro.

—¿Sientes algún vínculo con ese rancho, Tracy?

La joven levantó la mirada del plato, sorprendida.

—¿Qué vínculo podría sentir? A mi abuelo tuve que llamarlo señor Bellgard hasta que murió. Jamás tuvo el más mínimo gesto de cariño hacia mí. Yo imaginaba que el día de su muerte me llamaría a su lado y me diría que siempre me había querido. —Tracy sonrió sin rencor—. Pero lo que ocurrió es que ni siquiera me dejaron entrar en la habitación porque él no quería verme. Yo le recordaba al hombre que le había robado a su hija pequeña. No, Richard, no siento ningún vínculo con ese rancho.

Después de cenar dieron un paseo por el pueblo y acabaron en un bar *country*. Tracy lo pasó en grande tratando de enseñarle los pasos de baile. Richard se esforzaba poniendo gran interés, pero Dios no le había concedido el más mínimo sentido del ritmo y parecía tener dos pies izquierdos.

Cuando caminaban hacia el coche Richard no pudo esperar más, la detuvo en medio de la calle y la besó. Tracy sintió los labios masculinos contra los suyos y correspondió sin resistencia. Dejó que sus manos la rodeasen y que su intrépida lengua investigase. Se dejó llevar por el momento y sus cuerpos se entrelazaron con natural soltura. Ahí sí que Richard era dominante, su maestría no requería de ninguna enseñanza.

—Me gustas muchísimo, Tracy —dijo cuando sus bocas se separaron.

Estaban tan cerca que el aliento de Richard le hizo cosquillas en la punta de la nariz. La joven sonrió sin decir nada y él entrelazó sus dedos con los de ella cuando caminaron hacia el coche.

Capítulo 8

Durante el mes siguiente Tracy salió casi todas las noches con Richard, para alegría de su tía Felicia. Mientras que Nathan y Kate estaban cada vez más unidos. Nathan pasaba algunas noches con ella en el rancho Florida, que era el nombre que le habían puesto a la antigua hacienda del viejo Bellgard. A Tracy le resultaba incómodo verlo salir del cuarto de Kate. Aquello le daba entidad masculina y hacía que lo mirase de otro modo, un modo en el que su torso desnudo y musculado resultaba de lo más atractivo.

Kate salió del cuarto ligera de ropa, como solía ser su costumbre. Tracy había visto ya esas braguitas unas cuantas veces y conocía la lencería de la joven casi mejor que la suya propia.

—¡Hola Tracy! —dijo cogiendo una manzana del frutero—. ¿Richard te está haciendo esperar otra vez?

—Ha ido a cambiarse de botas, quiere enseñarme las mejoras en los establos —dijo Tracy.

Nathan estaba preparando unos huevos revueltos y su espalda desnuda miraba a Tracy con insolencia. Se volvió a mirar a su amiga y le sorprendió su extraña mirada.

—¿Te pasa algo, Tracy? —preguntó.

—Nnnno, ¿qué me va a pasar? —dijo ella confundida.

Nathan frunció el ceño y la escudriñó con su mirada.

—Se te queman los huevos —dijo Kate y acto seguido se echó a reír—. ¡Cómo ha sonado eso! Ja, ja, ja, ja, ja...

Kate lo abrazó pegándose a su espalda y Tracy apartó la mirada. Cuando apareció Richard se sintió aliviada.

—Sí que has tardado —dijo dándose la vuelta para ir hacia la puerta.

—Chicos —dijo Kate acercándose a ellos—. ¿Pensáis ir esta tarde por el Cerro Viejo?

Richard miró a Tracy como si no supiese de qué le hablaba.

—¿Qué es el Cerro Viejo? —preguntó.

Nathan apagó el fuego y apartó a un lado la sartén, pero no se volvió.

—¿Tracy no te ha llevado? —preguntó Kate sorprendida.

Richard miró a Tracy.

—No tiene nada especial —mintió la joven.

Kate se encogió de hombros.

—A Nathan se lo parece —dijo—, creía que a ti también te gustaba.

Tracy se encogió de hombros mirando a su primo por el rabillo del ojo.

—Es un cerro, tenemos más —dijo dándose la vuelta.

—Hasta luego, chicos —dijo Richard saliendo tras ella.

Kate se quedó mirando la puerta con ruido en la cabeza. Cuando se volvió, Nathan tenía los ojos clavados en la puerta y su expresión era confusa.

Tracy se apoyó en la valla y observó a su tío trabajar con uno de los caballos a los que estaba domando. Era el mejor del estado y a ella le producía una enorme relajación observarlo.

—Estás aquí. —Nathan se colocó junto a ella mirando a su padre.

—Es un ejemplar magnífico —dijo Tracy admirada.

—Ya puede serlo, con lo que ha costado... —dijo Nathan sonriendo—. Te estaba buscando, necesito que me acompañes a ver a Toby, dice que ha visto a Ethan Jones en Harbordville y que le ha parecido que se está pensando la posibilidad de comprarle su cosecha a Ellis.

Tracy se volvió hacia él sorprendida.

—¿Qué dices?

Nathan asintió.

—Debes decírselo a tu padre inmediatamente —dijo ella.

—Antes quiero que hables tú con Ethan, ya sabes que le gusta mucho empinar el codo. Tú tienes un sexto sentido para estas cosas. Antes de poner a mi padre detrás de Ellis es mejor asegurarnos.

—Está bien, vamos.

Subieron a sus caballos y cabalgaron hasta donde estaba trabajando Ethan que le contó la misma historia a Tracy. Después de insistir mucho y preguntarle todo tipo de detalles, llegó a la conclusión de que no era una falsa alarma.

—Tienes que decírselo a Walter —dijo Tracy cuando se alejaron de allí—. Si se reúne con Ellis y averigua por qué está pensando en cambiar de proveedor, podemos contraatacar.

Durante unos minutos cabalgaron en silencio.

—Está a punto de ponerse el sol —dijo Nathan—. Vamos al cerro.

Tracy lo miró como si le hubiese dado una bofetada.

—Ve tú —dijo.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta ver la puesta de sol? —dijo el sonriendo—. ¿O es que solo quieres verla con Richard?

La mirada de Tracy no pudo ocultar su enfado.

—¿Qué pasa, Tracy? —preguntó él, sorprendido.

—Vete a la mierda —dijo ella y apretó las piernas poniendo a Cascabel al galope.

Cuando se dio cuenta de que Nathan la seguía detuvo a su montura y se encaró con él.

—¿Quieres dejar de seguirme?

—¿Pero qué te pasa? —dijo tratando de mantener quieto a su caballo.

—A mí no me pasa nada —dijo ella bajando del caballo. Cualquiera novato sabe que no se discute sobre un caballo porque eso lo altera demasiado.

Nathan bajó también, ató el equino y se apartó de los animales como Tracy.

—¿Qué he dicho que te ha molestado tanto?

Tracy movió la cabeza como si no pudiera creerlo.

—¿Tenías que llevarla allí?

Nathan frunció el ceño.

—Nunca habíamos llevado a nadie allí —dijo Tracy mostrando en su expresión que se sentía decepcionada.

—¿Te molesta que haya ido con Kate al Cerro Viejo? —preguntó Nathan.

—Déjalo —dijo ella apartándose de él y caminando hacia los caballos. No iba a permitir que la hiciese sentir estúpida.

Nathan la alcanzó y la obligó a detenerse.

—No pensé que te importase tanto... —dijo sin soltarla.

Ella bajó la mirada para que no viese en sus ojos cuánto le importaba.

—Pasábamos por allí, ella dijo que quería ver la puesta de sol... Me pareció tan normal —dijo él.

—No pasa nada —mintió ella—. Está bien. Dejemos el tema.

—No, no dejamos el tema —dijo él con paciencia—. Es cierto que nunca habíamos llevado a nadie. Era un lugar solo nuestro...

Tracy se mordió el labio.

—No has vuelto a ir por allí —dijo él.

Tracy negó con la cabeza.

—Lo siento, Tracy —dijo él con sinceridad—. Soy imbécil

—No seas ridículo —dijo mirándolo a los ojos—, la imbécil soy yo por darle importancia a algo tan estúpido como eso. Como si no hubiese un millón de lugares desde los que se puede ver la puesta de sol.

Consiguió que la soltara y sin decir nada más se subió a su caballo y se alejó al galope ante la atenta mirada de Nathan.

Tracy saltó del caballo y corrió hasta un árbol para vomitar. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la boca mientras con la otra mano trataba de calmar a su estómago con suaves movimientos. Sentía que le ardían las entrañas.

No podía dejar de pensar en aquello. Ese lugar no estaba en el mapa para nadie, excepto para ellos. Desde niños habían ido juntos todos los días. Nathan había tenido muchas novias desde Mary Sue cuando él tenía 15 años, hasta Sondra, un año atrás, pero nunca llevó a nadie al Cerro Viejo.

Un nudo se estaba atando en su cabeza y sentía que no debía dejar que esas cuerdas se enlazaran, pero por más que se esforzaba en tratar de desligarlas, no conseguía más que apretarlas más y más fuerte. Nathan era su primo, casi como un hermano...

Se inclinó, apoyando las manos en sus rodillas, y miró al suelo. Le costaba respirar y su estómago amenazaba con hacerla vomitar de nuevo. Se irguió y paseó de un lado a otro como un león enjaulado. Miró hacia el camino, Nathan podía aparecer en cualquier momento. ¿Y qué pasaría si la encontraba allí en ese estado? ¿Cómo soportaría sus preguntas? ¿Cómo evitaría que leyese en sus ojos lo que no podía ni siquiera decirse a sí misma?

Subió a su caballo y se alejó de allí todo lo rápido que Cascabel fue capaz de correr.

—Hola, mamá, ¿cómo estáis? —Tracy estaba sentada en la cama, abrazada a sus rodillas y con el teléfono pegado a la oreja.

—Hija, ¿pasa algo? —preguntó Jillian con preocupación al notar el temblor en su voz.

—No, mamá, no pasa nada —mintió Tracy limpiándose las lágrimas con la sábana.

—¿Estás llorando, hija? —Jillian miró a su marido que roncaba junto a ella y se levantó de la cama para salir de la habitación.

—Mamá, ¿cómo lo supiste? —preguntó Tracy—. ¿Cómo te diste cuenta de que era papá?

Jillian cerró los ojos un instante al darse cuenta de lo que pasaba. Entró en la cocina y abrió el armario para sacar una taza.

—Voy a poner agua a hervir para hacerme un té —dijo.

—No quería despertarte —dijo Tracy y después escondió la cara entre las sábanas para ahogar un sollozo.

—No me has despertado, cariño, no podía dormirme con los ronquidos de tu padre —respondió Jillian colocando la bolsita de té en la taza—, cada día ronca más fuerte. Espanta a los pájaros que se acercan a nuestra ventana.

Tracy no pudo evitar sonreír a pesar de las lágrimas.

—¿Cuándo te has dado cuenta? —preguntó Jillian.

Tracy frunció el ceño.

—Hoy —respondió.

Jillian asintió.

—¿Y ha sido muy duro? —volvió a preguntar.

—Mamá...

—Sí hija —respondió—, hace tiempo que me di cuenta.

Tracy negaba con la cabeza, era imposible que su madre lo supiese.

—Creo que lo supe la primera vez que viniste a vernos. No parabas de hablar de él todo el tiempo —dijo su madre.

Tracy sintió que las lágrimas volvían a arrollarla y los sollozos fueron ya incontrolables. Su madre la escuchaba a través del teléfono y tuvo que tragar y morderse los labios para no llorar ella también.

—Es una locura —dijo Tracy.

—¿Lo es? —preguntó su madre—. En realidad no lleváis siquiera la misma sangre, sois primos políticos. ¿Crees que él siente lo mismo por ti?

—Me quiere mucho —dijo Tracy esperanzada—, pero no sé si se lo ha planteado alguna vez.

—¿Estás segura de lo que sientes, Tracy? —su madre no podía evitar la preocupación—. Si lo estás, debes decírselo.

—No puedo, mamá. Me muero solo de pensarlo —dijo abrazándose más fuerte las piernas.

—Debes hacerlo —insistió su madre recordando un momento de su pasado que habría querido olvidar—. Si no lo haces se quedará para siempre en tu cabeza y nunca serás feliz. No importa si encuentras a otra persona, él estará allí para siempre. El único modo de seguir adelante es dar el paso. Debes hablar con él, explicarle lo que sientes y darle la oportunidad de decidir.

—¿Y si me rechaza? —preguntó Tracy aterrada.

—Pues tendrás que vivir con ello —dijo su madre vertiendo el agua en la taza—. Esto es la vida, hija, una serie de preguntas con respuestas inciertas. Pero las preguntas no desaparecen de tu cabeza si no las formulas y se quedan ahí para siempre torturándote como pequeños monstruos que no duermen nunca.

Tracy frunció el ceño.

—Mamá, no has contestado a la pregunta que te hice al principio —dijo ya sin lágrimas—. ¿Cómo lo supiste?

—Algún día hablaremos de mí, cariño, pero no hoy —dijo y se llevó la taza a los labios.

Capítulo 9

Tracy bajó las escaleras con paso cansado, no había pegado ojo en toda la noche y el amanecer la encontró vestida y sentada en la cama esperando a que los demás iniciasen su día. Cuando entró en la cocina Lucy preparaba el desayuno de Harry y tía Felicia se tomaba su café ligero como todas las mañanas.

—He preparado tortitas —dijo Lucy cuando la vio entrar—. ¿Café?

Tracy adoraba a Lucy, no solo porque preparaba el mejor café del mundo sino porque llegó para aliviar una de las muchas cargas que habían caído durante años sobre sus hombros. Era reconfortante levantarse y encontrarse el desayuno hecho.

—¿Tracy, me llevas a donde Lory? —preguntó Harry.

—Habla bien, mochuelo: ¿Tracy, me llevas a casa de Lory? —Rectificó su hermana—. Sí, te llevo, tranquilo.

—Esta noche vamos a acampar en el *llano del ahorcado* —dijo el crío entusiasmado con los cuentos de miedo que se contaban de aquel lugar—. Hemos comprado un montón de nubes para asarlas al fuego.

Tracy sonrió al pequeño y se sentó a su lado.

—No te olvides de tus calcetines de excursionista —dijo revolviéndole el pelo.

Le había comprado unos calcetines dos días antes, después de que le contara sus planes.

—¿Seguro que las botas no me harán rozaduras? —preguntó el pequeño—. Vamos a caminar mucho...

—Me garantizaron que no —dijo ella encogiéndose de hombros—, pero yo no los he usado, nunca he ido de excursión.

Harry frunció el ceño.

—¿Quieres venir con nosotros? Estoy seguro de que a Lory le encantaría que vinieras, siempre dice que eres muy divertida. Además también vienen sus padres que son como tú.

Tracy sonrió con ternura. No le tendría en cuenta que la hubiese comparado con Deith y Bessie, que eran como quince años mayores que ella.

—A mí también me cae bien Lory, cuando seáis mayores podéis ser novios, yo lo apruebo —dijo fingiendo ponerse seria.

—¡Puag! —Harry puso cara de asco—. ¡Lory es como mi hermana!

Tracy empalideció y cogió su taza de café al tiempo que miraba a su tía. Felicia leía una revista sin prestarles atención. Cuando acabaron de desayunar llevó a Harry y todas sus cosas a casa de Lory, y después de dejar al niño condujo hasta el rancho Florida para ver a Richard.

Se quedó en el coche unos minutos, necesitaba relajarse. Había pensado toda la noche en lo que le iba a decir y tenía claras las ideas generales, pero ahora que estaba frente a la casa, no pudo evitar que el pánico le agarrotase los músculos.

Bajó del coche y caminó hacia la casa. Kate le abrió la puerta con un conjunto de lencería violeta, con puntilla de pequeñas florecitas rosas.

—¡Hola, Tracy! Qué temprano vienes hoy —dijo caminando hacia la cocina—. No entiendo por qué no te quedas a dormir aquí. Pobre Richard, para él sería mucho más agradable.

—¿Dónde está? —preguntó mirando a su alrededor y rezando porque Nathan no apareciese.

—Creo que ha dicho que iba a los establos —dijo Kate poniéndose una taza de café—. ¿Quieres?

—No, gracias, ya he tomado —dijo Tracy—. Voy a buscarle.

Se dirigió hacia la puerta de la cocina.

—¿Por qué no te quedas un poco? —dijo Kate—. Nunca tenemos charla de chicas.

Fue hasta la mesa y se sentó en una de las sillas doblando una pierna.

—Tendríamos que estipular una noche para nosotras. Salir por ahí sin moscones —dijo sonriendo.

Tracy estaba de pie, no le apetecía sentarse a hablar, pero tampoco podía irse sin más.

—¡Siéntate! —exclamó riendo—. Chica, no pasa nada porque no estéis todo el día juntos. Nathan no se quedó anoche. No sé qué me dijo de un semental. ¿O fue de una res? Ahora no me acuerdo.

Tracy se sentó sin ganas.

—Te hablaría de Dinamite —dijo poniéndose seria—, es uno de nuestros mejores sementales y hace días que no está bien.

—Sí, eso —dijo Kate sin mucho interés.

Tracy la observó con atención unos segundos antes de decidirse a preguntarle.

—¿Kate, te gusta vivir aquí en el rancho? —dijo señalando a su alrededor.

—Claro —respondió sin demasiado entusiasmo.

—¿No echas de menos tu otra vida?

—Aquí está Nathan —dijo sonriendo.

Puso una mano sobre la de Tracy y la miró como si pensara hacerle una confidencia.

—No temas, Tracy, no voy a dejarle —dijo—. Sé que lo quieres mucho y que te da miedo que pueda hacerle daño, pero creo que me estoy enamorando de él.

Tracy mantuvo el cuello rígido y la espalda tensionada, pero por dentro se estaba fundiendo como la mantequilla. Se puso de pie y forzó una sonrisa.

—Creo que voy a ir a buscar a Richard —dijo.

Kate sonrió.

—Ya sé que tú también te estás colgando de mi hermano —dijo—. ¿No es fantástico?

Cuando salió de la casa, corrió hasta las caballerizas, ansiosa por hacer lo que se había propuesto. Richard estaba limpiando uno de los boxes cuando la vio llegar.

—Tracy —dijo con una sonrisa.

Dejó el rastrillo y se quitó los guantes para recibirla, pero ella no se acercó a besarlo.

—¿Ocurre algo? —preguntó él entrecerrando los ojos.

—Tenemos que hablar —dijo ella.

Richard tenía mucha experiencia en esos temas. Había dicho esa frase muchas veces y siempre era el prelude a una perorata vacía, de falsas intenciones.

—Vas a cortar conmigo —dijo directo.

Tracy asintió sin ambages.

—¿Por qué? —preguntó él sin comprender.

Ella movió la cabeza negativamente sin encontrar las palabras.

—¿He hecho algo? —siguió preguntando Richard.

—No, no has hecho nada. No es... —Tracy sentía un nudo en la garganta que no la dejaba hablar—. No es el momento para mí.

Richard frunció el ceño.

—¿Qué mierda significa eso?

Tracy respiró hondo.

—No estoy preparada para una relación seria —dijo—. Me he dado cuenta de a dónde me lleva esto y...

—¿Sería? ¡Pero si solo llevamos un mes juntos! —exclamó él.

—Necesito estar un tiempo sola —dijo ella.

—Puedo dejarte espacio, si es lo que quieres —respondió Richard.

Tracy movió la cabeza sin saber qué palabras utilizar. Richard se acercó a ella y la cogió por los hombros para que lo mirase a los ojos.

—Tracy, Tracy —susurró—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué esto ahora?

La joven lo miró y se sintió mortificada. Lo que le pasaba era una locura, Richard era real y estaba allí frente a ella. Él la atrajo hacia sí y Tracy apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé qué película te estás montando en esta cabecita, pero no tienes nada que temer —dijo—. Estamos bien juntos, funcionamos en la cama, pero todavía no he comprado ningún anillo, tranquila.

Tracy levantó la cabeza y dejó que la besara. Era él, tenía que ser él.

Richard la llevó hasta la pared y siguió besándola bajando por la barbilla hasta el cuello y allí utilizó su lengua para ayudarse. Tracy inclinó la cabeza dejando que él llegase hasta la base de su cuello, la excitaba enormemente cuando la mordía allí. Richard metió una mano dentro de su pantalón y llegó hasta donde quería con soltura.

Tracy se estremeció y dejó que desabrochara el botón y bajase la cremallera. Miró hacia la entrada del establo y él sonrió.

—Tranquila, Kate no aparecerá —dijo mientras le succionaba el labio y jugaba después con su lengua.

Richard levantó una de sus piernas y empezó a desabrocharse los pantalones para liberarse. Tracy puso una mano en su pecho y negó con la cabeza.

—No, Richard, aquí no —dijo.

Él no se detuvo, estaba demasiado excitado y la mano femenina no presionaba lo suficiente. Cuando su pene estuvo libre tiró con decisión de su pierna pegándose a ella dispuesto a penetrarla con urgencia. Tracy le empujó con más decisión y bajó la pierna para subirse los pantalones. Richard la miraba desconcertado y sin poder meterse aquello en los calzoncillos.

—¿Es que no has oído que he dicho que no? —dijo ella furiosa.

—Pensé que era parte del juego...

—¿Juego, qué juego? ¿Te crees que eres Grey? Menudo imbécil.

—¿Me has llamado imbécil? —preguntó Richard incrédulo.

—A ti no, a él —dijo Tracy—. ¿Qué clase de tío se piensa que a una tía le gusta que le peguen? ¿Y lo del cubito de hielo? ¡Cualquier día descubrirán la sopa de ajo!

Richard la miraba sin entender nada.

—Cuando una mujer dice no, quiere decir no...

—No todas —la cortó él.

Tracy lo miró como si lo acabase de conocer.

—¿Que no todas?

—No, no todas y no siempre —dijo él recuperando la compostura.

—Gilipollecce —dijo ella.

—¿Con cuántas mujeres has estado tú? ¿Lo que a ti no te gusta es malo? ¿Es eso? —preguntó acercándose a ella—. ¿Solo es bueno lo que a Tracy le parece bueno?

—No es eso.

—Hay mujeres a las que les gusta que las azoten, sí, aunque no esté dentro de tus cánones —dijo él—. Si es un juego, ¿por qué ha de estar mal? Yo he dado placer a muchas mujeres de muchas formas. Si les da placer no tiene por qué ser malo.

—Habló el experto —dijo ella con sarcasmo y se dispuso a salir de las cuadras.

Richard la cogió del brazo y la detuvo.

—¿De qué va todo esto, Tracy? —preguntó obligándola a volver—. No es la primera vez que lo hacíamos así, ¿por qué te comportas como si no te gustase?

—Porque no quería —dijo ella sin mirarlo—, no ahora.

Él la atrajo hacia sí y le cogió la cara con las manos mirándola con ternura.

—Nunca haré nada que no quieras —dijo—. Pero cuando sí quieras... te haré cualquier cosa que me pidas.

Ella lo miró a los ojos y se perdió en el océano de sus pupilas. Le rodeó el cuello

con sus brazos y lo besó, intensa y apasionadamente. Casi con desesperación.

Capítulo 10

—Ha llamado tu madre —dijo Felicia cuando la vio entrar—. Dos veces.

—De acuerdo, tía —dijo asintiendo con la cabeza y sin cruzar su mirada con ella.

Se metió en el despacho y cerró la puerta. Fue hasta su mesa y se sentó con las manos juntas y la mirada puesta en la ventana. Hacía un sol radiante. Se alegró por Harry, esperaba que lo pasara bien en su excursión. Después de unos minutos cogió el teléfono y marcó el número de su madre. Tenía que conseguir que olvidase todo lo que le había dicho la noche anterior.

No salió de su despacho hasta la hora de comer.

—Lucy, me llevaré una bandeja al despacho —dijo entrando en la cocina.

—¿Me vas a dejar comiendo sola con tu tía? —dijo la joven con expresión de súplica.

—Lo siento, tengo mucho trabajo y hoy no estoy para reuniones familiares —dijo con sinceridad.

Lucy la miró con atención.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó.

—Nada —respondió sin ganas—. Me llevaré un poco de pollo y una cerveza.

—¿Y las verduras? —preguntó la cocinera—. ¿Por qué nadie valora las verduras? Dan mucho trabajo, hay que lavarlas, pelarlas, cocinarlas...

—Está bien, me llevaré también verduras —dijo poniendo maíz y pimientos en su plato.

—¿Y las patatas...? —empezó a protestar Lucy, pero Tracy no caería otra vez en su trampa. La vio salir de la cocina y se dio por vencida.

Al cruzar el salón se encontró con su tía.

—¿Has hablado con tu madre? —preguntó a lo que Tracy asintió con la cabeza—. ¿Qué tripa se le ha roto?

—No era nada importante —respondió la joven.

—Nathan me dijo esta mañana que te pasaras a ver a Dinamite. Él lleva allí todo el día —dijo Felicia.

—No tengo tiempo —respondió malhumorada—, tengo mucho trabajo.

La tía Felicia abrió los ojos como platos. Era la primera vez que escuchaba algo así en boca de Tracy, jamás había desatendido una llamada de su primo.

—¿Os habéis peleado? —preguntó.

Tracy negó con la cabeza sin mirarla a los ojos.

—Siempre pasa, en cuanto se meten otras personas en medio...

—Nadie se ha metido en medio de nada —se apresuró a decir Tracy—, no hay

ningún en medio. Vuelvo al despacho que tengo trabajo.

—¿Me vas a dejar comiendo sola con Lucy? —gritó su tía cuando ella se alejaba.

—¿Dónde está Tracy? —Nathan entró en el salón en el que su tía veía la tele.

—En el despacho —dijo Felicia—. Lleva allí metida todo el día.

Nathan salió como una exhalación y entró en el despacho de su prima.

—¿Por qué no has venido? —dijo sin saludar.

—Hola a ti también —dijo ella soltando el boli—. ¿Cómo está Dinamite?

—Mejor —dijo él sentándose frente a ella.

Tenía la cara pálida y unas marcadas ojeras.

—¿Cuánto llevas sin dormir? —preguntó.

—No sé, cincuenta horas, creo. —Cerró los ojos un momento y se pasó las manos por la cara—. ¡Dios! Creí que se moría, Tracy.

—¿Has comido algo? —preguntó poniéndose de pie y caminando hacia la puerta. Nathan la interceptó, la agarró del brazo y tiró de ella para sentarla sobre sus rodillas.

—Te echo de menos —dijo apoyando su cabeza en el brazo de Tracy.

Ella se puso de pie y se alejó de él, incómoda. Nathan frunció el ceño sorprendido.

—Voy a traerte algo de comer y café —dijo ella mirando hacia la ventana—. Aunque lo que de verdad necesitas es irte a dormir.

—Tengo que ir a ver a Kate —dijo él poniéndose de pie—. ¿Qué mierda te pasa Tracy? Me va a explotar la cabeza de tanto devanarme los sesos.

La miró inquisitivo y al ver que rehuía su mirada se preocupó.

—No pasa nada, Nathan. Me has interrumpido y tengo mucho trabajo, solo eso.

—¿Mi padre te presiona? No le hagas ni caso, es un gruñón insoportable...

Tracy suspiró impaciente.

—Si no quieres que te traiga nada de la cocina... —dijo invitándolo a marcharse.

—No, comeré algo en el rancho Florida —dijo y vio la mueca de desagrado de Tracy—. ¿Qué?

—Ese nombre es horrible para un rancho —dijo sin pensar.

—Tienes toda la razón —dijo él sonriendo abiertamente.

Tracy lo miró entonces y sintió un enorme peso. Él era su mejor amigo, no iba a poder arrancárselo del corazón como si fuese una mala hierba.

—¿Qué te pasa, Tracy? —dijo él con su voz más dulce.

Temió que acabaría llorando si no se marchaba.

—No me pasa nada —dijo ella negando con la cabeza y tratando de sonreír sin demasiado éxito—. Tengo un día tonto. He hablado con mi madre y me he puesto estúpidamente melancólica, porque no sé qué es lo que echo de menos. Como no sean las cucarachas, que son lo que más recuerdo de cuando era niña.

—¿Están todos bien? —preguntó él, mordiendo el anzuelo.

—Sí, sí todos estamos perfectamente, de verdad, pero ahora necesito que me dejes para que pueda acabar el trabajo, por favor.

—Está bien —dijo él, dándose por vencido—, me iré si es lo que quieres.

—Sí, es lo que quiero. —Lo vio llegar hasta la puerta y dudar antes de irse—. Me alegro por Dinamite.

Nathan giró la cabeza y la miró un momento antes de salir. Tracy dio la vuelta a la mesa y se dejó caer en su silla.

—Te dije que yo no los había probado —dijo Tracy mirando las ampollas en los talones de Harry.

—No pasa nada, he aguantado como si nada —dijo orgulloso.

—¿Sabes que te has puesto moreno? —dijo su hermana agitándole el pelo.

—El padre de Lory dice que soy un tipo muy valiente —dijo el niño.

—¿Ah, sí? —dijo Tracy riéndose—. ¿Y por qué lo dice?

—Bueno, Lory se asustó un poco por la noche y tuve que convencerla para que no se metiera en la tienda de sus padres.

—¿Dormisteis al raso como era el plan? —preguntó Tracy poniendo cara de estar muy interesada.

Harry asintió repetidamente.

—Entonces es cierto, eres muy valiente —dijo.

—Venga, Tracy, arréglate para la cena —dijo tía Felicia entrando en la habitación de Harry—. Y tú, tesoro, a dormir, que debes estar cansadísimo.

—Deja que Tracy se quede un poco más, mami —pidió el niño.

—No, Harry, Tracy y mamá tienen que salir a cenar a casa de la tía Irene que hoy es su cumple y no podemos dejarla sola —dijo arrojándolo con las sábanas.

—¿Y yo por qué no voy? —dijo arrugando la nariz.

—Pues no vas porque eres un niño y además has estado de excursión durmiendo a la intemperie. Necesitas descansar. Lucy se quedará en casa hasta que regresemos. Buenas noches, cariño. —Felicia le dio un beso a su hijo y sacó a Tracy de la habitación cerrando la puerta tras ella.

—No me apetece mucho ir a cenar —le dijo Tracy cuando estuvo frente a su habitación.

—Ya sabes como es Irene. Vendrá a buscarte si no vas.

—No me encuentro bien —dijo.

—Pertener a una familia como la nuestra conlleva una serie de obligaciones, Tracy —dijo Felicia—. Pero haz lo que quieras, por mí puedes quedarte, aunque luego tenga que venirme sola...

—Tío Walter te acompañará. Estoy tan cansada... —dijo Tracy.

—Me resulta increíble lo ingrata que eres, hija, con lo joven que eres y siempre estás cansada. Yo a tu edad era un terremoto y nunca me quejaba de nada.

Tracy cerró un momento los ojos, cada vez le afectaban más las constantes pullas y el poco afecto que le demostraba su tía.

—Ya les diré que no te apetecía verlos —dijo caminando hacia su habitación—. Que sepan la clase de sobrina que eres.

Tracy estuvo a punto de gritarle que eso no era cierto, pero sabía que eso solo haría daño a su hermano que seguro que estaba escuchando toda la conversación, así que aceptó que no tenía escapatoria.

Irene salió a recibirlas con una enorme sonrisa.

—Mirad qué sorpresa hemos tenido —dijo haciéndose a un lado.

—¡Samy! —exclamó tía Felicia abrazando a su sobrina—. ¡Qué alegría! ¡Pero qué guapísima estás.

—Hola, tía Felicia, me alegro de verte. —Después de saludarla fue hasta Tracy y la abrazó también con un cariño que sorprendió a su prima—. Tenía muchas ganas de verte, primita.

Tracy le devolvió el abrazo con sincero afecto, aunque no pudo disimular su desconcierto.

—Tengo muchas cosas que contarte, pero ahora ven, quiero presentarte a alguien. Y a ti también tía —dijo, llevándolas a las dos de la mano de la mano—. Este es Didier, mi prometido.

En medio del salón había un joven alto y con gafas de pasta.

—Encantado de conocerla —dijo Didier saludando a la tía Felicia. Después se acercó a Tracy y le dio dos besos—. Me han hablado mucho de ti, Tracy.

El joven tenía un marcado acento francés y era realmente alto, pensó Tracy que aún no salía de su asombro.

—Didier es diseñador —contó Samy—. Yo estaba completamente enamorada de sus diseños y cuando supe que iba a haber un desfile en Nueva York no paré hasta conseguir una invitación. Así nos conocimos.

Didier sonrió mirándola con verdadero amor. Tracy observaba a su prima mientras explicaba con todo detalle el momento en el que los presentaron y todo lo que sintió, dijo e hizo. Su expresión y sus gestos eran desconocidos para ella, parecía otra persona, mucho más segura de sí misma y espontánea.

—Creo que me enamoré de él dos minutos después de eso —decía Samy.

—Es una exagerada —dijo Didier—. La primera vez que le pedí que saliéramos a cenar me rechazó.

—¡Me entró el pánico! —exclamó ella riendo—. Tú me entiendes, ¿verdad Tracy?

—Claro que te entiende —dijo su madre—. Tracy también tiene novio.

—¿Es el hermano de Kate, verdad? —preguntó Samy—. Mamá ya me ha puesto al

corriente de todo. Pero, ¿cómo es que no me has hablado de él, Tracy?

¿Y cuándo iba a contártelo si nunca hablamos?, pensó Tracy, pero sonrió ahorrándose el comentario.

Capítulo 11

Cuando empezaron a bombardear a Didier a preguntas Samy se acercó a su prima y la cogió del brazo saliendo con ella del salón. La mirada de Tracy se cruzó un instante con Nathan antes de salir de allí y la temperatura de su cuerpo subió dos grados.

—Me arrepiento mucho de no haber tenido más contacto contigo —dijo Samy—. Sentémonos en el sofá y cuéntame qué has hecho todo este tiempo desde que me fui.

—No tengo mucho que contar, Samy —dijo con una pequeña sonrisa—. Todo ha sido como siempre.

—No, nada está como antes —dijo su prima—. Mi hermano está muy raro y papá parece de peor humor que nunca. La única que está igual es mamá. Tú también estás... distinta.

Tracy se encogió de hombros.

—Háblame de Didier —dijo—. Se os ve muy bien.

—¡Oh, Tracy! Estoy completamente loca por él —dijo Samy—. Jamás habrías dicho que pudiese gustarme alguien como él, ¿verdad? Sé sincera, ¿a que has pensado eso cuando lo has visto?

Tracy asintió.

—No me extraña, no sé cómo me soportaste todos esos años, era una estúpida —dijo bajando la mirada como si se avergonzase por ello—. Irme a Nueva York fue lo mejor que podía hacer. Lo pasé muy mal, aprendí a lo bestia...

—Siento oír eso —dijo Tracy frunciendo el ceño, preocupada.

Su prima la cogió de las manos y mostró una enorme sonrisa.

—No lo sientas, todos tenemos que madurar. Llegué allí siendo una niña resabida, que se creía el ombligo del mundo y tan solo era una ranchera de Texas con demasiadas ínfulas. Te aseguro que los neoyorquinos me dieron un buen baño de humildad —dijo sin borrar su sonrisa, pero con cierto aire de tristeza—. Fue muy duro y estuve a punto de volver muchas veces, pero creo que en el fondo sabía que ellos tenían razón. No me gustaba la persona en la que me estaba convirtiendo, supongo que por eso me marché.

—Estás muy cambiada —dijo Tracy con sinceridad.

Samy asintió.

—Al principio estuve muy sola, me costó mucho hacerme un sitio, pero valió la pena —dijo muy seria—. Empecé a conocerme, descubrí quién era yo de verdad y no tenía nada que ver con la cría que se marchó de aquí.

Tracy le sonrió con cariño.

—Después conocí a Joanna, una italiana que se convirtió en mi mejor amiga. Y a

Didier.

—Parece un buen tipo —dijo Tracy.

—Es el hombre más increíble del mundo. Nunca me aburro a su lado. Tiene esa apariencia tranquila de alguien que sabe todo lo que necesita saber. Es irónico, bromista y nunca deja que te desmorones. Si empiezas a flagelarte te sacude con su labia y te hace ver lo afortunada que eres.

—Pues sí que eres afortunada por haber encontrado a alguien así —dijo Tracy con una gran sonrisa.

Samy asintió y después se quedó un rato callada. Miró las manos de su prima y acarició sus dedos, pensativa.

—Espero que no me guardes rencor —dijo mirándola con tristeza—, me gustaría que fuésemos amigas, Tracy.

Tracy asintió. No podía decirle lo mucho que le hubiese gustado que ese deseo llegase unos cuantos años antes.

—Ya sé que te parecerá absurdo esto ahora, pero necesitaba que supieras que he cambiado.

Tracy volvió a asentir, sin saber qué decir.

—Háblame de Richard —dijo Samy.

Tracy no pudo evitar que su expresión mostrase más de lo que hubiera deseado, no estaba preparada para confidencias. Samy habría cambiado, pero para ella seguía siendo casi una desconocida.

—Vale, creo que no va a hacer falta que me hables de él —dijo Samy.

—Es un buen chico —dijo Tracy tratando de subsanar aquella impresión—. Es guapo...

—Ya.

—¿Qué? No todos pueden ser Didier —dijo Tracy intentando sonreír.

—¿Y qué pasa con Nathan? —preguntó Samy de improviso.

—No sabía que le pasara nada —dijo frunciendo el ceño.

—¿Qué tal es esa Kate? ¿Te gusta para él?

Tracy asintió, se encogió de hombros y volvió a asentir. Samy frunció más el ceño.

—No te gusta.

—Sí que me gusta. Se los ve muy bien juntos.

—¿Y papá por qué está de tan mal humor? —preguntó viendo que tampoco iba a sacarle nada de ese tema.

—Te digo lo mismo, no sabía que le pasara nada, conmigo está igual que siempre —dijo Tracy.

Samy frunció el ceño. La conversación no había resultado como ella la había imaginado en su cabeza. En sus pensamientos Tracy se sentía tremendamente agradecida por su cambio de actitud y se convertían en las mejores amigas.

—Intentaré estar más cerca de la familia a partir de ahora —dijo con absoluta

certeza.

—Estará muy bien —dijo Tracy con absoluto descreimiento.

—París es la ciudad de mi niñez —decía Didier—, pero Nueva York es la ciudad de mi corazón.

Estaban en mitad de la cena y Tracy se alegraba mucho de haber ido.

—¿Y no echas de menos a tu familia? —preguntó Irene.

—Al principio muchísimo —dijo mirándola con complicidad—. Mi madre es una matrona, es... ¿cómo lo diría?

Cogió el móvil que había dejado en una mesilla detrás de él y se lo puso en la oreja.

—¿Hijo, has comido bien? —dijo imitando la voz de su madre—. ¿Ya duermes lo suficiente? No salgas a la calle sin bufanda. El otro día leí un artículo que decía que si tomas medio limón con miel todas las mañanas no te resfrías en todo el año.

Irene se reía a carcajadas viéndose identificada en aquella imitación.

—Una vez me llamó a las tres de la madrugada porque acababa de ver en la tele que había habido una fuerte nevada y se había caído la marquesina de un edificio que se parecía al mío —dijo Didier riendo—. Es una mujer increíble.

—La quiere con locura —dijo Samy—. Yo ya la quiero y aún no la conozco.

—Eso se va a solucionar en unas horas —dijo Didier mirándola—, y espero sobrevivir a semejante encuentro.

Tracy miró a la pareja y sintió una reconfortante sensación.

—Por poco conoce ella antes a mi hija que nosotros a ti —dijo Walter muy serio.

—Tienes razón, papá, deberíamos haber venido antes, pero eso va a cambiar —dijo Samy mirando a su padre con cariño—, a partir de ahora vendremos a menudo.

—Seguro que sí —dijo él sin creérselo.

—Sé que no me crees, pero pronto lo verás.

—¿Ya no te avergüenzas de tus raíces? —preguntó malhumorado.

—Papá... —intervino Nathan.

—No pasa nada —dijo Samy mirando a su hermano—. Es normal que diga esas cosas, yo no me he portado bien. Pero he cambiado...

—Seguro —repitió Walter.

—Señor Harbord —dijo Didier y esperó hasta que lo miró—, su hija ha tenido muchas experiencias en Nueva York y no todas fueron buenas. Pero era lo que necesitaba para valorar quién era. Y en ello se incluye su familia y su forma de vida.

—¿Qué tenía de malo su familia? —preguntó Walter buscando bronca.

—No tenía nada de malo —dijo Didier—, pero a veces tenemos que alejarnos para ver con claridad. En realidad eso es madurar, ¿no cree?

Walter tenía el ceño fruncido.

—¿Usted cree que la Samy que vivía aquí se habría fijado en un gafapasta como yo? —preguntó Didier levantando una ceja—. Tendría que verme bailar, entonces comprendería lo mucho que ha cambiado.

Didier se puso de pie y fue hasta donde estaba sentado Walter.

—Venga, baile conmigo y se lo demostraré —extendió los brazos y Walter lo observó durante un segundo totalmente desconcertado—. ¿No quiere? Bueno, trataré de mostrárselo.

Todos dejaron de comer sin poder dar crédito a lo que veían. Didier se puso a cantar *I love to love* de Tina Charles mientras bailaba en medio del comedor. Samy miró a su familia uno a uno y empezó a reír a carcajadas contagiando a su hermano y a Tracy. Después del estribillo todos reían a carcajadas.

—Imagine el mérito de Samy que está dispuesta incluso a casarse conmigo —dijo Didier volviendo a su sitio en la mesa.

Walter no podía dejar de reír como todos los demás y Didier los miraba muy serio como si no entendiera qué era lo que les parecía tan gracioso.

—No deberías haberle dicho a Didier que se quedara —dijo Nathan mirando a su hermana.

Samy había propuesto a Nathan y a Tracy, salir a dar un paseo juntos. Al día siguiente se marchaban temprano y quería pasar un rato con su hermano y su prima.

—Papá y él necesitan conocerse mejor —dijo Samy y después respiró hondo—. No me había dado cuenta lo mucho que echaba de menos este aire.

—Ese olor a mierda de caballo... —dijo Nathan imitándola—. ¡Mmmm!

—Idiota —dijo ella agarrándose de su brazo—, tienes que venir a Nueva York, hermanito.

—Hecho —dijo él.

Samy agarró a Tracy con el otro brazo y la atrajo hacia ella de modo que los tres estuviesen muy juntos.

—¿A vosotros dos qué os pasa? No habéis cruzado una palabra en toda la cena —dijo Samy sacudiéndolos—. Sea lo que sea no puede ser tan importante.

—Pregúntale a Tracy —dijo Nathan mirándola.

—¿A mí? A mí no me pasa nada —dijo Tracy.

—¡Pero si prácticamente ni me miras! —dijo Nathan incrédulo.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Samy deteniéndose—. Voy a volver a casa con los demás y vosotros os quedaréis aquí hablando hasta que solucionéis lo que sea que os pasa.

Tracy la miró suplicante, pero Samy ignoró aquella llamada de auxilio y se dio la vuelta para volver por donde habían venido.

—¡Hablad! ¡Vamos, hablad! —dijo alejándose—. Y ni se os ocurra volver hasta

que lo hayáis solucionado.

Capítulo 12

Nathan se metió las manos en los bolsillos sin dejar de mirarla, pero Tracy lo rehuía.

—¿No vas a mirarme siquiera? —dijo él.

Tracy levantó la vista, pero la apartó rápidamente.

—Vamos —dijo Nathan empezando a caminar—, demos un paseo, Tracy.

Al escucharlo decir su nombre sintió que su frialdad se derretía por completo. Deseó abrazarlo, decirle que quería ser la de siempre, que él fuese el de siempre... Pero eso era imposible.

Caminaron durante varios minutos uno junto al otro sin decir nada. La noche era muy agradable y el cielo estaba plagado de estrellas.

—Samy ha cambiado —dijo su hermano.

—Sí —dijo Tracy.

—Y Didier parece un buen tipo —volvió a hablar Nathan.

—Me gusta la pareja que hacen —dijo Tracy.

Volvieron a caminar en silencio. De pronto Nathan se detuvo y Tracy se volvió para averiguar por qué.

—Dímelo, Tracy, sea lo que sea, dímelo. Cualquier cosa será mejor que esto.

Nathan estaba tan serio que hizo que se sintiese intimidada. Tracy cerró los ojos un instante y se mordió el labio con desesperación. Nathan dio los dos pasos que los separaban y la agarró de los hombros.

—Dilo de una vez —la sacudió ligeramente para que lo mirase.

—Estoy enamorada de ti.

Lo soltó así, a bocajarro y sin ninguna prevención. Nathan la soltó muy despacio sin dejar de mirarla con una expresión que mostraba que trataba de averiguar si le estaba tomando el pelo. Tracy se encogió de hombros aliviada.

—Ya está, ya lo he dicho. —Respiró hondo y dejó ir el aire como si la hubiese limpiado por dentro—. Estoy enamorada de ti, Nathan, eso me pasa. ¿Te parece un buen motivo para estar como estoy?

—Estás confundida —dijo él.

Ella negó con la cabeza y se alejó dos pasos para luego volver a ponerse frente a él.

—No, no estoy confundida —dijo sonriendo—, estoy muerta de la vergüenza, aterrada, desolada, pero no estoy confundida. Sé lo que siento por ti y no es algo para lo que estuviese preparada, te lo aseguro.

—¿Pero por qué?

Habían muchas preguntas que podría haber hecho, pero esa resultó ser la más absurda y estúpida de todo el repertorio.

—¿Que por qué? —ella lo miró con incredulidad—. ¿Por qué?

—Quiero decir que yo no he hecho nada...

Tracy abrió la boca y volvió a cerrarla, su desconcierto estaba creciendo a tal velocidad que pronto los sobrepasaría a ambos y se elevaría por encima de las estrellas si él seguía hablando.

—¿Crees que la gente se enamora porque los demás hacen algo? ¿Crees que mis sentimientos son fruto de una camisa que te pusiste o tu manera de mover las riendas de tu caballo?

—Lo que quiero decir es que... —Nathan se llevó las manos a la cabeza apartándose el pelo como si tratase de hacer salir las ideas a fuerza de tirones—. ¡No sé lo que quiero decir! ¡Somos primos! ¡Eres mi mejor amiga!

—¡Lo sé! —exclamó furiosa—. No hace falta que me lo digas, soy consciente de que en este barco voy sola.

Nathan juntó las manos y las colocó delante de su boca, después las elevó, las separó, las colocó encima de su cabeza, se agachó, soltó el aire de golpe y apoyó las manos en el suelo. No podía estarse quieto, no sabía qué hacer ni que decir. No se le había pasado aquella idea por la cabeza. ¡Tracy! La persona que más quería en el mundo. Porque, sí, él la quería más que a nadie. ¿Pero así? No, ella no...

—Ahora que ya lo sabes podemos hacer como si no hubiese pasado nada —dijo Tracy con angustia y al borde de las lágrimas por verlo así—. No quería decirlo, quería dejar que se pudiese dentro de mí, pero me has obligado, no habrías parado jamás...

—No —él se puso de pie y se acercó a ella agarrándola por los hombros—, no quiero que se te pudra dentro, no quiero que te apartes de mí.

—No puedo dejar de sentirlo, lo he intentado —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—. No he roto con Richard porque creí que seguir con él me ayudaría a sacarte de ahí dentro...

Nathan la atrajo hacia él y a pesar de su resistencia consiguió abrazarla y mantenerla entre sus brazos. Estuvieron así durante varios minutos hasta que Tracy dejó de llorar. Nathan la soltó entonces y ella se limpió la cara borrando todo rastro de lágrimas.

—Me voy a casa, necesito estar sola —dijo—. Acompaña luego a tía Felicia, no quiero tener que oírla mañana.

Nathan la vio alejarse con el corazón encogido.

—Tracy —Richard mostró su sorpresa al verla allí tan temprano.

—¿Te he despertado? —preguntó ella.

—Aún no ha amanecido —dijo él, desconcertado.

—Lo sé, perdona —dijo metiéndose las manos en los bolsillos traseros del pantalón con evidente nerviosismo—. Luego tengo mucho que hacer...

—Pero pasa, no te quedes ahí fuera —dijo haciéndose a un lado.

—Preferiría que hablásemos fuera —dijo ella—. No quiero despertar a Kate.

Richard asintió y salió de la casa. Se acercó a ella para besarla en los labios, pero Tracy giró la cara y su beso fue a parar a la mejilla.

—Tracy... —dijo él comprendiendo.

—Lo siento, no puedo seguir con esto.

Richard se puso las manos en la cintura y la miró con incredulidad.

—Pensaba que lo habíamos arreglado —dijo.

Ella negó con la cabeza y él resopló como si tratara de contenerse.

—Entiendo que no te guste, pero...

—¿Que no me guste? ¿Te parece que esto es medio normal?

Tracy se sorprendió de la furia que había en sus ojos.

—Esto es cosa de dos y se necesita que los dos crean en ello para que funcione —dijo con suavidad—. Lo siento, pero yo no creo.

Richard movía la cabeza tratando de encontrar las palabras que quería decir.

—¿Tú qué te crees? ¿Que voy a estar siempre suplicándote? —dijo al fin—. ¿Eres de esa clase de tía?

—¿De qué estás hablando? —dijo ella desconcertada.

Él se acercó bajando la voz en un tono que a Tracy le sonó amenazador.

—Esas tías a las que les gusta que su pareja esté constantemente seduciéndolas, esas que disfrutan con el drama. No imaginaba que tú eras de esas —dijo con desprecio—. Siempre tan modesta, tan auténtica...

Tracy abrió la boca, pero no fue capaz de articular palabra.

—Kate me advirtió sobre ti, pero soy tan estúpido que no le hice caso.

—¿Que Kate te advirtió sobre mí? ¿Qué narices sabe tu hermana sobre mí? —dijo sorprendida.

—¿Te olvidas de con quién se acuesta? —dijo él sonriendo con expresión cínica

Tracy sintió que un intenso frío le recorría la espalda.

—Creo que es mejor que me vaya ahora, antes de que digamos cosas de las que luego tengamos que arrepentirnos —dijo y se dio la vuelta para marcharse.

—Venga, sí, corre a casa de esos que te dan de comer —dijo—, señorita arrimada.

Tracy se volvió furiosa.

—A mí nadie me da de comer, trabajo para ganarme la vida —dijo.

Richard se echó a reír.

—¿En serio te crees eso? —dijo sin dejar de reír—. Pues debes ser la única que lo cree, porque viendo cómo te trata tu tía está claro que en esa casa piensan que eres una mantenida. Lástima que el poco orgullo que tienes hayas decidido emplearlo conmigo.

Los gestos y las palabras de Richard destilaban mucha rabia y Tracy se sentía como si hubiesen volcado un cubo basura sobre su cabeza. No había nada más que decir, así que se dio la vuelta y caminó hasta su caballo, pero antes de que llegara hasta él sintió la mano de Richard alrededor de su brazo obligándola a volverse.

—¿Fingías? —preguntó—. Porque si es así, eres una gran actriz, Tracy Guzmán.

—No, Richard, no fingía —dijo ella cansada de aquello.

—¿Entonces qué pasa? Ya te dije que no estoy buscando una esposa, tan solo quiero pasarlo bien y creo que juntos lo pasábamos bien —dijo tratando de cogerla por la cintura.

—Lo siento, ya sé que suena falso, pero el problema no eres tú. Quiero estar sola, estoy pasando por un mal momento y necesito distanciarme de todo el mundo —dijo Tracy mostrando parte de sus cartas.

—¿De todo el mundo? ¿Te vas a marchar? —preguntó sorprendido.

Tracy negó con la cabeza.

—No se trata de eso, es algo más complicado...

—Escúchame Tracy —dijo él utilizando aquel tono de voz con el que ya la había hipnotizado antes—. No pienso nada de lo que te he dicho, estaba enfadado.

Tracy dejó que la abrazase y respondió cuando sus labios volvieron a besarla, pero cuando se apartó para mirarla vio en sus ojos la misma resolución.

—Lo siento —dijo Tracy y cuando bajó los brazos dejándola libre, subió a su caballo y se marchó de allí.

Richard la observó durante un momento y después se volvió hacia la casa, que de repente le pareció horrible. Se preguntó en qué estaba pensando cuando decidió comprar un rancho en Texas.

—¿Que has roto con él? —tía Felicia dejó la taza de café con tal violencia que el líquido se vertió sobre la mesa. Lucy se acercó con un trapo para limpiarla mirándola con severidad.

—Si no le quiere...

—¿Ahora tú también opinas? —tía Felicia la miró con desprecio—. ¿Desde cuando eres miembro de esta familia? ¿Te hemos recogido también, porque a mí me parece que a ti te pagamos un sueldo?

No podría haber dicho nada que produjese un efecto más dañino sobre el ánimo de Tracy. Pero Felicia no había terminado.

—Eres un desastre, Tracy. Lo supe desde el primer día, desde que te observé en el asiento de aquel avión. Nada bueno ibas a hacer con tu vida, a pesar de que te diésemos todas las facilidades. A pesar de que te ofreciésemos la oportunidad de tener todo aquello que tu madre te negó...

—¡Basta! —gritó Tracy sorprendiendo a las dos mujeres—. No dejaré que vuelvas

a hablar así de mi madre nunca más.

—¡Cómo te atreves! —Tía Felicia se puso de pie y le dio una fuerte bofetada—. Ni te atrevas a volver a levantarme a la voz.

Tracy se llevó la mano a la mejilla mientras Lucy se tapaba la boca para ahogar una exclamación de sorpresa.

—Eres una desagradecida —dijo su tía mordiendo las palabras—. Si no fuese por mí te habrías quedado en aquella horrible casa para que se te comieran las ratas. Yo te traje aquí, te di una habitación y llené tu armario de ropa nueva. Te llevé al mismo colegio al que fueron tus primos y mi hijo. ¿Alguna vez te ha faltado algo? ¡Di! ¿Te ha faltado algo?

—Amor —dijo Tracy con los ojos secos—, me ha faltado el amor de mi madre. El amor de mi padre y el de mis hermanos. Me ha faltado una caricia antes de irme a dormir, una felicitación la primera vez que me subí al caballo. Me diste una habitación, sí, la más pequeña y oscura de la casa. Me llenaste el armario de ropa, pero te ocupaste de que me quedara claro que era para que no te avergonzara. Y claro que fui al mismo colegio que mi hermano, porque yo era su protectora, su cuidadora, su niñera, su amiga, su hermana...

—¡Dios santo! —exclamó Felicia—. ¡Cuánto odio has guardado todos estos años!

—Te equivocas —dijo Tracy con serena frialdad—. Soy tan sumamente imbécil que te quiero.

Ese comentario dejó a su tía descolocada durante unos segundos, pero pronto volvió a su estado natural y miró a su sobrina de manera reprobadora.

—Quizá deberías volver una temporada con esa familia a la que tanto pareces haber echado de menos —dijo.

Hasta la última gota de sangre abandonó el rostro de Tracy y eso alimentó la ponzoña de su tía.

—Sí, eso es lo que vamos a hacer, vas a volver con ellos y así podrás recapacitar sobre lo ingrata y lo mala persona que has sido conmigo.

—Señora Harbord, por favor... —dijo Lucy sin pensar.

—No pasa nada, Lucy —dijo Felicia volviéndose a la criada con una sonrisa—, Tracy está deseando estar con ellos, porque ellos sí que la quieren.

La tía Felicia fue de nuevo a sentarse y sacó el paquete de tabaco del bolsillo.

—Por eso su madre no tuvo ningún reparo en regalármela como criada, para que cuidara del hijo que me había vendido —dijo antes de llevarse el cigarrillo a la boca para encenderlo, sin apartar la vista de su sobrina.

Capítulo 13

—¿No se te ocurrió que debías consultar primero conmigo? —Walter miraba furioso a su cuñada—. Tracy no puede irse de ninguna manera.

—No sabes las cosas que me dijo —dijo Felicia—, si la hubieses escuchado entenderías que me vi obligada a hacerlo.

—¿Porque rompió con ese Wilcox? ¡Y a ti qué mierda te importa eso!

—¡Tienen el rancho de mi familia! —exclamó ella.

—¡Porque tú quisiste venderlo! —respondió él.

—¿Pero no entiendes que con eso ganábamos todos? Tu hijo con Kate y Tracy con Richard, ¿qué más podíamos pedir? ¡Las tierras seguirían siendo de la familia!

—¿De qué estás hablando? —intervino Irene.

—Piénsalo, Irene. Ese rancho solo nos proporcionaba gastos, pero si los Wilcox se hacían cargo de los gastos y emparentaban con nosotros, el rancho habría acabado repercutiendo en nuestro beneficio. Una jugada perfecta —dijo sonriendo tras el humo de su cigarrillo.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —dijo Irene sin comprender nada—. Ese rancho ya no sería tuyo.

—¡Pero si Tracy se casaba con Richard...!

—¿Casarse? —Irene no daba crédito—. Pero si apenas se conocen.

—Los jóvenes son muy impulsivos...

Irene movió la cabeza con incredulidad.

—Felicia creo que lo tuyo ya se pasa de castaño oscuro —dijo decepcionada—. No puedes manipular a la gente de ese modo. Y, sobre todo, ¿cómo pudiste decirle esas cosas a Tracy?

—¿Qué cosas le dije que no fuesen ciertas? —preguntó Felicia haciéndose la ofendida.

—¿Que tu hermana te la regaló como criada?

—Yo no dije semejante cosa —dijo estirando el cuello—, esa Lucy es una embustera.

—Haz lo que te dé la gana, pero tendrás que buscarme a alguien para que sustituya a Tracy —dijo Walter—. Me voy, que tengo mucho trabajo.

Irene miró a su marido también decepcionada por su comportamiento.

—Sois dos insensibles —dijo entre dientes y se fue del salón para no decir nada de lo que tuviese que arrepentirse.

—¿De verdad te vas a ir? —Nathan la miraba incrédulo mientras llenaba su maleta —. Pero no te lleves más de una maleta porque vas a volver pronto.

Tracy no respondió y siguió metiendo su ropa.

—Sabes que nada de lo que dijo tía Felicia es cierto, ¿verdad? —dijo Nathan.

—¿A qué te refieres? ¿A que soy una criada desagradecida o a que soy una mala persona? —dijo mirándolo muy seria.

—Tracy... —La miró mortificado.

—No te preocupes, Nathan. Esto tenía que pasar tarde o temprano —dijo tratando de sonreír—. Tienes que prometerme que cuidarás de Harry.

Apartó la mirada para que no viese la enorme tristeza que sentía.

—Tranquila, lo vigilaré de cerca —dijo él.

Tracy cerró la maleta y la puso en el suelo, junto a la cama y después subió otra para continuar guardando cosas.

—Te he dicho que solo una maleta —dijo él acercándose y cogiéndole la mano.

Tracy bajó la mirada y una lágrima se quedó suspendida de sus pestañas.

—Veo que sigues cuidando de la tradición —dijo él capturando la lágrima en la yema de su dedo.

Tracy sonrió con tristeza al recordar la primera vez que estuvo en aquella habitación y cómo Nathan la había consolado. Su primo la atrajo hacia él y la abrazó. Tracy apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos concentrada en su mano acariciándole el pelo.

—Te echaré mucho de menos —susurró.

Él no pudo decir nada.

Nathan bajó con las maletas para llevarlas al coche, él llevaría a Tracy al aeropuerto. Al salir de la casa se encontró con tía Felicia que regresaba.

—¿Ya se marcha? —preguntó sonriendo—. Menos mal que he llegado a tiempo de despedirme.

Nathan miró a su tía de un modo que la hizo estremecer.

—Algún día sentirás profundamente el daño que le has hecho durante todos estos años —dijo muy serio.

Su tía sintió que sus latidos se aceleraban y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Nathan, te estás pasando muchísimo conmigo últimamente.

Su sobrino no dijo nada más, llevó las maletas al coche y se metió dentro para esperar a Tracy.

—¿Y cuándo vas a volver? —Harry miraba a su hermana con mirada inquieta.

—No lo sé, Harry —dijo ella acariciándole el pelo—. Siempre supimos que algún día tendría que irme.

El niño negó con la cabeza.

—No te vas para siempre, vas a visitarles —dijo sin poder disimular su temor.
Tracy negó con la cabeza.

—No, Harry, esta vez no voy a volver —dijo con resolución—. A partir de ahora tendrás que venir a verme tú. Todos quieren conocerte. Será divertido, ya verás.

—No quiero que te vayas —dijo el pequeño abrazándose a ella.

Tracy sintió que se le partía el corazón.

—Eres un chico valiente, ¿recuerdas? —dijo tratando de sonreír—. Fuiste capaz de dormir a la intemperie y convenciste a Lory para que se quedara contigo. Un tipo valiente como tú puede enfrentar cualquier cosa.

El niño apretó las manos alrededor de la espalda de su hermana.

—No quiero que te vayas —repitió.

Tracy lo separó y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Escúchame, Harry. He estado cuidando de ti desde que naciste —dijo poniéndose seria—. Dejé mi casa y a mis padres por ti.

—Yo también —dijo él.

—No, tú no. Tú eres hijo de tía Felicia. Yo era un poco más pequeña que tú ahora cuando tuve que dejar mi casa y a mi madre para venir aquí contigo —dijo y esperó a que el niño asimilara lo que le decía.

—¿Por qué no te adoptaron a ti también? —preguntó.

—Porque no querían una niña grande, te querían a ti —dijo con una sonrisa—. Ahora me toca volver a casa y a ti te toca ser fuerte como yo lo fui por ti.

Harry apretó los labios.

—Pues entonces yo tampoco quiero quedarme —dijo—. Soy tu hermano, me iré contigo y viviré con los Guzmán en México.

Tracy negó con la cabeza poniéndose seria.

—Eso es muy cruel, Harry —dijo—. Felicia es tu madre, ella te quiere muchísimo y si te oyera se le rompería el corazón.

—Ella ha sido mala contigo —dijo él mostrando su enfado.

—Volveremos a vernos pronto —dijo, conciliadora—. Vendrás a visitarnos, te enseñaré Saltillo y podrás practicar tu español. Seguro que cuando vuelvas podrás sorprender a la señorita García con lo que habrás aprendido.

—¿Por qué no he ido nunca contigo? —preguntó.

—Tenías que ir a clase —mintió—, además tu madre nunca ha soportado la idea de separarse de ti.

Le dio un largo beso en la mejilla y luego lo abrazó con fuerza.

—Tu madre te quiere muchísimo, no lo olvides, Harry. Sé bueno. Haz que esté orgullosa de ser tu hermana.

El niño esperó hasta que Tracy salió de su habitación para tumbarse con la cabeza hundida en la almohada y llorar a gusto. Eso de ser valiente, era un rollo.

—Déjame que te acompañe —pidió Nathan cuando paró el coche frente a la terminal del aeropuerto.

—Me lo prometiste —dijo ella negando con la cabeza.

—Tuve que hacerlo para que me dejases venir —dijo él sonriendo.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Será como cuando me fui a la Universidad —dijo él—. Tú viniste a despedirme y yo te dejé acompañarme hasta que el guardia de seguridad te impidió el paso.

Tracy no respondió.

—En cuanto la tía Felicia esté dos días sin ti se dará cuenta de lo mucho que te necesita —dijo Nathan muy serio.

Tracy lo miró a los ojos y Nathan lo supo antes de que hablara.

—No voy a volver, Nathan —dijo con serenidad—. Ella nunca me quiso, me ha soportado todos estos años porque necesitaba una criada que quisiera a Harry.

—Dios mío, Tracy —dijo él golpeando el volante del coche—. No puedes salir así de mi vida...

Ella apartó la mirada un momento, no quería ponerse a llorar, hasta ese momento lo estaba haciendo bien. Volvió a mirarlo.

—Esto será bueno para mí —dijo con el corazón en su mirada—. Tengo que alejarme de ti...

—¿Me estás castigando? —dijo él con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Es eso?

Tracy negó con la cabeza al tiempo que se mordía el labio.

—¿Quieres ver cómo me hago pedazos? —susurró al límite de su resistencia.

Él la atrajo hacia sí para abrazarla y besó su pelo aspirando el aroma que tan bien conocía. Después se separó para dejarla marchar. Tracy bajó del coche y se quedó en la acera hasta que lo vio alejarse, con el corazón tiritando de frío se dio la vuelta y atravesó las puertas de la terminal.

Nathan encendió la radio y subió el volumen tratando de silenciar los gritos de su cabeza. Ante sus ojos pasaron miles de imágenes y en todas ellas aparecía aquella huesuda niña con trenzas, que se convirtió en su mejor amiga veinte minutos después de llegar a su vida.

Nunca había odiado a nadie, pero ahora sentía que podría llegar a odiar a su tía. Siempre había sido cruel con Tracy y todos lo habían permitido convirtiéndose en cómplices silenciosos de su injusticia. Pensó en su padre, él siempre la trató como si fuese una empleada, sin ningún tacto ni cariño. Jamás la había felicitado por nada, ni le había dado las gracias por todo lo que había hecho por el rancho. ¿Y qué había hecho él todo ese tiempo? Golpeó el volante varias veces tratando de calmar la furia que sentía.

Llegó al rancho, aparcó frente a la casa de Felicia y entró corriendo. Encontró a su tía en su rincón de lectura.

—¿Cómo puedes estar ahí tan tranquila? ¿Cómo no se te retuercen las entrañas? —dijo sin poder contener la rabia que sentía.

Felicia cerró el libro y se quitó las gafas.

—¿Qué es eso tan terrible que crees que he hecho? —preguntó—. Esto le enseñará que tiene que ser agradecida. Cuando regrese...

—¡No va a volver! —exclamó Nathan furioso.

—¡Claro que va a volver! —exclamó Felicia con aparente seguridad, aunque una sombra de temor cruzó su mirada.

—No va a volver —dijo Nathan que acababa de darse cuenta de que su tía no comprendía lo que había hecho—. Se acabó.

—¿Te crees que va a soportar vivir lejos de aquí? —dijo Felicia negando con la cabeza—. Cuando esté lejos se dará cuenta de que lo único que he hecho toda su vida fue ocuparme de ella...

—¿Ocuparte de ella? —Nathan soltó una cínica carcajada—. ¿Eso que has hecho todos estos años ha sido ocuparte? Desde el primer día te encargaste de que se sintiera como una huérfana. De que tuviese claro que ella no era como Harry, que no formaba parte de esta familia. Has abusado de ella, la has tratado como a una criada. ¡Qué digo cómo a una criada! ¡Una criada tendría más derechos que Tracy!

—Estás siendo muy injusto —dijo Felicia.

—¿Injusto yo? —Nathan sentía las lágrimas ardiendo en sus ojos, pero no iba a dejar que su tía lo viese llorar como un niño—. Viniendo de ti es un chiste sin gracia.

—Eres igual que tu padre —dijo Felicia.

—¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto?

Felicia se puso de pie y fue en busca del paquete de cigarrillos que había dejado sobre la chimenea. Sacó uno y lo encendió con manos temblorosas.

—Tu padre cayó bajo el influjo de Jillian cuando era un crío. Hacía con él lo que le daba la gana, pero por más que todos se lo dijeren no entraba en razón. —Se volvió a mirarlo y había rabia en sus ojos—. Como tú con Tracy.

Nathan frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? —preguntó desconcertado.

—Estás enamorado de ella —preguntó Felicia acercándose a él—. ¿Crees que ella te va a querer? ¡No! Encontrará otro tan inapropiado como su padre y te dejara con el corazón hecho pedazos.

—Has perdido la razón —dijo Nathan, desconcertado.

Felicia sonrió con desprecio.

—Ya —dijo y después dio una profunda calada, aquello era lo único que conseguía calmar sus nervios.

—Tracy podría haber sido una hija para ti —dijo su sobrino—, nadie se ha

preocupado por tu bienestar tanto como ella. Pero ahora veo que en tu comportamiento llevas la penitencia. La has apartado de tu vida para siempre.

Felicia se volvió hacia él.

—Es igual que su madre —dijo—, hace lo que le viene en gana sin importarle que los demás sufran. Pero volverá, te aseguro que volverá.

Nathan la miraba sin dar crédito a lo que oía. Movi6 la cabeza negando.

—Me das pena. No tienes ni idea de cómo es Tracy.

Oyeron la puerta de la casa cerrarse de un portazo. Felicia fue hasta la ventana y vio que Harry se alejaba corriendo.

Capítulo 14

—Tracy, deja eso —dijo su madre viéndola remover la tierra con las manos como si su vida dependiera de lo fina que estuviese.

Su hija giró la cabeza para mirarla.

—¿No quieres que toque tus plantas? —preguntó poniendo las manos sucias sobre los pantalones.

—No es eso, es que no estás preparando la masa para hacer tortitas, hija. Le estás dando con unas ganas... —dijo su madre sonriendo—. Ven a tomar un café conmigo. Ándale.

Tracy sonrió y asintió poniéndose de pie. Madre e hija entraron en la cocina y Tracy fue al fregadero a lavarse las manos mientras Jillian sacaba dos tazas del armario y servía el café en ellas. Se sentaron en la barra, una junto a la otra.

—Tengo que buscar un trabajo —dijo Tracy cogiendo su taza—. Necesito ocupar mi tiempo en algo productivo.

—¿Entonces estás decidida? —preguntó su madre—. ¿No vas a volver?

Tracy negó con la cabeza.

—No, mamá, no voy a volver.

La expresión serena de Jillian desconcertó a su hija.

—No voy a fingir que lo siento —dijo la madre encogiéndose de hombros.

Tracy suspiró dejando que el aire saliese suavemente de sus pulmones.

—Pronto tu padre y Mario necesitarán ayuda en el taller —dijo Jillian—. Tienen a Rita, pero está a punto de dar a luz y tiene pensado dejar de trabajar cuando el bebé nazca.

—¿Trabajar para mi padre? —dijo Tracy pensando en ello.

—Solo hasta que encuentres algo mejor.

Tracy tenía la vista clavada en la taza que sujetaba entre las manos. Después de unos segundos miró a su madre y se encogió de hombros.

—Está bien.

Terminó el café y se puso de pie.

—Voy a dar un paseo —dijo.

Jillian la vio salir de la casa con expresión preocupada. No le había contado nada, pero estaba convencida de que Nathan le había roto el corazón. Iba a ser complicado conseguir que sacara todas aquellas emociones enquistadas. Cogió las tazas y las llevó al fregadero.

Kate arrastró a Nathan a la pista de baile y el joven se dejó llevar con poco entusiasmo.

—Llevas demasiados días así —dijo ella rodeándole el cuello con los brazos.

—¿Así cómo? —preguntó él mirándola a los ojos.

—Como si se te hubiese muerto el perro —dijo ella.

Él hizo un gesto que mostraba lo poco que le gustaba ese ejemplo.

—¿Quieres que nos vayamos de aquí? —dijo ella pegando su cuerpo al suyo—. Se me ocurren unas cuantas cosas que podrían levantarte... el ánimo.

Nathan sonrió sin ganas.

—Anda, vámonos —dijo Kate tirando de él para salir del local.

Subieron a la camioneta y Nathan la miró antes de ponerla en marcha.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó.

—Vamos al Cerro Viejo —dijo ella y después se pasó la lengua por el labio superior con gesto sensual—. Siempre he querido hacerlo al aire libre.

—No —dijo él.

—¿Por qué? —dijo ella colocando su mano en su paquete—. Anda, ya estuvimos a punto de hacerlo allí una vez.

—Te he dicho que no —dijo muy serio.

—¡Joder, Nathan! Desde que se marchó Tracy estás insoportable. ¡Supéralo, tío! Ya sé que erais muy amigos, pero tendrá que hacer su vida, ¿no? —dijo poniendo cara de decepción—. Ni mi hermano ha estado tan tocado.

Nathan puso el coche en marcha y salió a la carretera sin responder.

—No sé qué se trae entre manos —dijo Kate pensativa, después de aguantar unos segundos en silencio—. Te hablo de Richard, no hace más que ir y venir de Florida. Creo que desde que Tracy rompió con él ha perdido el interés por el rancho.

Nathan levantó una ceja, pero Kate no vio la ironía de sus ojos.

—Pues no es que le haya durado mucho —dijo.

—Si es que no sé por qué se empeñó en que lo comprásemos —dijo Kate poniendo los pies en el salpicadero—. Yo nunca lo tuve claro.

Miró a Nathan para comprobar si la miraba, pero él no apartaba la vista de la carretera.

—¿Has visto mis botas? —dijo señalándolas—. Me han costado mil doscientos dólares. He hecho que me las trajeran de Nueva York. Hablé con tu hermana y me dio el teléfono de una amiga suya...

—¿Hablaste con Samy? —preguntó sorprendido.

—Sí, la he llamado unas cuantas veces —dijo Kate—. Tu hermana conoce a muchísima gente en Nueva York. Es verdad que la mayoría de sus amistades importantes le vienen de su relación con Didier, pero...

—¿Cómo conseguiste el teléfono? —dijo Nathan, mirándola varias veces sin disimular su desconcierto.

—Un día que estabas en la ducha llamó a tu teléfono...

—¿Y cogiste la llamada? —El desconcierto iba en aumento.

—Vi su foto en la pantalla y pensé que era un buen momento para que me conociera —dijo ella girando la cara y mirando por la ventanilla.

—¿Y te dio su teléfono? —siguió preguntando.

—Bueno, en realidad lo cogí de tu móvil —dijo excusándose—, pero te aseguro que no le importó. Siempre que la he llamado ha sido de lo más simpática.

Nathan movió la cabeza tratando de analizar toda aquella información.

—No deberías haberlo hecho, Kate —dijo en un tono muy bajo.

—¿Por qué? —Ella lo miró desolada—. ¿Qué tiene de malo que hable con la hermana de mi novio? Cuando estuvieron aquí hace una semana tu madre no me invitó a cenar. ¿Crees que eso estuvo bien? Entiendo que la primera vez no me invitase, no llevábamos mucho tiempo, hacía mucho que no os veáis, era algo más íntimo. ¿Pero ahora? Estuvisteis solos, ni siquiera estuvo Felicia, tu madre podría haberme invitado. Era el momento ideal para conocernos. Estoy segura de que ella pensó lo mismo.

Nathan no dijo nada, estaba tratando de filtrar lo que estaba oyendo.

—A tu madre no le gusto —dijo ella con voz quejumbrosa—. Desde el primer momento se lo he notado, es la típica madre dominante que no quiere a ninguna mujer cerca de su hijo.

—Mi madre no es dominante —dijo Nathan molesto.

—Cariño, eres su hijo, estás completamente manipulado por ella —dijo sonriendo con condescendencia—, no te darías cuenta ni aunque te lo escribiese en un cartel fluorescente.

—Kate, te estás pasando —dijo él y su tono de voz sonaba a advertencia.

—Está bien, me callo. —Pero su silencio apenas duró unos segundos—. ¿Oye no crees que a tu tía le pasa algo? Ayer estuve tomando un café en su casa y la vi muy demacrada.

Nathan la miró de nuevo sorprendido.

—¿Estuviste en casa de mi tía? —preguntó.

Kate asintió con una sonrisa.

—Me adora —dijo—. Creo que después de lo que le hizo Tracy necesita alguien como yo cerca.

—¿Alguien como tú? —Nathan no conseguía superar la fase de sorpresa.

—Alguien agradable y agradecido, hijo. Porque hay que ver cómo ha resultado ser Tracy.

Nathan giró la cara hacia la ventanilla para que no viese su expresión de hartazgo.

—No me imaginaba que tu prima fuese tan desagradecida —siguió diciendo Kate mirando las luces de los coches que tenían delante—. Felicia me explicó todo lo que hizo por la familia de Jillian y me quedé a cuadros. No imaginaba que los padres de Tracy fuesen esa clase de gente.

—¿A qué clase de gente te refieres? —dijo Nathan entrando en la carretera que llevaba al rancho Florida.

—Bueno, Jillian podría haberse casado con un buen partido ¡y eligió a un mexicano muerto de hambre! —exclamó como si no diese crédito—. Yo entiendo que fuese un chasco que tu padre la rechazara, pero como pataleta fue excesiva. ¿Y así es como Tracy le agradece a tu tía que la rescatara de la inmundicia?

Nathan paró el coche delante de la casa.

—Qué rápido hemos llegado —dijo Kate abriendo la puerta del coche para bajar.

Cuando estuvo fuera del coche miró a Nathan sorprendida de que no se moviese de su asiento.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Me voy a casa —dijo él maniobrando para dar la vuelta y tomar de nuevo la carretera.

Kate lo vio alejarse sin comprender qué era lo que había pasado.

Tracy empezó a trabajar en el taller de su padre y después de revisar a fondo las cuentas se dio cuenta de que estaban perdiendo dinero por la mala administración. Le presentó a su padre un proyecto que incluía reajustes importantes, tanto en materiales como en precios. Tracy había detectado que había procesos a los que se dedicaban muchas horas y cuyo precio no iba acorde con ese tiempo. Mientras que otros arreglos mucho más sencillos tenían un precio demasiado elevado. Roberto Guzmán se puso en manos de su hija y dejó que ella reajustara de nuevo todas las piezas. Tracy visitó a los proveedores y llegó a nuevos acuerdos con ellos consiguiendo buenos precios a cambio de hacer pedidos más grandes o de comprometerse a tenerlos como únicos suministradores. También ofreció espacios de publicidad en el local a cambio de precios más competitivos. Creó un Twitter para el taller, en el que sus seguidores podían preguntar cosas básicas de sus coches y a las que Mario contestaba todas las noches después de cenar.

En dos meses el taller había conseguido el doble de beneficio con un veinte por ciento más de clientes. Tuvieron que contratar a otro mecánico y dedicar más horas de trabajo, pero Roberto y Mario estaban muy contentos con lo que Tracy había conseguido.

—Es una empresaria de tomo y lomo —decía su padre mientras cenaban en la cocina—. Además hoy me ha dicho una clienta que el taller ya no parece un desguace.

Jillian se echó a reír.

—Ya os dije muchas veces que lo tenías hecho un desastre —dijo.

—Tan solo contraté un batallón de limpieza y cambié la ubicación de algunas cosas —dijo Tracy sonriendo.

Jillian puso la mano sobre la de su marido y miró a su hija.

—Nunca había visto a tu padre tan contento —dijo.

Tracy bajó los ojos con timidez.

—Es genial que estés aquí, hermanita —dijo Mario guiñándole un ojo—. Así ya no tengo que aguantar sus arrumacos yo solo.

Tracy se echó a reír a carcajadas. Era cierto que sus padres eran demasiado efusivos y costaba acostumbrarse a verlos todo el tiempo haciéndose cariños.

—Voy a tener que subirte el sueldo —dijo Roberto—. Si no, corro el riesgo de que te marches a otro sitio.

Tracy sonrió con una expresión muy tranquila. No tenía intención de ir a ningún lado, por primera vez se sentía a gusto en un lugar al que podía llamar hogar.

Capítulo 15

Jillian salió al porche trasero con dos tazas de chocolate y le ofreció una a su hija que estaba sentada en una de las mecedoras.

—Resulta agradable tener a alguien que me acompañe —dijo sentándose junto a ella—. Tu padre y tu hermano están siempre demasiado cansados para sentarse aquí conmigo antes de ir a dormir. Prefieren ver la tele.

Tracy bebió de su taza y cerró los ojos de placer al sentir el dulce sabor inundando sus papilas gustativas.

—Está delicioso —dijo mirando a su madre con satisfacción.

Jillian asintió.

—A mi padre le encantaba cómo lo preparaba —dijo bebiendo un sorbo con cuidado de no quemarse.

Tracy la miró ahora con curiosidad.

—¿Cómo te llevabas con él? —preguntó doblando una pierna sobre el asiento y girándose para estar de frente a ella.

—Muy bien —dijo Jillian, pensativa—. Yo fui su niña mimada. Me llamaba cascabel. Decía que era la alegría de la casa, que nadie podía estar triste o enfadado a mi lado.

—Que casualidad, mi caballo en Little Bit se llama Cascabel —dijo Tracy con añoranza.

Jillian sonrió con ternura.

—No puede ser que te diesen a mi vieja yegua —dijo.

—¿Yegua? —Tracy negó con la cabeza y después sonrió al comprender—. ¿La madre de Cascabel era tu yegua?

—¿Le pusieron el mismo nombre a tu caballo?

Tracy asintió.

—Me contaron que la yegua murió poco después de que el potrillo naciera —dijo—. Walter la quería mucho y le puso el mismo nombre a su hijo como homenaje.

—¡Mi pobre Cascabel! —exclamó Jillian con tristeza.

Tracy no se sorprendió de que nadie le contase que era hijo de la yegua de su madre. Nadie mencionaba jamás a Jillian, excepto Felicia para criticarla. Esperó a que su madre dijese algo más, pero se había perdido en sus pensamientos. Tracy volvió a sentarse mirando hacia los campos y siguieron tomándose el chocolate en silencio durante los siguientes minutos.

—¿Has hablado con alguien de allí? —preguntó Jillian.

Tracy la miró y después negó con la cabeza.

—Irene llamó esta mañana para saber cómo estabas —dijo Jillian.

—¿Lo había hecho antes? —preguntó Tracy, incómoda.

Jillian asintió.

—Les pedí que no me llamaran —dijo Tracy—, para no hacérmelo más difícil.

—Lo sé —dijo su madre—. Me lo dijo la primera vez que llamó, por eso no te lo había dicho. Pero ya han pasado varios meses...

—Sí, ya estoy bien —dijo ella forzando una sonrisa.

—No, no estás bien —dijo su madre estirando la mano para ponerla en su brazo con cariño—. Y no lo estarás mientras no le cuentes a alguien qué es lo que te pasa.

Tracy miró el dulce contenido de su taza.

—Soy tu madre, Tracy y te quiero muchísimo. —Su hija la miró y en el fondo de aquella mirada todavía podía ver la incredulidad respecto a su afecto—. Sé que resulta difícil de creer viniendo de alguien que dejó que se llevaran a dos de sus hijos...

—No quiero hablar de eso —dijo Tracy poniéndose de pie. Dio los pasos que la separaban de la columna de piedra y se apoyó en ella mirando hacia la oscuridad de la noche.

Jillian movió la cabeza, consternada y se llevó la taza a los labios tratando de borrar la amargura que sentía en su garganta.

Tracy apagó el ordenador, cogió su bolso y su chaqueta y salió del despacho que ocupaba al fondo del taller. Su padre todavía trasteaba en las entrañas de un Chevrolet Camaro y se limpió las manos cuando escuchó el ruido de sus botas.

—Tu madre me regañará por dejar que llegues tan tarde —dijo sonriéndole.

—¿Nos vamos juntos? —preguntó Tracy.

Roberto miró el coche y después asintió.

—Quería terminarlo hoy, pero con una hora más no sería suficiente y es el máximo permitido antes de tener que dormir en el sofá... —dijo guiñándole un ojo—. Los huesos de mi espalda ya no aguantan tanto como antes.

—Así que por eso tiene los muelles tan hundidos —dijo Tracy sonriendo.

—No solo por eso —dijo Roberto.

—¡Papá! —exclamó ella tratando de borrar la imagen que se había formado en su mente.

Roberto se echó a reír a carcajadas.

—Ve cerrando todo mientras me lavo un poco y me cambio el mono —dijo entre risas—, no quiero ensuciar el coche.

Tracy asintió y dejó sus cosas sobre una silla mientras bajaba las persianas y conectaba la alarma. Cuando su padre estuvo listo para salir se dirigieron al coche que estaba aparcado en la puerta.

—¿Quieres conducir? —preguntó lanzándole las llaves sin esperar respuesta.

Su padre tenía un Mustang Shelby del 67 y no se lo dejaba conducir a cualquiera. Mario lo tenía totalmente prohibido.

—Pararás una calle antes de llegar a casa —dijo Roberto sentándose en el asiento del copiloto—. Si Mario te ve ahí sentada tendremos una bronca que durará hasta las Navidades.

Tracy sonrió sabiendo que no estaba exagerando nada. Desde que había vuelto a casa había escuchado a su hermano pedirle que le dejase el coche tantas veces, que había perdido la cuenta.

—¿Por qué no se lo dejas? —preguntó Tracy poniendo las llaves en el contacto.

—Porque a él ya lo he visto conducir —dijo guiñándole un ojo.

—De acuerdo —dijo ella y respiró hondo antes de girar la llave—, entonces esto es un examen.

—A *wiwi* —confirmó Roberto con una expresión de las suyas.

El sonido del motor los hizo enmudecer y a partir de ese momento Tracy se concentró en la conducción.

Una calle antes de llegar a la casa paró el vehículo tal y como Roberto le había dicho que hiciese. Tracy se bajó del coche y cambió de sitio con su padre que se sentó en el lugar del conductor. Se puso el cinturón y esperó a que se pusiera de nuevo en marcha para recorrer los metros que les faltaban para llegar.

—Yo no estuve de acuerdo —dijo Roberto de pronto.

Tracy lo miró sin comprender a qué se refería.

—Siempre he querido decírtelo —dijo sin apartar la mirada de la calle—, me tuve que morder la lengua muchas veces para no hacerlo.

Tracy tardó un poco en comprender de qué le hablaba su padre. El corazón le tembló en el pecho al darse cuenta. Cuando Roberto la miró tenía los ojos húmedos y apretaba los labios conteniendo el río de palabras que pugnaban por salir de su boca.

—Tuve que beberme muchas botellas para tragarme el hecho de que como padre era un fracasado —dijo—, un inútil que no fue capaz de sacar adelante a su familia.

Sorbió por la nariz conteniendo las emociones en su puño apretado, mientras Tracy no era capaz ni de moverse.

—Puedes odiarme por ello, pero jamás, jamás... —repitió mirándola a los ojos—, estuve de acuerdo en...

—Lo sé —dijo ella negando con la cabeza—. No hace falta que lo digas, lo sé.

Los ojos de Tracy también se llenaron de lágrimas, pero ella no tuvo éxito conteniéndolas.

—Tu madre ha sufrido mucho por mi causa —dijo Roberto—. Nunca se lo he confesado a nadie, pero cuando su padre la echó de casa estuve a punto de abandonarla.

Tracy lo miró espantada.

—Hubiese sido horrible para ella —dijo.

—¿Más horrible que lo que vivió a mi lado? —preguntó él negando con la cabeza—. Aquello fue un acto egoísta, debí abandonarla. Ella hubiese tenido la vida que merecía y no la que yo le di.

Su hija cogió su mano en un gesto completamente nuevo para ambos.

—Te ama profundamente —dijo con la voz entrecortada—, si la hubieses abandonado le hubieses destrozado la vida.

—¿De verdad crees eso? —dijo Roberto ya sin poder contener las lágrimas.

Tracy asintió llorando también.

—Lo único que importa es que estéis juntos —dijo.

Padre e hija se abrazaron intercambiando consuelo. Después de un tiempo indeterminado se separaron y Roberto se limpió las lágrimas.

—Menudo par de idiotas —dijo.

Tracy se echó a reír y sacó un paquete de pañuelos del bolso.

Capítulo 16

—No hay manera de que te quites el acento tejano —decía Clara riéndose a carcajadas.

—Da gracias que todavía sabe hablar español —dijo Mario uniéndose a su hermana.

—No te enfades, hermanita —dijo Berto—, son dos tarados.

Estaban todos sentados a la mesa como cada domingo. Aquella comida era sagrada para la familia Guzmán-Bellgard. Desde que Tracy vivía con sus padres ni un solo domingo había faltado ninguno de sus hermanos, y tampoco su tío Pablo, el único hermano de su padre, siempre de la mano de su mujer, Remedios.

—Estudié español en la escuela y en el instituto —dijo Tracy, a la que no solo no molestaban las pullas de sus hermanos, sino que la hacían sentirse más unida a ellos—. Si nos hicieran un examen veríamos quién sacaría mejores notas.

—Pues yo sé de uno que debería perfeccionar su inglés —dijo Clara mirando a Berto.

—Es verdad, ¿qué hay de aquello que nos contaste, Berto? —preguntó su madre poniendo la bandeja de cordero en medio de la mesa.

—¿Aún no se lo has contado a mamá? —dijo Clara dándole una palmada en el brazo.

—No he tenido tiempo —dijo él riéndose—. En dos semanas me traslado a la sucursal de San Francisco.

Su madre lo miró con la boca abierta.

—Llevaré el proyecto de los nuevos modelos —dijo y después chocó la mano de Mario.

—Bien hecho, hermano —dijo el pequeño.

—¡Oh, qué orgullosa estoy! —Jillian fue hasta su hijo y lo abrazó—. Felicidades, hijo, sé que era lo que querías.

—Felicidades —dijo Tracy con una enorme sonrisa.

—Trabajo con impresoras, no hago operaciones a corazón abierto —dijo Berto sonriendo.

—¿Y tú Tracy, qué vas a hacer? —preguntó el tío Pablo.

Se hizo el silencio en la mesa, todos dejaron de comer y miraron a Pablo como si hubiese invocado al demonio.

—Aún no lo sé —dijo Tracy.

—Nosotros te necesitamos —dijo Mario—, el taller ha cambiado mucho desde que estás tú.

—Y tenemos muchos más clientes...

—No hace falta que me miméis —dijo Tracy sonriéndoles a los dos—, sé que no vais a echarme de momento.

Cortó un pedazo de cordero y se lo llevó a la boca ante la atenta mirada de todos.

—Dejad de mirarme así —dijo, incómoda—. No voy a romperme.

—Hija —su madre puso una mano encima de la suya y la miró a los ojos—, esta es tu casa y no queremos que te marches nunca más.

Tracy devolvió el gesto de cariño a su madre.

—Lo sé, mamá.

—¿Y tú Clara, qué tal por el hospital? —preguntó Pablo para aligerar la emotividad del ambiente.

Toda la atención recayó ahora sobre la otra sobrina y Tracy pudo respirar tranquila de nuevo. Observó a su hermana y sintió una explosión de orgullo en el pecho. Todavía recordaba lo unidas que estaban cuando eran niñas y cómo muchas noches se dormían hablando hasta muy tarde de lo que harían cuando fuesen mayores. Clara siempre supo que sería médico. ¿Y ella? ¿Qué quería ser ella? Por más que pensó en ello no fue capaz de recordarlo.

—¿Estás mejor? —Clara y Tracy habían salido a dar una vuelta por el pueblo las dos solas como solían hacer todos los domingos después de comer.

Tracy asintió y miró a su hermana con una sonrisa para que viese que no le mentía.

—¿No te ha llamado? —preguntó Clara.

Tracy negó con la cabeza.

—Le pedí que no lo hiciese —dijo.

—Qué obediente es —respondió Clara mirando para otro lado.

—Clara —la llamó su hermana para que la mirase—, no quiero que tengas una opinión equivocada de Nathan. Es la mejor persona del mundo y siempre se portó conmigo como un... amigo.

—Tienes que hacer algo —dijo Clara parándose en medio de la calle.

—No hay nada que yo pueda...

—No hablo de Nathan —dijo Clara—. Hablo de ti, de tu vida. Tienes que hacer algo con tu vida, no te puedes quedar en casa con mamá y papá para siempre.

—¿Te han dicho ellos algo? —preguntó Tracy, preocupada.

—¡No! ¿Qué van a decir? —dijo Clara—. ¡Pero si están encantados con que estés aquí! Es que mientras estábamos comiendo, cuando me preguntaron por mi trabajo en el hospital, me acordé de nuestras charlas cuando éramos pequeñas.

Tracy mostró una expresión sorprendida.

—A mí me ha pasado lo mismo —dijo.

—Claro, tú también estabas allí —dijo su hermana guiñándole un ojo—. Entonces hablábamos de lo que haríamos cuando fuésemos mayores y yo tenía la fantasía de que

sería una médico capaz de curar cualquier enfermedad, por muy rara que fuese, ¿te acuerdas?

Tracy asintió.

—Decías que serías capaz de inventar las medicinas necesarias para ello, así que deberías ser química también —sonrió—. ¿Tú recuerdas lo que quería ser yo? Por más que he pensado en ello no consigo recordarlo.

Clara sonrió.

—¿Cómo voy a recordarlo? Cada día querías ser algo distinto. Unas veces decías que serías actriz, otras fotógrafa y aún me acuerdo cuando decidiste que ibas a ser escritora y empezaste a llevar un diario. —Se echó a reír al recordarlo—. Decías que cuando fueses famosa todo el mundo querría saber cómo había sido tu infancia.

Tracy buscó en sus recuerdos aquella imagen y no tardó mucho en encontrarla. Todos aquellos sueños infantiles aparecieron como fotografías en cascada.

—¡Es cierto! —empezó a reír también—. Una vez le dije a papá que quería ser minero y que encontraría piedras preciosas por las que nos darían una fortuna.

Clara asintió.

—Y cuando se quemó la casa de tu amiga Lita querías ser bombero. —Clara movió la cabeza mirando con ternura a su hermana y después la cogió de la cintura—. Ya no puedes seguir siendo aquella niña, Tracy, tienes que encontrar un lugar para ti.

Tracy cruzó el brazo por encima del de su hermana y siguieron el paseo así abrazadas.

—Durante años has sido la marioneta de esa familia —dijo Clara—. Cuando mamá me dijo que volvías lloré de alegría.

Las dos hermanas se pararon de nuevo en medio de la calle.

—No sabes lo muchísimo que te eché de menos —dijo Clara mirándola con sincero afecto—. Lloré cada noche después de que te fuiste. La casa se volvió oscura y lúgubre y tú sabes que yo nunca veía la mugre que nos rodeaba.

Tracy asintió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Yo también lloré mucho, Clara.

—Lo sé. Todas las noches, cuando me iba a la cama, te imaginaba en un lugar desconocido, con aquella mujer horrible que vino a llevaros. Sabía que te sentirías sola y triste y aunque mamá nos repetía que en casa de Felicia no te faltaría de nada yo sabía que eso no era cierto, porque allí no tendrías una hermana que te quisiera tantísimo como te quería yo.

Tracy se abrazó a ella y rompió a llorar. Clara la consoló con ternura aguantándose sus propias lágrimas.

—Al principio no entendía por qué no llamabas, por qué no podíamos hablar —dijo Clara con la voz ronca—. Tuve que hacerme mayor para comprender lo duro que fue todo aquello para ti.

—Si hubiese hablado con vosotros me habría muerto —dijo Tracy con la voz

entrecortada—. Y si Nathan no me hubiese ayudado...

—Está bien, prometo no odiarlo también a él —dijo Clara—, pero solo hay salvoconducto para uno.

—Samy tampoco es mala persona —dijo Tracy limpiándose las lágrimas.

—¿Estás de broma? ¿La estirada repipi?

—Ha cambiado, ya no es así.

—Aún recuerdo la primera vez que me hablaste de ella, era la primera vez que nos veíamos después de tu marcha —dijo Clara—. Casi ni nos mirábamos, ¿te acuerdas?

Tracy asintió.

—Ya teníamos una casa bonita y todos estudiábamos como niños aplicados —siguió Clara.

—Al principio me pareció que me mirabas con rencor —dijo Tracy.

Clara asintió.

—Creía que ya no nos querías. Pero en cuanto empezaste a contar cómo era tu vida, comprendí la verdad de todo lo que había pasado. Estaba a punto de cumplir doce años, ya no era una cría estúpida como cuando te marchaste.

—Me enseñaste que tenías una habitación para ti sola —dijo Tracy recordando—, con una bonita cama con cajones debajo para guardar tus libros. Cuando volví al año siguiente, habías quitado los cajones y habías hecho que pusieran en su lugar una cama para mí.

Clara asintió, ahora era ella la que lloraba.

—Aquel gesto —dijo Tracy moviendo la cabeza sin encontrar las palabras—, nunca podré explicarte lo que significó para mí. Cuando me sentía sola, cuando tenía la impresión de que no pertenecía a ninguna parte, pensaba en esa cama debajo de la tuya y me decía: sí hay un lugar para mí.

Clara asintió y se limpió las lágrimas al tiempo que se reía.

—Menudo espectáculo estamos dando a los vecinos —dijo—. Tú no los ves, pero están todos mirando detrás de los visillos.

Tracy miró a su alrededor, hacia las casas y tuvo la sensación de que su hermana tenía razón.

—Anda, vamos para casa, por hoy ya está bien de llorar —dijo Clara cogiéndola del brazo.

—Por cierto, ¿qué ha sido de Lita? —preguntó Tracy.

Capítulo 17

—¡Tracy! —La voz de Roberto atronó por encima de la música que escuchaba Mario en el taller.

Tracy salió del despacho y recorrió el taller hasta ver a su padre que estaba en la camilla debajo de uno de los coches y hablaba con un cliente que estaba de espaldas.

—¿Nathan? —dijo Tracy.

Nathan se volvió y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al verla.

—¡Tracy! —Sin pensárselo la abrazó levantándola del suelo y dándole dos vueltas.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella riendo cuando consiguió poner los pies en el suelo.

—He venido a buscarte —dijo poniéndose serio.

Tracy frunció el ceño, Roberto se deslizó con la camilla para salir de debajo del coche y se puso de pie con gran agilidad.

—¿A buscarla para qué? —preguntó el hombre.

—Soy Nathan Harbord —dijo tendiéndole la mano, pero Roberto le mostró que la tenía llena de grasa y el joven asintió comprensivo—. La tía Felicia está enferma y me ha pedido que viniese a buscar a Tracy.

—¿Enferma? —preguntó ella preocupada.

Nathan la miró muy serio y asintió.

—Hace un mes que le detectaron un cáncer de mama muy agresivo —dijo.

Tracy se llevó la mano a la boca para ahogar una exclamación.

—El tratamiento es muy fuerte y la deja muy débil. Te necesita, Tracy —dijo Nathan.

—¿Que la necesita? —Roberto se limpiaba las manos en un trapo y no pudo quedarse callado—. *Tumbate el rollo...*

—Papá —le cortó Tracy para que no siguiera despotricando en español—. Déjame hablar con Nathan a solas, por favor.

Roberto apretó los labios aguantándose las ganas.

—Ven, iremos al despacho —dijo Tracy.

Nathan le hizo un gesto de disculpa a Roberto y la siguió. Cuando entró en el despacho, Tracy cerró la puerta tras él.

—¿De verdad es tan grave? —preguntó sentándose en el borde de la mesa.

Nathan asintió.

—Los médicos dicen que no hay garantías de que lo supere. Le han extirpado una parte de la mama, todo lo que estaba afectado, pero era terriblemente agresivo y rápido —explicó—. Tracy, después de lo que te hizo entendería que no quieras venir, pero no

podía negarme.

Tracy se mordió el labio al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, no, has hecho bien —dijo—. Tendré que solucionar algunas cosas y buscar a alguien que...

—¿Vendrás? —Nathan no disimuló su alegría.

Tracy asintió y después miró los papeles que tenía sobre la mesa.

—Un tiempo —dijo pensativa—. Buscaré a alguien, pero la mayor parte del trabajo puedo hacerla utilizando internet. —Volvió a mirarlo—. Iré a ayudar, pero no trabajaré para tu padre.

Nathan asintió con la cabeza.

—Por supuesto —dijo.

—Imagino que ya tiene a alguien...

Nathan asintió.

—Pero no le gusta —dijo.

—Imagino que a ese alguien tampoco le gusta él —dijo ella sin preocuparse—. Está bien, dame dos días.

—Esperaré —dijo él—, he cogido habitación en un hotel.

Ella frunció el ceño.

—No es necesario que te quedes, yo iré en cuanto...

—He venido conduciendo, pensaba que volveríamos juntos.

—¿En coche? ¡Son más de ochocientos kilómetros! —exclamó ella.

—Así tendremos tiempo de hablar —dijo él.

Tracy pensó durante unos segundos.

—Entonces te quedarás en casa —dijo—. Ahora hay habitaciones de sobra.

Nathan sonrió y señaló hacia la puerta.

—No creo que a tu padre le guste mucho la idea, parecía bastante enfadado conmigo.

—Mi padre es mexicano, siempre parece estar enfadado, es su estado natural —dijo Tracy sonriendo.

Nathan asintió.

—Te veo... distinta —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien —dijo ella, sin apartar la mirada de sus ojos.

Le pareció sorprendente sentirse así al volver a verle, pensaba que el día que eso sucediese se encogería como una pasa. Sin embargo, allí estaba, firme y resuelta como si nada hubiese cambiado, pero sintiéndose completamente diferente. Incluso podía mirarlo a los ojos y sonreír.

—Te he echado mucho de menos, Tracy —dijo él.

—Yo también a ti —respondió ella—. Vamos, iremos a tu hotel para que recojas tus cosas. Te quedarás en casa.

Cogió su bolso y salió del despacho seguida por un desconcertado Nathan.

—Encantado de conocerla, señora Guzmán —dijo Nathan dándole la mano.

—Tracy nos ha hablado muy bien de ti, así que considérate en tu casa —dijo Jillian con una sincera sonrisa—. Te instalarás en la habitación de Berto. Supongo que las flores en la pared de la de Clara no serían de tu agrado.

—No quisiera ser una molestia para usted, señora Guzmán —dijo él, agradecido.

—Llámame Jillian —dijo la madre de Tracy—, somos casi familia.

—Tía y sobrino —dijo él.

—Tía y sobrino políticos —aclaró ella—, pero podemos dejarlo en tía y sobrino si lo prefieres.

Nathan asintió con una enorme sonrisa.

—Te pareces a tu padre —dijo Jillian poniéndose nostálgica.

—Me lo han dicho muchas veces —dijo Nathan.

Jillian asintió pensativa.

—Éramos buenos amigos, Walter y yo —siguió.

Nathan frunció el ceño evidenciando que no lo sabía.

—¿Nunca te ha hablado de mí? —preguntó sonriendo—. Pues yo fui la que le dio su primer beso.

Nathan no parecía sorprendido.

—Teníamos siete años —aclaró Jillian riéndose.

—La verdad es que mi padre no habla demasiado —dijo Nathan excusándose.

—Mamá, no le tomes el pelo, anda. —Tracy lo cogió del brazo y lo arrastró del salón—. Ven, te llevaré a tu habitación para que dejes tus cosas.

La habitación de Berto seguía teniendo todo lo que su hermano no se llevó cuando se fue a estudiar a Houston. Nathan miró las paredes con posters de ACDC y Bruce Springteen.

—Es un loco de la música —dijo Tracy—. Esa acústica de ahí fue su primera guitarra, pero después vinieron cuatro más.

Nathan se acercó a la vieja Fender, que descansaba sobre una peana en un rincón.

—¿Puedo? —preguntó antes de cogerla.

Tracy asintió y se sentó en la cama observando todos sus movimientos. El joven se sentó en un banco que había bajo la ventana y rasgó un poco sobre las cuerdas.

—¿No vas a cumplir con la tradición? —preguntó ella.

—¿De qué hablas? —preguntó él levantando la vista de la guitarra.

—En el rancho de los Harbord hay que llorar cuando te instalas por primera vez en una de sus habitaciones —dijo Tracy sonriendo—. En la casa de los Guzmán tenemos otra mejor.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es esa tradición? —preguntó dejando la guitarra en su sitio.

—Pues hay que llevar a cenar al mejor restaurante de la zona a la hija que se

encuentre en la casa en ese momento —dijo ella haciendo un gesto divertido con la nariz—. Y parece que soy la única hija disponible.

Nathan sonrió.

—Pues voy a tener que cumplir la tradición, no quisiera que se me apareciese el fantasma de los ancestros Guzmán cuando esté durmiendo —dijo acercándose a ella y bajando la voz—. Tengo entendido que son unos ancestros muy quisquillosos.

—No lo sabes tú bien —dijo Tracy poniéndose de pie y aguantándose la risa.

—Si se parecen un poco a sus descendientes femeninas, me hago una idea.

—Harry me dijo que habláis todos los días —dijo Nathan cuando el camarero acabó de tomarles nota—. Creí que las normas eran nada de contacto.

—Él no cuenta —dijo Tracy encogiéndose ligeramente de hombros—. Es un niño, no entendería lo que pasa.

—Entiende más de lo que crees —dijo Nathan.

Tracy lo miró sin comprender.

—¿No te ha dicho que se vino a mi casa cuando te marchaste? —preguntó.

Tracy abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa y Nathan asintió.

—Me temo que fue culpa mía —dijo Nathan—. Cuando regresé del aeropuerto fui a ver a tía Felicia y le dije algunas cosas...

—¿Algunas cosas? ¿Qué le dijiste? —preguntó Tracy.

—Básicamente, que era una persona horrible y que no merecía todo lo que habías hecho por ella —dijo él.

Tracy lo miró horrorizada.

—¿Por qué hiciste eso?

—Estaba furioso —reconoció.

—¿Y Harry te escuchó? —preguntó ella teniendo una clara visión de lo sucedido.

—Sí. Se presentó en mi casa y le dijo a mi madre que no quería volver. Cuando tía Felicia fue a buscarle le dijo que ella no era su madre, pero que tú sí eras su hermana y que no se movería de allí hasta que volvieses a buscarlo.

Tracy se tapó la boca angustiada. Aquella era una de las cosas que había querido evitar.

—¡No me ha dicho nada! —exclamó—. Hemos estado hablando a diario y no me ha dicho una palabra.

—Estuvo quince días en nuestra casa, después mi madre lo convenció de que volviese —siguió contando Nathan—. Tía Felicia ya no se encontraba bien, apenas salía y no hablaba con nadie.

—No debiste decir nada —dijo ella moviendo la cabeza.

—Cuando le diagnosticaron la enfermedad me sentí fatal.

—Lo imagino —dijo ella.

El camarero llegaba con sus platos y dejaron un instante la conversación. Cuando cada uno tuvo lo que había pedido delante de él, Nathan sirvió el vino en las copas y bebió un trago, tenía la garganta seca.

—¿De verdad es tan grave? —preguntó Tracy preocupada.

—Sí, es un cáncer muy agresivo —dijo Nathan.

Tracy bajó la vista a su plato, de repente no tenía nada de hambre.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Nathan después de observarla unos segundos—. Hace muchísimo que no nos vemos, ya tendremos tiempo de hablar de todas estas cosas. Ahora finjamos que todo vuelve a ser como antes.

Tracy lo miró con tristeza.

—Nunca había estado en Saltillo —dijo Nathan—, tienes que enseñármelo todo.

—¿Todo? No sé si tendremos tiempo —dijo Tracy con una pequeña sonrisa.

Nathan la miró con una cálida sensación en el pecho.

—Me gusta esto.

—¿A qué te refieres? ¿Al restaurante? —dijo Tracy mirando a su alrededor.

—A estar juntos otra vez.

Tracy apoyó la barbilla en su puño mirando hacia el lado, como solía hacer cuando se ponía nerviosa.

—Estoy aquí —dijo él y sonrió cuando ella lo miró—. ¿Cómo es eso de trabajar en el taller de tu padre?

Tracy asintió.

—Tuve que rechazar una oferta para dirigir Mexichem —dijo irónica, refiriéndose a una de las empresas mexicanas más importantes—, pero la familia es la familia.

—¿No echas de menos el rancho? ¿A Cascabel? —preguntó él y después atacó a una quesadilla que lo estaba llamando a gritos.

Tracy asintió.

—Sí —dijo, sin más—. ¿Cómo va todo por allí?

—Como siempre —dijo él intentando enfriar con la mano la comida que se había metido a la boca.

—¿Y el Florida? —preguntó Tracy con disimulo para no mencionar a nadie en concreto.

Nathan negó con la cabeza, se limpió las manos y la boca con su servilleta y después bebió de su copa.

—Se han marchado —dijo.

—¿Qué? —Tracy frunció el ceño sin saber de qué le hablaba.

—Los Wilcox se han ido —dijo Nathan.

—¿Kate y Richard? ¿A esos Wilcox te refieres? —preguntó sin dar crédito a lo que oía.

—Sí, a esos. Todos los demás Wilcox que conozco siguen sin irse —dijo con sorna.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó ella ignorando la pulla.

Nathan se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Hace un mes vinieron a Little Bit y nos dijeron que se marchaban.

—Vamos a ver, ¿cómo que fueron y os dijeron? ¿Kate no habló contigo antes?

—Kate y yo lo dejamos hace tiempo —explicó Nathan—. No era la persona que yo creía y me parece que yo tampoco era lo que ella esperaba.

—¿Y qué esperaba? —preguntó Tracy.

—No estoy muy seguro.

—¿Y se han ido así, sin más?

—Bueno, sin más, sin más... no. Querían que tía Felicia les recomprara el rancho —explicó Nathan, y se apartó para que el camarero pudiese llevarse su plato.

—Todo esto es muy extraño...

Nathan esperó a que el camarero dejase los segundos platos antes de seguir hablando

—El abuelo Wilcox murió dejándoles toda su fortuna. ¿Para qué querían un rancho que solo iba a darles trabajo? Intentaron que Felicia lo comprara de nuevo, pero en ese momento ella ya estaba enfrascada en las pruebas médicas y lo que menos necesitaba era preocuparse por los negocios. Kate y Richard hablaron con mis padres, pero tampoco así lograron nada. Al final se marcharon y esperan a que Rosalind, la de la inmobiliaria de Harbordville, encuentre algún comprador interesado.

—¿Tu padre tampoco lo quiere? —se extrañó Tracy.

—Sí, sí que lo quiere, pero los Wilcox esperan recuperar todo lo que han invertido y mi padre no está dispuesto a pagar más de lo que ellos pagaron.

—Entiendo.

Tracy trató de borrar de su mente la última vez que vio a Richard Wilcox, sin éxito.

—¿Qué pasa? —preguntó Nathan deteniendo el viaje del tenedor a su boca.

—Nada —dijo ella.

—Esa cara no es de nada —insistió él.

—Pensaba en lo desagradable que fue romper con Richard.

—Nunca es agradable —dijo Nathan—, Kate me dijo de todo. No imaginaba que tuviese tanto vocabulario.

Tracy se rio a carcajadas.

—Pues Richard me dijo que Kate ya lo había prevenido en mi contra y al parecer la información que necesitaba se la proporcionaste tú —dijo ella sin dejar de sonreír.

Nathan frunció el ceño.

—¿Yo? No creo que le contase a Kate nada que pudiese utilizar en tu contra.

—No, estoy segura de que no —dijo ella.

Capítulo 18

La cena terminó y salieron del restaurante. Dieron un paseo por el centro y hablaron de Harry y del rancho. Tracy no paró de preguntar hasta que todas las dudas, que había ido acumulando desde que se fue, fueron despejadas. Ella le contó cómo había renovado el taller de su padre y lo bien que les iban las cosas. Habló sin parar de sus hermanos, de las comidas de los domingos en las que toda la familia se reunía y Nathan la vio brillar como una de las estrellas que plagaban el cielo de Saltillo.

—¿Te acuerdas de mi primer día de colegio? —le dijo Tracy girando la cabeza para mirarlo.

Estaban sentados en un banco de la plaza de armas, frente a la Catedral de Santiago.

—Claro que me acuerdo —dijo Nathan muy serio—, estabas tan nerviosa que derramaste la leche sobre tu vestido.

Tracy asintió.

—Y Felicia me obligó a ir con el vestido manchado —dijo con una sonrisa—. Pero cuando salí de la casa estabas esperándome para acompañarme y me hiciste volver a entrar para cambiarme.

Nathan asintió.

—Te habrían machacado —se justificó.

Tracy asintió y se puso las manos debajo de los muslos sentándose sobre ellas.

—Cuando volví, ya con otra ropa, me dijiste una cosa que no he olvidado —dijo ella mirándolo con un profundo sentimiento en los ojos—. A cualquiera se le puede caer un vaso de leche, pero solo tú puedes decidir quedarte con la mancha en el vestido.

Nathan sonrió.

—¿Eso dije? Verdaderamente era un niño muy raro —dijo.

Tracy seguía con aquella intensa mirada.

—Aquella frase me ha perseguido todos estos años —dijo y respirando hondo volvió la vista hacia la catedral—. Durante mucho tiempo me sentí como si llevase tatuada aquella mancha.

—Me alegra ver que has decidido borrarla —dijo él mirándola con intensidad.

Tracy asintió y volvió a mirar hacia la catedral en silencio. Nathan observó el dibujo perfecto de su perfil. La suave curva de la frente, la pequeña nariz que se movía cuando hablaba, los generosos labios bien dibujados y la pequeña barbilla acorde con el resto del rostro. Recordó a la niña que lo miraba con sus enormes ojos mientras él le decía que volviese a cambiarse de vestido.

Cuando volvieron a casa entraron con todo el sigilo que fueron capaces de mantener, pero es cierto que cuando todo está en silencio, los sonidos se amplifican.

—Shsssss —dijo ella con un dedo cruzando sus labios y aguantándose la risa.

—A ver si te piensas que me he dado ese porrazo por gusto —susurró él acariciándose la rodilla.

Tracy se tapaba la boca para que su risa no hiciese ruido. Lo acompañó hasta la habitación de Berto y se quedó en la puerta.

—Que duermas bien —susurró—, mi habitación es la de al lado.

Nathan asintió y Tracy cerró su puerta. Cuando estuvo en su habitación se tumbó en la cama vestida y colocó las manos bajo la cabeza. Sentía la mente efervescente, repleta de ideas, imágenes y recuerdos.

—¿Y cómo va a funcionar el taller sin ti? —Roberto no podía disimular su enfado.

Estaban los cinco sentados frente a la mesa del desayuno y Tracy acababa de explicarles que pensaba volver con Nathan.

—Papá, seguiré haciendo mi trabajo como siempre. No es necesario que lo haga desde el taller, puedo hacerlo desde el rancho —dijo Tracy.

—¿Desde el rancho? ¿En Texas? ¿Y qué hago si necesito pedirte algo? ¿O si un cliente quiere hablar contigo? ¿Le digo que se vaya a Texas? ¡Total, solo son ochocientos kilómetros! —Roberto hizo ademán de levantarse de la mesa, pero Jillian le cogió la mano.

—Papá —intervino Mario—, no se va por gusto.

—Deja que tu hija se explique antes de soltar a los leones —dijo su mujer mirándolo con serenidad.

—Enviaré un correo a todos nuestros proveedores y clientes explicándoles la nueva situación —dijo Tracy mirando a su padre con ansiedad. No quería decepcionarlo—. Les daré mi teléfono particular para que me llamen cuando lo necesiten. Todos me conocen, no habrá ningún problema, ya verás. Es como si trasladásemos las oficinas, pero yo seguiré estando disponible para lo que haga falta, si tengo que venir, lo haré siempre que sea necesario. Papá, no puedo ignorar lo que tía Felicia hizo por nuestra familia.

Roberto la miró y no pudo disimular el daño que aquella última frase le había causado, porque le quitaba todo el derecho a protestar.

—No voy a quedarme allí —dijo Tracy muy seria—, en cuanto todo se solucione, volveré. No pienso trabajar para el rancho, trabajaré para ti.

Su padre asintió, pero Tracy se sentía fatal. Se levantó y rodeó la mesa para abrazarlo. Roberto cerró los ojos mientras negaba imperceptiblemente con la cabeza y su hija lo besó en la mejilla.

—No quiero que te enfades, ni que pienses que te voy a dejar tirado —susurró en

su oído—. Te quiero, papá.

—Me siento fatal por lo que he provocado —dijo Nathan cuando estuvieron solos. Habían salido al jardín alejándose lo más posible de la casa.

—Ahora tengo que ir al taller y dejarlo todo organizado —dijo Tracy—. Enviaré ese mail masivo y acabaré de revisar algunas facturas. También tengo que pasarme por el banco. ¿Tú qué vas a hacer? Siento tener que dejarte, pero si vienes al taller mi padre acabará por darte con alguna de sus herramientas en la cabeza.

—Mejor me quedo con tu madre —dijo Nathan sonriendo.

Tracy asintió y le dio un beso en la mejilla.

—Es una costumbre —dijo—, los Guzmán no se marchan jamás sin un beso.

Nathan la vio volver a la casa y se quedó en medio de las plantas de aloe, con las manos en los bolsillos.

—Cuéntame cosas de Tracy —dijo Jillian.

Nathan y ella estaban sentados en sendas mecedoras disfrutando de una taza de té. Jillian había terminado de hacer las tareas de la casa y tenía tiempo antes de ponerse a preparar la comida, así que le propuso a Nathan salir al porche trasero para charlar un rato.

—Cuando llegó a Little Bit parecía un gato asustado —dijo Nathan recordando—. Recuerdo que pensé que si no fuese porque llevaba aquel niño en los brazos, habría huido corriendo y habría vuelto a México.

—Debía estar tan asustada... —dijo Jillian con un nudo en la garganta.

Nathan asintió.

—Sí, estaba muy asustada. Pero pronto supo hacerse a su nueva situación —dijo.

—Tú la ayudaste mucho —dijo Jillian.

—Es la persona más increíble que haya conocido —dijo él mirando hacia el jardín, pensativo—. La primera vez que vio un caballo casi se muere del susto. Pero al día siguiente ya estaba tratando de subirse en uno. Nunca tiene pereza, ni se pone excusas. Siempre fue la persona más generosa y paciente que yo haya conocido. Y la más divertida...

Está claro que Nathan siente un profundo aprecio por Tracy, pensó Jillian.

—¿Por qué crees que no ha ido a la universidad? —preguntó.

Nathan la miró y sus ojos no pudieron esconder lo mucho que le molestaba aquella pregunta. El joven movió la cabeza y apretó los labios.

—Es muy cabezota —dijo al fin.

—No me malinterpretes —dijo Jillian—. No soy de esas personas que piensan que para ser alguien en la vida necesitas un título universitario. Pero nunca ha sido capaz de darme una razón válida. Mario no ha ido, pero él tenía claro que no era ese el

camino que deseaba seguir. Le gustan los coches, son su pasión y le encanta el trabajo en el taller, pero Tracy. Tracy nunca dice más que vaguedades cuando le pregunto.

—Cuando hablábamos de ir a la universidad siempre dábamos por sentado que iríamos los dos —dijo Nathan—, pero cuando llegó el momento, simplemente dejó que pasara.

—¿Fue por dinero? —preguntó Jillian—. Porque yo le dije muchas veces que podíamos costearla nosotros.

—No creo que ella quisiese ese dinero —dijo Nathan sin pensar. Cuando vio la expresión de Jillian se dio cuenta de lo que había dicho—. No pretendía molestarte...

—No te preocupes —le cortó Jillian—. Creo que tienes razón y no pienses que no lo entiendo. Si fuese ella, tampoco lo querría.

—Tía Felicia nunca se ofreció a pagarla —siguió contando Nathan—, estoy seguro de que no quería prescindir de Tracy tanto tiempo.

—No sé cuándo mi hermana se volvió tan cabrona —dijo Jillian sin poder contenerse.

Nathan se aguantó las ganas de contestar a eso.

—Antes no era así —dijo Jillian después de beber varios sorbos de su ardiente té—. Cuando éramos niñas estábamos muy unidas, ¿sabes?

Nathan la miró con incredulidad y Jillian asintió sonriendo.

—Y con tu madre también —dijo—. Felicia y ella eran las mejores amigas.

—Y mi padre y tú —dijo él recordando lo que le había dicho cuando llegó.

Jillian asintió.

—Sí, los cuatro formábamos un buen grupo —dijo pensativa.

—Pues ahora mi padre es un gruñón huraño y tía Felicia es... Bueno, mejor no digo lo que es —dijo con un gesto de desprecio.

Jillian sonrió mientras observaba el rostro de su sobrino. Se parecía mucho al Walter que ella recordaba, al que tanto quiso.

—A mí madre te la has metido al bolsillo —dijo Tracy cerrando un momento los ojos.

Aún era de noche, tenían bastantes horas de camino hasta el rancho y querían llegar a comer.

—Es encantadora —dijo él, atento a la carretera—. Con tu padre no he tenido la misma suerte.

—No eras ave de buen agüero —dijo Tracy.

—Cierto —reconoció él.

—Es un gran tipo —dijo Tracy girando la cabeza para mirarlo—. No me extraña que mi madre se enamorase de él.

—Estaba equivocado —dijo Nathan después de un rato de silencio.

Tracy lo miró desconcertada.

—¿En qué, concretamente? —preguntó.

—Está claro que valió la pena —dijo sin mirarla—. Tus padres se quieren a pesar de los años que han pasado, se quieren de verdad. Nunca he visto esa complicidad en los míos y creo que ya sé por qué.

Tracy siguió mirándole sin saber a dónde llevaba ese discurso.

—Creo que mi padre estaba enamorado de tu madre —dijo al fin—, que se casó con mi madre queriendo a la tuya.

Tracy negó con la cabeza.

—No puedes decir eso. Es algo demasiado personal como para poder opinar sobre ello. No puedes saber cómo o cuánto quiere alguien a otra persona. Y no es justo para ellos que hagas eso —dijo Tracy girando la cabeza hacia la ventanilla para que no pudiese verle la cara—, no es justo para nadie.

Nathan sintió que le apretaba el corazón y cerró la boca.

Capítulo 19

Cuando llevaban dos horas de camino pararon para tomar el café que Jillian les había preparado. Se salieron de la carretera principal y aparcaron en un camino particular que llevaba a una hacienda, no creían que a esas horas pudiesen molestar a nadie. Tracy bajó del coche y se estiró como si acabase de levantarse de la cama. Nathan sacó las bolsas del asiento trasero y cogió el termo con el café.

—Compartiremos la taza —dijo llenándola.

—A ti te gusta sin azúcar —dijo ella arrugando la nariz.

—Hoy haré una excepción —dijo él echándole uno de los sobrecitos que Jillian había metido en la bolsa.

—Tú puedes beber directamente del termo —dijo Tracy quitándole la taza de las manos—, a mí no me importa.

Nathan sonrió.

—Chica lista —dijo llevándose el termo a los labios.

Se apoyaron en el coche y disfrutaron del amanecer.

—Ha sido toda una experiencia conocer a los Guzmán —dijo Nathan.

—No los has conocido a todos. Me habría encantado presentarte a Clara y a Berto, también.

—La próxima vez —dijo él.

No pudo contenerse, tenerlo tan cerca, estar los dos juntos compartiendo aquel momento... Tracy inclinó la cabeza para descansar sobre su hombro. Él hizo lo mismo y apoyó la suya sobre su pelo, como había hecho tantas veces.

—No puedo vivir sin ti —dijo él en un susurró.

Tracy se apartó de golpe, como si alguien hubiese tirado de ella con fuerza, y el café caliente cayó al suelo salpicando su mano y sus pantalones.

—¡Mierda! —exclamó al notar el ardiente líquido.

Nathan cogió la taza de su mano y la dejó junto al termo en el techo del coche, después sacó un pañuelo del bolsillo y limpió su piel con ternura.

—¿Por qué has dicho eso? —dijo Tracy molesta.

—Es la verdad —respondió él.

Tracy estaba enfadada, pero no sabía por qué. El comportamiento que había tenido con ella esos días la estaba confundiendo, la estaba haciendo creer cosas que no eran y que al final la dejarían hecha pedazos.

—Déjame intentarlo —dijo Nathan dando un paso hacia ella.

El rostro de Tracy sufrió una inexplicable transformación. De repente ya no había furia en su mirada, ni crispación, tan solo una fría y serena calma.

—¿Que te deje intentarlo? —preguntó.

Nathan la miraba suplicante.

—Probemos unas semanas —siguió hablando—, no quiero perderte, eres demasiado importante para mí...

—¿Unas semanas? —le cortó ella—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Durante unas semanas hacemos como que nos amamos y si sale mal volvemos a ser amigos? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—¿Por qué no?

—¡Dios! —exclamó ella—. Espera, no me queda claro del todo. ¿Nos acostaremos? Quiero decir, ¿cómo volveremos luego a ser amigos si nos acostamos? ¿No crees que será un poco complicado?

La boca de Tracy sonreía, pero sus ojos estaban serios y fríos como el hielo.

—O podemos no acostarnos —siguió hablando ella como si sopesara distintas posibilidades—, podemos hacernos arrumacos, algún toqueteo... sin llegar a culminar, ya me entiendes.

—Tracy, para —dijo él—. Lo he entendido, no hace falta que sigas.

—¿Qué has entendido, Nathan? —dijo ella acercándose y mirándolo fijamente a los ojos—. Explícamelo porque empiezo a pensar que no te conozco como creía.

Nathan la atrajo hacia él y la besó. Tracy no se lo esperaba y no fue capaz de reaccionar antes de sentir los labios masculinos presionando los suyos. El corazón golpeó con fuerza su pecho y la sangre comenzó un viaje acelerado por todo su cuerpo. Nathan tenía una mano en su nuca y con la otra en su espalda hizo que su cuerpo se arqueara para acomodarse en el suyo. Podía sentir el calor que ella desprendía a través de la ropa y su cuerpo respondió de inmediato sin que pudiera disimular la excitación que sentía.

Tracy se estaba quedando sin aire y su cerebro le enviaba señales contradictorias diciéndole a un tiempo que se dejase llevar y que tenía que separarse de él cuanto antes. La boca de Nathan parecía querer bebérsela entera y su lengua serpenteaba electrizante jugando con la de ella. Cuando notó que su mano se metía por dentro de sus pantalones y bajaba hasta su trasero para empujarla contra su sexo, todo su cuerpo se estremeció de placer y quiso que la tomara allí mismo, en medio de aquel camino apartado.

Él dejó un momento su boca para bajar acariciando con su lengua el largo cuello femenino. Tracy inclinó la cabeza y jadeó buscando aire que llevar a sus sufridos pulmones. Una voz en su cerebro repetía incansable que aquello no era real, que él no la amaba, que tan solo temía perderla. Trató de ignorar esa voz, dejándose llevar por lo que sentía cuando Nathan metió una mano dentro de sus bragas, pero no pudo y haciendo un esfuerzo sobrehumano lo apartó.

—No —dijo simplemente.

Con un gruñido de impotencia él dio un paso atrás muy despacio y respiró hondo

tratando de serenarse. Tracy se dio cuenta entonces de que le había desabrochado el pantalón y su sexo expuesto consiguió alterarle aún más el pulso. Apartó la mirada y se giró buscando un paisaje menos excitante, mientras él recuperaba la compostura y reprimía sus ansias abrochándose los pantalones.

Cuando los dos se hubieron calmado Tracy se volvió hacia él.

—¿Puedes decirme que me amas? —preguntó directa—. ¿Puedes decirme sin ninguna sombra de duda que me amas?

Una ráfaga de terror pasó ante los ojos de Nathan. Solo duró un instante, pero fue suficiente para que Tracy comprendiese.

—Eres imbécil —dijo—. Eres un maldito imbécil.

Se metió en el coche sin esperar respuesta. Nathan se puso las manos en la cintura aborreciéndose a sí mismo por no haberle gritado que sí, que la amaba. ¿Pero y si no era eso lo que sentía? ¿Y si tan solo tenía miedo de perderla?

Después de unos minutos guardó el termo de café en el asiento de atrás y se metió en el coche.

—Tracy... —dijo.

—No quiero hablar —dijo ella—. Haremos como si esto no hubiese ocurrido.

Nathan puso el coche en marcha después de unos segundos y regresaron a la carretera.

Cuando Tracy entró en la casa de su tía Felicia, la sobrecogió el silencio que se respiraba. Dejó la maleta en el suelo y se dirigió a la habitación de la enferma. El cuarto estaba en penumbra y con un rancio olor a cerrado.

No había nadie con ella cuando entró en el cuarto. Sabía que habían contratado a una enfermera, pero en esos momentos no estaba allí. Tracy se acercó sigilosa y le resultó sorprendente el deterioro que había sufrido en tan pocos meses. Estaba hundida entre los almohadones y parecía haber encogido.

«A esto se reduce todo —pensó—. Nada de lo que hagamos puede variar esto. Todas las cosas que no has hecho, todo lo que no has vivido...»

Fue hasta la ventana y descorrió las cortinas con suavidad y decisión. La luz del sol entró en la habitación.

—Cierra esas cortinas —dijo Felicia sin abrir los ojos.

Tracy hizo caso omiso, fue hasta el armario y escogió unas prendas de ropa que luego dejó sobre la cama.

—Tienes que levantarte —dijo acercándose a su tía.

Felicia abrió los ojos sorprendida.

—¡Tracy, has venido! —exclamó y empezó a gimotear como una niña—. Has venido...

—Vamos, tienes que levantarte y darte una ducha —dijo destapándola—. Aquí huele fatal.

—Estoy muy enferma... —empezó a quejarse.

—El cáncer no se detendrá porque te quedes en la cama —dijo Tracy con firmeza—, debes plantarle cara. Y lo primero que vas a hacer es dejar de comportarte como una niña asustada.

Ayudó a Felicia a levantarse de la cama y a ponerse la bata. Fue con ella hasta el baño y la ayudó a meterse en la ducha, a pesar de las reticencias de su tía para que la viese desnuda. Se avergonzaba de la mutilación a la que la habían sometido y de su falta de cabello. Tracy ignoró sus protestas y después de los primeros minutos todos los reparos desaparecieron.

La ducha la revitalizó y despejó su cabeza. Tracy la ayudó a vestirse y consiguió que bajase al salón y se sentase en su butaca junto a la ventana. Le acercó la mesita con la lámpara y vio que había un libro empezado.

—¿Estabas leyendo a Murakami? —preguntó su sobrina.

Felicia miró el libro algo perpleja.

—¿Todavía sigue ahí? Había empezado a leerlo cuando...

No pudo terminar la frase. Tracy colocó una silla frente a ella y se sentó ojeando el libro que tenía en las manos.

—Me gusta Murakami —dijo—, tiene una manera de expresar los sentimientos que me conmueve profundamente.

Felicia la miraba con los ojos brillantes y se llevó la mano al gorro que tapaba su cabeza, como si quisiera asegurarse de que seguía allí. Tracy se había dado cuenta de que repetía aquel gesto a cada rato, como si tuviese una vocecilla que la advertía constantemente de que había perdido el cabello y debía cubrir sus vergüenzas. Tenía unas profundas ojeras violáceas y los labios cuarteados y secos.

—Ahora sé que voy a morirme —dijo de pronto—. Si no fuese así, no habrías vuelto.

Tracy la miró, sorprendida.

—Todos nos morimos un poco cada día —dijo Tracy con dureza—. Eso no modifica lo que hayamos hecho.

—Has cambiado —dijo Felicia con sorpresa.

—Todos cambiamos —dijo su sobrina.

—¿Vas a quedarte o solo has venido a verme así? —preguntó Felicia.

—Voy a quedarme —dijo—, pero solo hasta que te recuperes. Después volveré a casa.

Felicia asintió.

—Mi madre me pidió que te diera recuerdos y que te dijera que espera que te pongas bien cuanto antes —dijo Tracy sosteniéndole la mirada.

Felicia se hundió más en el sillón.

—Tu madre debe pensar que tengo lo que me merezco —dijo.

—Veo que ya has olvidado cómo era tu hermana —respondió Tracy—. Mamá es incapaz de desearle mal a nadie. Ni siquiera a ti.

Felicia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Por qué has vuelto, Tracy? No puedo soportar que seas cruel conmigo, ahora no...

La joven trató de sonreír sin demasiado éxito.

—¿Quieres tomar un té? Sí, te sentará bien —dijo Tracy, y sin esperar respuesta se puso de pie y cruzó el salón.

Tenía que salir de allí antes de que revelase todo lo que sentía. Se detuvo en el pasillo al resguardo de la pared y se dobló intentando calmar el revoltijo que tenía en el estómago. Sabía que Felicia estaba muy grave, pero verla en aquel estado fue demasiada impresión. A pesar de todo, la quería. Se preguntó cómo era posible que sintiese tanto afecto por una mujer que la había tratado tan mal durante años. Empezaba a pensar que algo no funcionaba bien en su cabeza.

Capítulo 20

Tracy se dedicó a cuidar de su tía. La acompañaba al hospital para su tratamiento, la ayudaba a levantarse de la cama todos los días y a mantenerse limpia y aseada. Paseaban cuando atardecía. Felicia no soportaba el sol y enseguida tenía frío así que Tracy debía llevar ropa de abrigo extra para ponérsela cuando la temperatura iba bajando. Experimentaron con las comidas hasta encontrar aquellos platos que le sentaban bien y le preparaba infusiones que calmaban sus náuseas y la ayudaban a respirar.

La apariencia de Felicia mejoró y también su ánimo a pesar de que el tratamiento seguía siendo muy duro. Lo que llevaba peor, a parte del malestar en su estómago, era el frío constante. Tracy consiguió una manta eléctrica de tamaño grande y con ella la tapaba cuando estaba sentada en su butaca. Había terminado el libro de Murakami y ahora disfrutaba de la última novela de Stephen King. Veían una serie juntas todas las tardes y habían aprendido a charlar de la vida, desde sus antagonistas puntos de vista.

Harry hizo las paces con su madre después de la vuelta de su hermana, y la casa volvió a parecer un hogar. Tracy disfrutó de nuevo de los paseos a caballo sobre Cascabel y recorrió los campos de algodón y de césped llenándose los ojos de aquel paisaje que tanto había añorado. Procuraba evitar a Nathan siempre que le era posible y sobre todo nunca se quedaba con él a solas.

Irene siempre había tratado bien a Tracy, pero nunca había entablado una relación con ella hasta ahora. Después de su regreso, la madre de Nathan decidió que aquella jovencita era demasiado valiosa como para perder la oportunidad de conocerla de verdad. Todas las noches se pasaba a ver a su cuñada y después charlaba un rato con Tracy tomando una taza de té. A la joven le sorprendió que hasta aquella noche nunca hubiesen hablado de su madre.

—Me dijo que erais amigas —dijo Tracy.

—Yo era la mejor amiga de Felicia —respondió Irene sonriendo—. Jillian era más pequeña que nosotras y, además, siempre estaba por ahí con Walter, pero también éramos amigas. Yo pasaba muchas horas en el rancho Bellgard. ¿No te ha hablado tu tía Felicia de esa época?

Tracy negó con la cabeza.

—¿Cómo se llevaban mi madre y Felicia? —preguntó antes de llevarse la taza a los labios.

—Yo no tuve hermanas y las envidiaba porque estaban muy unidas. Se querían mucho.

Tracy se dio cuenta del cambio de expresión en su tía y la miró inquisitivamente.

—Pero eso cambió, ¿verdad? ¿A causa de mi padre? —preguntó.

—Sí, sí fue por eso —dijo Irene sin sonar demasiado convincente.

Tracy frunció el ceño e iba a insistir en el tema, pero Nathan entró en la cocina y tuvo que dejarlo para otro momento.

—¿Jillian te contó eso? —Felicia la miraba riendo.

Tracy asintió.

—Y que cuando saltaste por la ventana de la casa de Maisie Corner, el señor Bellgard te esperaba escondido en medio del jardín con los brazos cruzados frente al pecho y con cara de sheriff —dijo riendo e imitando la pose de su abuelo.

—Todavía lo llamas así —dijo Felicia dejando de reír—. A pesar de que hace años que murió sigues llamándolo señor Bellgard.

—Es como él quería que lo llamase —dijo Tracy sin rencor.

—En el fondo te quería —dijo Felicia con cierta ternura—. No fue capaz de decírtelo, pero te quería.

Tracy no dijo nada, no tenía nada que responder a aquello.

—Le recordabas mucho a tu madre —siguió hablando su tía—, como a todos.

—No me parezco tanto...

Felicia sonrió.

—Tú no la conociste cuando tenía tu edad —dijo—. Eres igualita a ella, solo esa mirada inquisitiva cuando algo no te gusta, y algún que otro gesto, muestra la herencia de tu padre. En todo lo demás...

Tracy respiró hondo, aquello la enorgullecía aunque no supiese exactamente por qué. Supuso que el hecho de ser consciente de pertenecer a alguien, de formar parte de algo...

—La primera vez que te vi fue como un latigazo en mi memoria. Recordé mi infancia y todo lo que viví con tu madre —siguió hablando tía Felicia—. Éramos inseparables, como dos siamesas.

—En todos estos años nunca me has hablado de aquella época —dijo Tracy con interés.

Felicia sonrió al recordar.

—Tan solo nos llevábamos un año y nos gustaba mucho estar juntas. Ella era más pequeña y más guapa —dijo Felicia que dejó en su tono de voz un ligero rastro de resquemor—. Cuando éramos niñas siempre decían que yo era la favorita de mi madre y ella la de mi padre. En estos meses he tenido la imagen de mi madre grabada a fuego, ¿sabes? Su cariño y dulzura, su olor... Murió cuando yo tenía ocho años y Jillian acababa de cumplir los siete.

—¿De qué murió? —preguntó Tracy, y se arrepintió en cuanto la pregunta salió de su boca.

—De cáncer —dijo Felicia—. Después de aquello Jillian y yo nos unimos mucho

más, aunque Irene era mi mejor amiga y Walter el mejor amigo de Jillian. La verdad es que los cuatro formábamos un buen grupo.

—¿Y el tío Sam? —preguntó Tracy.

—Él era mayor que nosotros y muy responsable. Desde pequeño se preocupó por las cosas del rancho —Felicía se encogió de hombros.

—Y tú y tío Sam os enamorasteis.. —dijo Tracy con curiosidad—. Y Walter e Irene.

Felicía asintió con la mirada perdida y una desconcertante expresión en el rostro.

—Bueno —dijo su tía de repente, dándose una palmada en las piernas—, ya basta de cháchara, que hay mucho que preparar para la fiesta de la cosecha. Le prometí a Walter que haría mi famosa tarta de zanahoria.

—He venido a quedarme con Felicia, para que tú puedas ir con Harry a la fiesta de la cosecha, y no se hable más.

Irene estaba de pie en la cocina y miraba a Tracy con firmeza.

—No puedo permitirlo, tía Irene, sé que te encanta esa fiesta —dijo Tracy una vez más—. Además ya quedé con Nathan que él llevaría a Harry.

—He dicho que no se hable más, ¿no me has oído? —dijo Irene fingiendo severidad—. A mí me gustaba la fiesta de la cosecha cuando no me dolían los pies por llevar esas botas que tanto me aprietan. El último año nos lo pasamos sentadas en un rincón, ¿te acuerdas Felicia?

La mencionada asintió y miró con simpatía a su sobrina.

—Anda Tracy, ve —dijo con cariño—. Necesitas divertirte.

La joven miró a sus dos tías, estaban decididas y no iba a hacerlas cambiar de opinión.

—Está bien, iré —dijo—, pero solo porque no tengo ganas de discutir más.

Las dos mujeres dieron palmas riendo y Tracy salió de la cocina para ir a vestirse.

Cuando Nathan llegó para recoger a Harry no se sorprendió al ver a Tracy lista para salir.

—Estás preciosa —dijo después de mirarla de arriba abajo.

—Gracias, vosotros dos tampoco estáis mal —dijo ella con una tímida sonrisa, mirando a sus dos acompañantes.

A la fiesta de la cosecha acudía la gente de Harbordville, además de los habitantes de los ranchos de los alrededores. Los Harbord llevaban organizándola desde los años del abuelo Bob y era una tradición inamovible que suponía un punto de inflexión en la rutina de trabajo para todos.

Nathan aparcó la camioneta y Harry salió corriendo al ver a Lory que le hacía

señas desde uno de los porches que habían montado.

—Me alegra ver que mi madre sigue teniendo el mismo poder de persuasión —dijo Nathan caminando junto a Tracy.

Ella sonrió, pero enseguida se puso seria al ver su expresión.

—¿Has tenido tú algo que ver en esto? —preguntó.

—¿Yo? No sé por qué piensas eso —dijo él mirando para otro lado.

Tracy movió la cabeza con severidad, ahora tenía claro que todo había sido cosa suya.

—¿Cómo fue la última visita al médico? —preguntó Nathan, cambiando hábilmente de tema.

—Le han hecho una batería completa de pruebas para ver la evolución. El doctor Harrison se mostró optimista —dijo Tracy—. Espero que todo salga bien y podamos volver a la normalidad.

—Estás deseando marcharte —dijo Nathan mirándola muy serio.

Tracy asintió sin fingimientos.

—Pero, tranquilo, no voy a salir corriendo —dijo—, como me dijo mi padre que hiciese cuando hablé con él esta mañana.

Nathan miró hacia los farolillos encendidos.

—No hay nada que pueda decir o hacer para que vuelvas a confiar en mí, ¿verdad? —lo dijo con tal intensidad que provocó un vuelco en el corazón de Tracy.

Ella lo miró, pero él siguió caminando con los ojos clavados en los farolillos encendidos del porche al que se acercaban.

—¡Tracy, has venido! —Rebecca Lars se acercó corriendo a buscarlos y Tracy pensó que estaba exactamente igual que cuando iban juntas al instituto—. Nathan, este año os habéis lucido, la banda de *country* es buenísima.

—Gracias, Rebecca.

—¿Has visto a Harry por ahí? —le preguntó Tracy mirando a su alrededor.

—Sí, está allí con Lory —dijo Rebecca señalando otro de los porches de madera.

Tracy asintió con una sonrisa, le gustaba mucho ver que su hermano se divertía. Cuando regresó se encontró con un Harry apagado y triste, pero ahora volvía a ser el mismo niño feliz de siempre.

—Voy a por una cerveza —dijo Tracy, poco diplomática.

Se alejó sin perder detalle del montaje que habían hecho los Harbord. Recordó la primera vez que fue a una fiesta de la cosecha. Entonces era una niña triste y asustada que se escondía de todos. Hasta que Nathan salió a su rescate, como siempre. Cogió un botellín de uno de los cubos con hielo y al darse la vuelta se topó con su tío Walter.

—Hola, Tracy —dijo levantando su botella a modo de saludo.

—Hola, Walter —respondió ella.

—Pensé que te pasarías algún día por el despacho. ¿No tienes curiosidad por ver cómo van las cosas sin ti? —preguntó el padre de Nathan, bebiendo después de su

botella.

—No tengo demasiado tiempo libre —dijo con vaguedad.

—¿Qué tal la familia? —preguntó él.

—Felicita ha mejorado bastante, el doctor Harrison...

—Me refería a tu familia —dijo él—, a tu madre, a tu padre...

—¡Oh! Bien, ellos están muy bien —dijo Tracy algo desconcertada.

—¿Sabías que tu madre fue mi mejor amiga? —preguntó él y sin esperar respuesta se terminó la cerveza que le quedaba y cogió otra del cubo.

Tracy pensó que para hacer tan poco que había comenzado la fiesta, Walter ya había bebido demasiado.

—Cuando pienso en ello me parece increíble que aquello pasara en esta vida... — siguió hablando Walter que se había situado al lado de Tracy y miraba, como ella, al resto de invitados.

Nathan se acercó a ellos y miró a su padre con preocupación.

—Me parece que alguien aquí ha bebido demasiado —dijo.

Walter miró a su hijo y sonrió.

—No estoy borracho, Nathan —dijo—. He bebido seis o siete cervezas, tú sabes que yo aguanto muchas más.

Dio un paso para marcharse, pero entonces se volvió.

—Bonito vestido —dijo y levantando la botella a modo de saludo, se alejó.

Tracy se miró el vestido. Lo había visto en un arcón de ropa de su madre. Jillian le hizo algunos retoques y se lo regaló. Levantó la mirada para observar a Walter alejándose, preguntándose cuál era la historia.

Los dos jóvenes se quedaron mudos y sombríos bajo aquel porche lleno de farolillos que brillaban en todos los colores.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nathan.

—Empiezo a creer que entre nuestros padres hubo algo más que amistad —dijo ella, y siguió bebiendo perdida en sus pensamientos.

—Bailemos, Tracy —dijo Nathan después de unos minutos.

Ella negó con la cabeza, pero él le quitó la botella de la mano y la dejó sobre una mesa. Después la cogió de la cintura y la llevó hasta la pista de baile.

Tracy se concentró en la música, bailando en silencio. Nathan la sostenía en un apretado abrazo que le arañaba un poco más el corazón. Se esforzaba en no sentir sus brazos rodeándola, su aliento rozándole la mejilla, sus fuertes manos apretando su espalda... Trató de no recordar el sabor de sus labios, su sexo apretado contra su cadera. Se apartó de él y se alejó rápidamente sin que Nathan tratase de impedirselo.

Capítulo 21

Tracy saludó a mucha gente a la que hacía meses que no veía. Todos preguntaron por su tía y algunos mencionaron a sus padres. Apenas vio a Harry a distancia hasta que se acercó a ella corriendo seguido de cerca por su amiga Lory.

—Tracy, Tracy —la llamó—, ¿puedo quedarme a dormir en casa de Lory? ¡Porfa, porfa, porfa!

—¿Qué dicen tus padres? —preguntó mirando a la niña.

—Me han dicho que preguntarías eso —dijo Lory—. Están allí.

Tracy miró hacia donde la niña señalaba y vio a Deith y Bessie, que le hacían gestos afirmativos.

—¡Hola, chicos! —gritó—. ¿Sabéis que Harry piensa que somos de la misma edad?

Bessie se rio y bailó como si le hubiese dicho algo muy divertido.

—Está bien, puedes quedarte con ellos —dijo Tracy riendo al ver la alegría del niño—. Pero mañana iré a buscarte, no quiero que los padres de Lory se piensen que no me ocupo de ti como siempre.

Trató de darle con un dedo en la nariz, pero Harry estaba más lejos de lo que le había parecido y su cariño se perdió en el aire.

—Pero no vengas hasta tarde, ¿eh? —dijo Harry.

—¿A qué hora, Lory? —preguntó Tracy mirando a la niña.

—¿Puedes venir después de cenar? —preguntó Lory con una gran sonrisa, percatándose de que la hermana de Harry estaba borracha.

Tracy asintió y Harry la abrazó agradecido. Los dos niños corrieron hacia los padres de Lory y Tracy los vio alejarse por el sendero en busca de su vehículo. Miró a su alrededor buscando a Nathan y se dio cuenta de que no era buena idea que volviesen juntos. Se acercó a Rebecca y le preguntó por su vida, a qué se dedicaba y sin dejar apenas que respondiese le preguntó si había llevado su coche.

—¿Crees que podrías llevarme? —preguntó a continuación.

—¡Claro! Ningún problema —dijo Rebecca con una sonrisa.

—¿Y te importaría llevarme ya? —Tracy mostró una tímida expresión—. No me encuentro muy bien.

—¿Ahora? —dijo su amiga sin muchas ganas—. Pero si estamos en lo mejor de la fiesta, faltan los juegos y tiene que tocar el mejor grupo de la noche.

—¿Quieres irte ya? —Nathan apareció tras ella provocándole un respingo. El joven la miraba muy serio.

—He... bebido demasiado... No me encuentro muy bien —dijo titubeante.

—Voy a buscar a Harry —dijo Nathan sin mudar aquella oscura expresión de su rostro.

—No, Harry se ha ido con... Lory —dijo Tracy—. Pero no hace falta que nos vayamos si no quieres... Becca dice que aún falta lo mejor de la noche. Los juegos, ya sabes. A mí siempre se me dio bien el juego de la manzana, ¿te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! —dijo Rebecca—. Vosotros dos ganabais cada año. Será divertido veros otra vez.

—¿Has oído, Nathan? —dijo Tracy poniendo las manos en su pecho—. Será divertido vernos. La gente se divierte viéndonos. Somos muy divertidos.

—Vamos, Tracy —dijo cogiéndola de la cintura, y haciendo un gesto a Rebecca se alejó caminado hacia donde había dejado la camioneta.

—No tienes que irte —insistió ella dejándose llevar—, seguro que puedo encontrar a alguien que me lleve.

—Seguro —dijo Nathan—. Había ido a llevar a mi padre a casa, pero ya he visto que no pensabas esperarme.

Cuando iba a subir a la camioneta Tracy se dio cuenta de que estaba más mareada de lo que pensaba y rogó porque Harry y Lory no se hubiesen dado cuenta cuando hablaron con ella. Nathan la ayudó a sentarse y cerró la puerta antes de rodear la camioneta para ocupar su sitio.

—Voy a poner música —dijo Tracy, y después de hacerlo apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos.

Cuando se escuchó la voz de Chris Stapleton cantando *Tennessee Whisky* Tracy empezó a cantar sin abrir los ojos.

—*I used to spend my nights out in a bar room. Liquor was the only love I've known. But you rescued me from reaching. For the bottle...* ¿Te imaginas que fuésemos hermanos? —dijo abriendo los ojos y girando el cuerpo para mirarle.

Nathan apretó las manos alrededor del volante, pero no dijo nada y siguió conduciendo por el solitario camino hacia la casa.

—¡Dios! —exclamó Tracy dejándose caer contra el respaldo del asiento—. Superaría cualquier límite de patetismo, me llevaría el primer premio, sin duda. Ya era imbécil por enamorarme de mi primo, pero si resulta que eres mi hermano, ya es para morirse de la risa.

Nathan paró la camioneta a un lado del camino y respiró hondo antes de mirarla.

—No somos hermanos, Tracy —dijo.

Ella también lo miró. Tenía el pelo revuelto y la mirada vidriosa, parecía una muñeca desvencijada.

—Deja de hacerte daño —suplicó él.

—Querido Nathan —susurró ella—, queridísimo Nathan...

Se lanzó sobre él como si no pudiese resistirse más. Ahora fue ella la que lo cogió desprevenido y antes de que pudiera pensar Nathan sintió la lengua de Tracy dentro de

su boca. Se sentó a horcajadas sobre él y notó como su pene crecía dentro de sus pantalones lo que llevó su paroxismo al límite. Se quitó el vestido por encima de la cabeza y lo lanzó sobre el asiento. Actuaba con urgencia, como si la vida se le acabase. Se quitó el sujetador y llevó la mano de Nathan a uno de sus pechos.

—Tracy... —susurró Nathan con la voz ronca.

—No importa, nada me importa, quiero sentirte dentro de mí —dijo ella casi con desesperación.

Se apartó para desabrocharle el pantalón, pero él sujetó su mano con firmeza.

—¿Estás segura? —dijo entre dientes—. Has bebido mucho...

—Quiero que me folles —dijo mirándolo fijamente a los ojos—. Tranquilo, no hace falta que me ames.

Nathan la retó unos segundos con la mirada y después estiró el brazo hasta su nuca y la atrajo hacia su boca. Ella le mordió suavemente el labio y tiró de él antes de dejar que su lengua se moviese libre dentro de su boca. Nathan se apartó y se inclinó para morderle el pezón provocando una explosión de sensaciones largamente esperadas y Tracy se arqueó con un profundo gemido. Nathan apretó su miembro contra las braguitas que aún no se había quitado.

—Tengo que ponerme un condón —dijo él inclinándose hacia la guantera.

—¿Tienes miedo de dejarme embarazada? —dijo ella sonriendo—. Tranquilo, tomo la píldora y estoy limpia, no voy a pegarte nada.

—¿Y yo? —dijo él, burlón.

—¿Estás limpio? —preguntó consciente de que lo único que la separaba de su pene era un trozo de tela.

Él asintió y Tracy decidió que no podía esperar más, apartó la braga sin quitársela e hizo que la penetrase lentamente, pero sin pausa. Colocó una mano en su hombro y empezó a cabalgarlo con un ritmo suave y constante. Nathan agarró uno de sus pechos y se inclinó para chuparle el pezón. Jugando con aquel enhiesto botón manejaba los movimientos de su vagina haciendo que se acelerase o ralentizase según sus deseos.

Cuando Tracy notó las contracciones orgásmicas del miembro masculino, se arqueó haciendo que entrase aún más y alejó sus pechos de él para poder controlar el momento final.

—No digas nada —dijo ella poniéndose el vestido.

—Tracy... —Nathan paró de abrocharse el pantalón y la miró preocupado por su reacción—, tenemos que hablar de esto.

—No, no tenemos que hablar de nada —dijo ella cogiendo el sujetador que se había caído al suelo y apretándolo en su mano—. Ahora ninguno de los dos tiene pareja, hemos bebido, hemos follado...

—No hables así —dijo él terminando de vestirse—, no te pega.

—Llévame a casa —dijo, mirándolo muy serio—. Aunque, estoy lo bastante cerca

para volver caminando.

Nathan la agarró del brazo cuando vio que iba a bajarse del vehículo.

—No seas imbécil —dijo enfadado—. Está bien, si no quieres hablar ahora, no hablaremos. Te llevaré a casa.

Puso el coche en marcha y dejó que ella subiese la música de nuevo.

Irene y Felicia discutían a gritos cuando pararon la camioneta frente a la puerta. Tracy bajó y echó a correr hacia la casa, sin esperar a Nathan.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo asustada cuando entró en el salón.

—Mamá, cálmate —Nathan, que había entrado detrás de ella, cogió a su madre para apartarla de Felicia. Irene no dejaba de gritarle que era una mala persona.

—Que os lo diga ella —dijo con desprecio—, que os diga lo que hizo...

—¡Calla! ¡Calla! —gritó Felicia con desesperación.

Irene blandía una carta y miraba a Tracy.

—He encontrado esto en su tocador —dijo—. Estábamos hablando de cuando éramos niñas y me ha enviado a buscar unas fotos. ¡La muy estúpida no se acordaba de que la tenía allí!

Tracy frunció el ceño, sin entender nada.

—¡No la escuches, Tracy! Puedo explicártelo.

—¿Explicarlo? ¿Qué explicación puede tener lo que has hecho? —dijo Irene mirándola severidad—. ¡Esta carta era para ella y tú se la escondiste!

Tracy se acercó a Irene y cogió el sobre que blandía en alto. Miró el destinatario y se sorprendió al ver su nombre escrito con una caligrafía muy cuidada. No había sido enviada por correo, no iba franqueada ni tenía remitente. Sacó la carta y al leer la fecha en la cabecera vio que fue redactada el día de la muerte de su abuelo.

«Querida nieta,

Ha llegado el momento de despedirme de ti. Pensarás que no me he portado bien contigo, lo siento pero llevas su sangre y eso no puedo perdonártelo. Ese hombre me quitó un pedazo de mi corazón. Me arrebató a mi cascabel y con ella se llevó la alegría de esta casa.

Sé que piensas que soy malvado porque te he ignorado todos estos años, lo siento por ti, pero cuando te miraba era como si me clavarán un hierro candente en el centro del pecho.

¡Te pareces tanto a Jillian! Tienes su misma risa y se te hacen unos divertidos hoyuelos en las mejillas cuando aprietas los labios.

En estos momentos en los que debo despedirme de este mundo sé que piensas que debería dejarte entrar en esta habitación y decirte que te sentaras a los pies de mi cama. No voy a hacerlo. Pensarás que soy un estúpido e insensible cabezón, pero así me educaron y ya es muy tarde para cambiar.

Felicia ha tenido un buen marido y por suerte para ella tiene el futuro asegurado. Tanto ella como su hijo son herederos de la gran fortuna de los Harbord. En cuanto a Jillian, tomó una decisión y deberá vivir con ella.

Pero sé que mi querida esposa, con la que voy a reunirme en breve, no se sentirá muy orgullosa de mí por cómo te he tratado y he decidido tener un gesto contigo. He pedido a Felicia que haga venir a mi abogado para que redacte un nuevo testamento. No sé si llegará a tiempo y por eso estoy escribiendo esta carta, en presencia de Felicia y de Sam, su esposo, que me servirán de testigos.

En plenas facultades mentales expongo: que quiero legarte a ti, Tracy Guzmán Bellgard, el rancho y la tierras de mi familia. Sé que harás buen uso de ellas y que continuarás con la tradición familiar, manteniendo bajo tu protección lo que cuidé con esfuerzo y cariño todos estos años.

Thomas Bellgard»

Tracy tuvo que leer varias veces la carta antes de ser capaz de asimilar lo que había escrito en ella. Nathan, que había soltado a su madre y se había colocado detrás de Tracy para poder ver lo que ponía, miró a Felicia con horror.

—¿Cómo has podido ocultarle esto? —preguntó—. ¿Cómo fuiste capaz de vender el rancho sabiendo que no era tuyo?

—Se estaba muriendo —dijo Felicia, nerviosa—, esa carta no tiene ninguna validez...

Tracy levantó la mirada del papel y la posó en su tía.

—Pero, aun así, yo tenía un plan para ti —dijo Felicia—. Escúchame, Tracy...

—¿Qué clase de plan era ese, tía? —preguntó con aterradora serenidad. Los efectos del alcohol habían desaparecido por completo.

—Iba a poner en mi testamento que cuando yo muriese el dinero de la venta del rancho fuese para ti, con la condición de que te hicieses cargo de Harry si aún era menor de edad —dijo mirándola con una desquiciada sonrisa—. ¿Verdad que lo entiendes? Solo quería proteger a mi hijo.

Tracy movió la cabeza con incredulidad.

—Harry no necesitaba protección, iba a heredar todo lo que tienes.

—Pero yo quería que cuidaras de él...

—No era necesario que pusieras eso en ninguna cláusula, sabes que adoro a mi hermano —dijo—, jamás lo habría abandonado.

—Pero la vida da muchas vueltas —insistió Felicia—, no sabía lo que podría ocurrir en el futuro. ¿Y si te enamorabas de un don nadie, como tu madre? ¡Por eso quería que te comprometieras con Richard!

—¿Por eso o porque así tu conciencia no te recriminaría que no me enseñaras jamás esta carta? —dijo Tracy controlando su voz que amenazaba con romperse—. ¡Vendiste el rancho! ¿Cómo pretendes que te crea? Si todo eso que dices tuviese un

ápice de verdad, lo habrías conservado con la intención de devolvérmelo algún día. Pero lo vendiste...

—Te juro que no quería robarte...

Tracy movió la cabeza y salió del salón. Cuando estuvo fuera de la casa echó a correr como si un demonio la persiguiese. Corrió con todas sus fuerzas sin saber a dónde iba y sin darse cuenta de que Nathan corría tras ella. Se detuvo cuando le faltaron las fuerzas y se apoyó en las rodillas tratando de recuperar el aliento.

—Vete —dijo al darse cuenta de que no estaba sola—, déjame sola, por favor.

Él no se movió y tampoco dijo nada hasta que Tracy gimió entre dientes, entonces se acercó a ella y trató de abrazarla.

—¡No me toques! —gritó ella apartándose y tratando de controlar las lágrimas que le ardían en los ojos.

—Tracy, habla conmigo...

—No quiero hablar con nadie —sollozó—, tan solo quiero que me dejéis en paz.

Cayó al suelo de rodillas llorando con amargura. Su cerebro estaba anegado de emociones perversas y malévolas que se iban extendiendo sin que pudiese detenerlas. Rencor, autocompasión, mezquindad... No podía comprender por qué su tía la había odiado tanto y la había querido tan poco.

Nathan se arrodillo frente a ella.

—Ahora que lo sabemos —dijo—, todo se arreglará, Tracy. Recuperarás el rancho...

Ella levantó la cabeza y había una intensa furia en sus ojos.

—No quiero ese maldito rancho —dijo entre dientes—. No quiero nada de esta familia. ¡De ninguno de vosotros! ¡Me habéis destrozado la vida!

Nathan sintió que se le helaba la sangre en las venas.

—Tracy, lo que ha ocurrido hace un rato...

—Ni se te ocurra hablar de eso jamás —dijo ella con la voz entrecortada—. No es necesario que me humilles más de lo que ya me he humillado yo misma.

Él cerró los ojos conteniendo las palabras. Eso era exactamente lo que temía.

—No vas a hacerlo —dijo él mirándola muy serio—. No permitiré que me coloques en ese lugar.

Tracy se mordía el labio con fuerza tratando de recuperar el control. Sabía por experiencia que el dolor físico era un buen recurso para devolverla a la realidad. Lo descubrió la primera vez que se clavó una astilla de la cerca después de golpearla varias veces porque estaba furiosa con tía Felicia. Se puso de pie y se limpió las lágrimas conteniendo aún algún sollozo rebelde.

—Tengo que irme de aquí —dijo—, tengo que irme lejos...

—No vas a irte —dijo él cortándole el paso.

—¿Ahora me dirás que me amas? ¿Justo ahora? —dijo ella con fiereza—. Algo de respeto tienes que tenerme.

—No vas a irte sin recuperar lo que es tuyo —dijo él dolido, ignorando el otro tema.

—Aquí no hay nada mío —dijo ella con firmeza.

Capítulo 22

Jillian terminó de leer la carta y Tracy se sorprendió de la frialdad de su mirada.

—Tu abuelo era un cabrón —dijo devolviéndosela—. Debió haberlo puesto en su testamento.

—Quiso hacerlo, pero no tuvo tiempo... —dijo Tracy.

—¿Que no tuvo tiempo? —Su madre la miraba incrédula—. Lo que he dicho, era un cabrón. ¿Cómo se le ocurre dejar algo así en manos de Felicia? ¿Crees que él no sabía cómo era mi hermana? A mí no me vengas con pamplinas, lo hizo así para poner la guinda a su legado de estulticia.

Tracy tiró la carta encima de la mesa y se tumbó en el sofá ante la atenta mirada de su madre.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jillian.

Tracy la miró sin comprender.

—Tienes que reclamarlo —dijo su madre.

—¿Reclamar el qué? —preguntó Tracy mirando al techo—. Felicia vendió el rancho.

—Que vuelva a comprarlo —dijo Jillian con determinación—. Llámala y díselo.

—No quiero hablar con ella.

—Da igual que no quieras, debes hacerlo. Ese rancho es tuyo y debes recuperarlo —dijo su madre.

—Hablas igual que Nathan —dijo Tracy.

—Me parece que es el único inteligente de esa familia.

«No estoy tan segura», pensó Tracy, pero no dijo nada.

—No vas a permitir que esa familia te haga lo que me hizo a mí —insistió su madre.

Tracy giró la cabeza y la observó unos segundos con atención antes de sentarse en el sofá para tenerla de frente.

—¿Qué pasó, mamá? —preguntó—. Me refiero a la historia real, no a esa que han estado contando durante años. Dímelo, creo que me lo he ganado.

Jillian miró a su alrededor sin darse cuenta. Estaban solas, pero parecía temerosa de que alguien pudiese escucharlas hablar de aquello.

—No hablaré con papá de esto, mamá, pero necesito saber qué pasó —dijo Tracy.

Jillian asintió y fue a sentarse al lado de su hija en el sofá para poder cogerle las manos.

—Walter Harbord y yo éramos amigos, eso ya lo sabes —empezó a contar—. Aprendimos a montar juntos, estudiábamos juntos... Era mi mejor amigo.

Tracy sintió que se le congelaba la respiración.

—Y Felicia estaba coladita por él.

—¿Por Walter? —preguntó Tracy, sorprendida.

Jillian asintió lentamente.

—A él le hacía gracia, era como su mascota —dijo con tristeza—, siempre la trató como a una hermana pequeña.

Tracy frunció el ceño mientras su mente trataba de componer aquel extraño y sorprendente puzle.

—Todo era muy normal entre nosotros, hasta el día en que Walter me plantó un beso en la boca. Yo ni me había dado ni cuenta de que se estaba enamorando de mí. Los dos habíamos tenido líos amorosos, cada uno por su lado. ¡Dios, aún me sorprende que fuese tan estúpida!

Tracy sonrió al oírla hablar así. Qué mayores son los padres a veces.

—Intentamos seguir adelante como si aquello no hubiese pasado, pero nuestra relación cambió de manera perceptible. Walter se irritaba cuando me veía con otros chicos y discutíamos mucho. Siempre decía que lo hacía todo para provocarle, porque sabía lo que sentía por mí. Estuvimos dos años en un tira y afloja constante, hasta que él se marchó a la universidad. Entonces todo cambió. Nunca habíamos estado separados y yo le echaba muchísimo de menos. No dejaba de pensar en él a todas horas y empecé a preguntarme si era porque sí le quería de ese modo.

Tracy apartó las manos para que su madre no notase que le temblaban.

—Cuando volvió durante las vacaciones me porté muy mal con él. Estaba enfadada porque no me había llamado ni había tenido noticias suyas y en la fiesta de la cosecha me di el lote con su mejor amigo.

—¡Mamá! —exclamó Tracy.

—Sí, hija, no sé qué me pasó, aún hoy no lo entiendo —reconoció—. Jacob y él también eran amigos desde pequeños y sé que para Walter fue un duro golpe que lo eligiese para hacerle daño.

—¿Pero tú le querías o no? —dijo Tracy desconcertada.

Jillian negó con la cabeza.

—No de ese modo, pero me confundió lo que sentí cuando le vi con Felicia.

—¿Qué?

—Walter llevó a mi hermana como pareja a la fiesta de la cosecha. Estaba claro que pretendía darme celos, pero no me gustó nada que utilizase a Felicia para ello.

—¡Menudo lío formasteis los tres! —exclamó Tracy.

—Por suerte todo se aclaró esa noche y las cosas volvieron a su cauce —dijo Jillian—. Al menos hasta que Roberto Guzmán entró en mi vida. Por aquel entonces Felicia y Sam empezaron a salir, otra enorme sorpresa para mí, pero mi hermana y yo nos habíamos distanciado, así que tampoco es raro que no lo viese venir. Me alegré mucho de ello porque eso aliviaría la tensión. Yo sabía que nuestro padre soñaba con

la idea de que los dos ranchos se fusionaran. La fortuna Harbord iba a ser para los dos hermanos y que uno de ellos emparentara con nuestra familia era un sueño para él. Pensé que esa alegría rebajaría la tensión que provocaría lo otro...

Jillian se levantó, llegado ese punto necesitaba hacer algo antes de seguir hablando.

—¿Te apetece un té? —preguntó, nerviosa.

Tracy asintió y se levantó para seguir a su madre a la cocina.

—Aquella fiesta de la cosecha fue memorable —dijo Jillian cuando ya estaban sentadas frente a la mesa de la cocina, con una taza de té entre las manos.

—¿Llevabas puesto el vestido que me arreglaste? —preguntó Tracy—. ¿El vestido que encontré en el arcón?

Jillian frunció el ceño, sorprendida por semejante pregunta, y asintió.

—Ahora entiendo por qué tío Walter me miraba de aquel modo —dijo Tracy, pensativa.

—Espero que Irene y él hayan sido felices.

—Irene es una buena persona —dijo Tracy.

—No debió ser fácil para ella —dijo Jillian, pensativa.

—¿Cómo fue que se enamoraran?

Su madre se encogió de hombros.

—Demasiado rápido —dijo.

—¿Por qué fue tan terrible para el abuelo que te enamoraras de papá? —preguntó.

—Tu abuelo era un clasista —dijo Jillian sin un ápice de compasión—. Yo lo quería mucho, no te vayas a creer. Era mi padre y cuando era niña estaba convencida de que era el hombre más maravilloso de la Tierra. Pero era un cabrón racista que pensaba que Ramón Guzmán era menos persona por ser pobre y mexicano.

—Felicía siempre dice que tú eras su favorita —dijo Tracy.

Su madre levantó una ceja con desprecio.

—¿Favorita? ¿Favorita para qué? ¿Para ser su marioneta? —Jillian negó con la cabeza—. Mi padre nunca me respetó, tan solo quería que hiciese lo que a él le convenía. Quería que las dos nos casáramos con un Harbord para emparentar con ellos. Nunca entenderé el porqué de esa fijación.

—¿Por dinero?

—Tenía suficiente dinero —dijo su madre negando con la cabeza—, más que suficiente.

Tracy se encogió de hombros.

—Pero dejemos de hablar de ese troglodita —dijo Jillian cogiendo las manos de su hija que estaban apoyadas encima de la mesa—. Ahora lo único que importa es lo que vas a hacer con respecto al rancho.

—No voy a hacer nada, mamá.

—No consentiré que desaproveches una oportunidad así —dijo Jillian con la mirada más intensa y fiera que Tracy le había visto nunca—. Fue por mí por lo que mi padre privó a mis hijos de tener la vida que merecían. Si recuperas el rancho, podré perdonarme por ello.

Tracy miró a su madre conmovida, la última vez que le vio una mirada parecida fue el día que tuvo que marcharse con Felicia y Sam.

—Tu padre y yo hemos sufrido mucho —dijo, sin dejar de mirarla—. Él, además, tuvo que soportar mi sentimiento de culpa por privaros de tanto...

—Tú no nos privaste de nada...

—De algún modo lo hice. Sabía cómo pensaba mi padre, que era un hombre trasplantado desde el siglo XVIII hasta el XX —dijo sin poder ocultar su desprecio—. Para él Roberto era un esclavo, aunque los Harbord le pagaran un sueldo. Pero yo lo sabía, debí ser más inteligente, hacer las cosas con más astucia.

—Eso demuestra que te movió el amor que sentías —dijo Tracy—. Y yo estoy orgullosa de ti por ello.

Jillian acarició el rostro de su hija. Había derramado muchas lágrimas por ella, más que por cualquier otro de sus hijos. Tener que dejar que se marchara para beneficiar a los demás fue lo más duro que hizo en su vida. Más, incluso, que dejar que adoptaran a Harry, porque sabía que a él lo iban a querer como a un hijo.

—Eres una persona de luz —dijo mirándola a los ojos—. No cabe el rencor ni el odio en ti. Siempre nos miraste con amor, a pesar de que dejamos que te llevaran con ellos. Pero tienes que entender que ni un solo día de nuestra vida dejamos de pensar en ti, en lo que harías, en lo que sentirías...

Tracy la abrazó con fuerza para que dejase de hablar así, sentía que su resistencia a las lágrimas no duraría mucho más.

Cuando Samantha entró en la casa de su tía no pudo evitar el gesto de sorpresa, olía a cerrado y a polvo y se percibía una dejadez absoluta. Al llegar al salón la cosa no mejoró, las cortinas cerradas y aquel olor a rancio hicieron que se le removiese el estómago.

—Tía Felicia —la llamó al verla adormilada en su sillón.

Recorrió los pasos que le faltaban hasta la ventana, describió las cortinas y la abrió de par en par. Felicia la miró adormilada y mostró su disgusto por tanta claridad.

—Déjame en paz —dijo volviendo a cerrar los ojos.

Samy no hizo caso y siguió describiendo cortinas y abriendo ventanas. Colocó los muebles que interceptaban el paso como si alguien los hubiese pateado y enderezó alguna figura caída. Después arrastró un sillón para colocarlo frente a su tía y se sentó delante de ella con el bolso apoyado en sus piernas y muy erguida.

—¿Así es como piensas solucionar el desastre que has causado? —dijo mirándola con severidad.

—Vete a la mierda —dijo Felicia mirándola con indiferencia.

—¿Cuándo vas a dejar de comportarte como una resentida? ¿Es que no ves a dónde te ha llevado eso?

—¿Qué sabrás tú de mí? —dijo con desprecio—. ¿Qué sabe nadie de mí? Samy la miró con atención.

—Estoy aquí porque me importas —dijo—, y estoy dispuesta a escucharte. Felicia movió la cabeza incrédula.

—Nadie quiere saber, todos han juzgado y condenado a la horrible Felicia —dijo empezando a llorar—. Todos tienen claro que soy un demonio.

—Eso es lo que has dejado que crean —dijo Samy sin mover ni un pelo—. Tú te has esforzado durante años en que crean eso.

Felicia apoyó la cabeza en el sillón y cerró los ojos dejando que las lágrimas cayeran por sus mejillas a borbotones.

—Es el papel que me dieron en esta historia —susurró—. Desde que murió mi madre... Solo Jillian importaba. ¿Qué me quedaba a mí? ¡Ser la mala! ¡Solo eso!

—¿Eso es lo que te dices para poder dormir por las noches? —dijo Samy moviendo la cabeza, decepcionada—. Suponiendo que duermas, claro. ¿No has pensado dejar atrás el pasado y ser la persona que realmente quieras ser?

—Tú no sabes nada. —Felicia insistía en regodearse en su autocompasión.

—No, no sé nada de lo que te hizo ser así, pero sí sé lo que has hecho tú. Y, lo siento, tía, pero no tienes ninguna excusa para eso —dijo—. Tracy ha sido buena contigo, a pesar de que nunca le mostraste aprecio. No me importa una mierda si fuiste desgraciada cuando eras una cría, eso no tiene nada que ver con Tracy. Deja de autocompadecerte, deja de lamerte esas heridas que ya están más que cicatrizadas. ¡Levántate y devuélvele una mínima porción de todo lo que ella te ha dado! —gritó con fiereza.

Las lágrimas de Felicia se secaron de golpe.

—Cuando hayas hecho las cosas bien es posible que encuentres a alguien que quiera escuchar esos motivos que dices que tienes —dijo Samy poniéndose de pie—, pero hasta entonces, levanta el culo de ese sillón y arréglate. Mi hermano y mi madre te esperan en casa. Nathan tiene un plan.

Capítulo 23

Felicia nunca había estado en Florida y definitivamente no le gustaba Orlando. Atravesó la verja de entrada que daba a la casa de los Wilcox y recorrió el empedrado hasta la plaza central sobre la que habían colocado una típica fuente de piedra.

—¡Qué originales! —exclamó entre dientes.

Se detuvo frente a la puerta, pero antes de llamar un estirado mayordomo abrió y le dijo que la esperaban. Felicia se preguntó si tendrían a aquel pobre hombre asomado a una ventana esperando su llegada.

El hall era completamente de mármol, paredes y suelo, y dos escaleras curvas subían a la planta superior. A Felicia la acompañaron hasta un saloncito en el que la esperaban Richard y Kate.

—¡Felicia, qué alegría nos da verte! —dijo Kate acercándose a besarla.

—Tuvimos noticias de tu enfermedad —dijo Richard acercándose también—, nos alegramos de ver que ya estás bien.

—Bueno, todavía no estoy fuera de la lista fúnebre —dijo Felicia sentándose donde le indicaban—, pero cada vez ocupo un lugar más abajo.

—Esta enfermedad no distingue a nadie, ataca por igual a todo el mundo —dijo Kate como si no pudiese creerlo.

—¿Vosotros estáis bien? —preguntó Felicia por cortesía, aunque la verdad es que le importaba más bien poco.

—Muy bien, muy bien —dijo Kate.

—¿Habéis encontrado ya algo en lo que emplear vuestros esfuerzos? —preguntó con una sonrisa más falsa que un dólar de madera.

—Pues sí —dijo Kate—, campos de golf.

Felicia frunció el ceño, pero no dijo nada, no estaba allí para charlar sobre cosas que no le interesaban.

—Os preguntaréis a qué he venido —dijo y esperó hasta que los dos hermanos asintieron—. Podría haber dejado esto en manos de mis abogados, pero he preferido venir yo personalmente porque no me fío de nadie. Quiero compraros el rancho.

—¡Oh! ¡Perfecto! —Kate dio palmas y saltitos en su asiento al mismo tiempo.

Richard, en cambio, entrecerró los ojos escudriñando cada gesto de Felicia.

—¿Y qué ha pasado para que hayas cambiado de opinión, Felicia? —preguntó.

Llevaba la historia muy bien estudiada y también la expresión de su rostro, solo tenía que ceñirse al guión.

—Me han hecho darme cuenta de que cometí un enorme error. El rancho no tiene valor económico, pero sí lo tiene sentimental. Allí nació mi padre, nacimos mi hermana

y yo, allí crecimos...

—Claro, claro —dijo Kate—, lo entendemos perfectamente.

—Harry, algún día, querrá conocer la historia de su familia —siguió diciendo Felicia—. ¿Y qué mejor que poder disponer de la casa y las tierras que fueron de su abuelo? No sé en qué estaba pensando cuando os la vendí, pero la enfermedad me ha hecho recapacitar.

Kate sonrió, pero al mirar a su hermano se sorprendió, no parecía nada contento.

—Precisamente ayer estuvimos hablando, mi hermana y yo —dijo él—, sobre el dinero que habíamos perdido con esa compra.

Felicia vio las lucecitas de alarma encendiéndose una tras otra, mientras la arruga en el ceño de Kate se hacía más profunda.

—Invertimos mucho dinero en arreglar los cercados, en habilitar las caballerizas que tu padre ya prácticamente no utilizaba. Incluso hicimos mejoras en la casa...

—Entiendo... —dijo Felicia preparándose.

—Te tenemos mucho aprecio, Felicia, y nada nos gustaría más que regalarte todas esas cosas, pero estamos teniendo muchos gastos con el proyecto de los campos de golf y necesitamos el dinero.

—¿Y de cuánto dinero estamos hablando? —preguntó Felicia.

—Pues, calculándolo así por encima, ayer llegamos a la conclusión de que, aunque un veinte por ciento más no compensa todos los gastos, dejaría las pérdidas en una cantidad aceptable.

—¡Un veinte por ciento más! —exclamó Felicia exagerando todo lo que pudo—. ¡Yo no puedo asumir ese gasto!

—¿De verdad no podemos hacer un esfuerzo, hermano? —preguntó Kate viendo peligrar la transacción.

—No, Kate, no podemos —insistió Richard.

Felicia se puso de pie y suspiró como si estuviese agotada por el esfuerzo.

—No me conviene tener disgustos —dijo poniendo cara de compungida—. No me esperaba esto, la verdad. Necesito descansar después del viaje, así que me quedaré esta noche en Orlando. He cogido una habitación en el Waldorf Astoria, si cambiáis de opinión, llamadme antes de las diez de la mañana.

—Lo siento, Felicia —dijo Richard acompañándola hasta la puerta con Kate siguiéndolos de cerca—. Espero que cuando estés tranquila en la habitación de tu hotel te des cuenta de que lo que te ofrecemos es completamente justo.

Los dos hermanos la vieron atravesar lentamente la plaza y seguir por el camino hacia la verja.

—¿Estás loco o qué? —dijo Kate cuando cerraron la puerta—. ¡Podíamos haber recuperado nuestro dinero, imbécil!

Richard sonrió perverso.

—¿Te crees que Felicia iba a venir hasta aquí, sola y enferma, si no estuviese

dispuesta a pagar lo que le pidamos por recuperar su rancho? —dijo.

Su hermana lo miró sorprendido.

—Te aseguro, hermanita, que recibiremos una llamada desde el Waldorf y Felicia Harbord pagará lo que le hemos pedido.

—No nos gastamos tanto dinero —dijo Kate torciendo el gesto.

—No, pero nunca va mal un extra de efectivo.

Cuando Felicia llegó a su hotel, le pidió al recepcionista que subiesen una caja de bombones a su habitación. Con la medicación no podía beber alcohol, pero los médicos no habían dicho nada de los bombones.

Cerró la puerta de la habitación con el pie y lanzó los zapatos sobre la alfombra. Hacía mucho tiempo que no llevaba tacones. Se quitó la chaqueta, la tiró sobre el sofá que había frente a la ventana y se quedó observando el cielo tras el cristal hasta que alguien tocó a su puerta. Fue a por sus bombones y le dio una propina al camarero por subirlos. Después fue hasta el sofá, se dejó caer y colocó los pies sobre la mesita que había delante. Abrió la caja e iba a elegir un bombón cuando se abrió la puerta que comunicaba su habitación con la de al lado.

—Parece que los Wilcox no son tan amigos nuestros como yo creía. ¿Te apetece uno? —dijo mostrándole la caja.

—Es Nathan Harbord —dijo Richard a su hermana mirando la pantalla del móvil.

—Qué raro, ¿no? —dijo Kate estirando el brazo para que le diese el teléfono.

—Lo siento hermanita, pero me llama a mí —dijo Richard—. Seguro que tiene algo que ver con Felicia.

Kate mostró una expresión malhumorada y le hizo un gesto para que respondiese.

—Nathan, qué sorpresa —dijo Richard.

—Hola Richard, me alegra haber podido localizarte. —Nathan parecía nervioso.

—¿Ocurre algo? —preguntó utilizando un tono neutro.

—¿Has visto a mi tía Felicia? —preguntó Nathan.

—Sí, precisamente ha estado aquí esta mañana...

—¡Por Dios, dime que no le has vendido el rancho! —exclamó Nathan.

—Nnnno..., aunque he de decir que estaba muy interesada —dijo mirando a su hermana con expresión desconcertada.

—¿Interesada? ¡Ni se te ocurra hacerle caso! —gritó Nathan—. Mira que mi padre habló con ella para quitárselo de la cabeza, pero como está tan enferma es muy difícil tratar estas cosas, no queremos disgustarla...

—Me dijo que quiere recuperarlo para que su hijo...

—Ya, ya me conozco la canción —le cortó Nathan—, pero es que ese rancho es

una ruina y no lo queremos de ninguna manera. No te enfades, Richard, lo siento de verdad, pero nosotros no lo sabíamos cuando te lo vendió.

Richard entrecerró los ojos.

—¿Me estás diciendo que el rancho no era una buena compra?

—No quiero que pienses que os engañamos, no fue así, cuando lo vendimos no sabíamos que la tierra no era cultivable —dijo Nathan—. Tampoco es que vaya a ser para siempre.

—¿Para siempre? —preguntó Richard.

—Calculan que en unos cincuenta o sesenta años podrá volver a dar un buen producto.

Richard se sentó en una butaca llevándose la mano libre a la cabeza.

—¿De qué estás hablando Nathan?

—Pensaba que os habrían enviado la carta, igual que a nosotros. El gobierno de Texas ha hecho un estudio del subsuelo, envió un aviso a todos los ranchos implicados. —Nathan hizo una pausa dramática—. Las del rancho Bellgard son totalmente inútiles para cosecharlas.

—Pero..., bueno —Richard no sabía cómo procesar aquella información—. Se podrá utilizar para otras cosas, para ganado, caballos...

—¡Uffff! —exclamó Nathan al otro lado—. Poniendo mucho cuidado en que las reses y los caballos no coman pasto, por supuesto. Pero a nosotros no nos resultaría rentable un rancho en esas condiciones. Y, entre tú y yo, no creo que a muchos rancheros se lo parezca.

—¿Quieres decir que tendremos problemas en venderlo? —preguntó Richard entrecerrando los ojos.

Se hizo un silencio al otro lado y Nathan tardó unos segundos en responder.

—Richard, tu hermana y yo hemos tenido una relación; os aprecio y lo sabes —dijo soltando un ligero suspiro—. Nosotros no haremos nada para perjudicaros, tanto mis padres como yo mismo hemos hablado de esto y no interferiremos si intentáis venderlo. Pero entiende que para nosotros sería una como arrastrar una bola de presidiario durante más de cincuenta años.

—¿A vuestro rancho no le ha afectado? —dijo el otro incrédulo mirando a su hermana que esperaba ansiosa.

—Por desgracia, sí. La franja que linda con las tierras del abuelo también están contaminadas —dijo Nathan—. Ya hemos empezado a trabajar para cercarlas y mantener a los animales alejados de ese terreno. Además mi padre piensa invertir lo que haga falta en tratar de acelerar el proceso para recuperarlas. Ese es otro de los motivos por los que no queremos cargar con el peso de esas tierras, bastante gasto vamos a tener...

—¿Y ese estudio es público? —preguntó Richard preocupado.

—Lo será en una semana, es lo que me han dicho en la oficina de agricultura. Si

entras en la web del gobierno de Texas verás que hablan del informe —dijo Nathan—, pero no te preocupes, en unos pocos días lo tendrás en tus manos.

—¿Y tú cómo lo sabes si no es público? —preguntó receloso.

—Tengo mis fuentes —dijo Nathan—. Una compañera de universidad trabaja en Agricultura y ha participado en ese estudio.

—No puedo creérmelo, Nathan, lo siento, pero no —dijo Richard volviendo barajar las cartas.

—Como quieras —dijo Nathan, tranquilo—. No es mi problema que me creas o no, mi único problema es mi tía y su locura de querer comprar el rancho a pesar de todo.

—Por eso no te preocupes, no voy a vendérselo —dijo el otro.

—Lo sé. En serio, tío, no olvidaré este gesto por tu parte. Te aseguro que os ayudaremos en lo que podamos con el rancho —dijo Nathan visiblemente aliviado—. Tampoco es que sea una tragedia para vosotros, después de lo que habéis heredado de vuestro abuelo podéis usar el rancho como casa de vacaciones o dejárselo a vuestros amigos.

Nathan se rio relajado.

—Y que lo digas —dijo Richard riendo también—. Te aseguro que no me va a quitar el sueño.

—Debí imaginarme que os daríais cuenta de que mi tía no estaba bien, pero te juro que cuando supimos que se había ido para allá, nos dio un pasmo a todos —dijo Nathan—. Vale, pues te dejo. Un abrazo, tío, y dale muchos recuerdos a Kate.

—Se los daré. Un abrazo —dijo Richard.

Cuando Richard colgó, Kate lo miraba impaciente.

—¿Qué te ha dicho?

Richard le hizo un gesto para que esperase y fue a por su Tablet. Entró en la página del gobierno de Texas y buscó alguna noticia sobre el estudio al que se había referido Nathan. Y allí estaba, en el apartado de Registros del Gobierno: Informe sobre la calidad del subsuelo, y entre paréntesis: próximamente. Eso no significaba que todo lo que Nathan le había dicho fuese cierto, pero ¿y si lo era? Podría perder mucho dinero, nadie les compraría el rancho después de un informe como ese. Y Felicia lo quería. ¿Estaba dispuesto a arriesgarse a perder todo el capital por no tener un veinte por ciento más?

—Tengo que hablar con Felicia —dijo Richard corriendo hacia la puerta.

—¡Llámala por teléfono! —exclamó Kate corriendo tras él.

—No, tengo que ir, la llevaré a ver a nuestros abogados inmediatamente. Tenemos que hacer que firme la compra cuanto antes. —Se volvió antes de salir—. Llama a Johnson, dile que estaremos en su despacho dentro de una hora.

Kate corrió en busca de su teléfono.

—Viene hacia aquí —dijo Nathan—. Espero que lo consigas.

—Descuida —dijo Felicia dejando los bombones sobre el sofá. Se había comido la mitad de la caja.

—Estoy seguro de que sus abogados ya le están preparando los papeles de la venta. —Nathan se sentó en el sillón que había frente a ella y puso los pies sobre la mesilla.

—Tú ten cuidado de no hacer ruido cuando suba, si te descubre habremos perdido una excelente oportunidad —dijo Felicia.

El teléfono de la habitación sonó.

—¿Sí? —dijo Felicia al descolgar—. ¿El señor Wilcox? Estoy muy cansada, dígame que si no es algo importante, mejor que venga esta tarde.

Hubo una pausa en la conversación.

—Está bien, pues déjele subir —dijo Felicia, y colgó con una sonrisa.

Nathan se levantó y caminó hacia el baño. «Bonita bañera», pensó entornando la puerta para poder escuchar la conversación.

Capítulo 24

El taxi se detuvo en la calle Ahuizotl, de Saltillo, frente a una casita de dos plantas. Felicia bajó del taxi después de pagar al conductor y se quedó un momento allí parada, hasta que el vehículo desapareció por la desierta calle. No pudo evitar el temblor de sus manos al pensar que pronto iba a estar frente a ella después de tantos años. Miró hacia la carretera y vio que un hombre la observaba. No sabía si era su aspecto o el hecho de verla parada delante de la casa lo que había llamado su atención, pero le dieron ganas de preguntarle qué miraba. Atravesó la puerta metálica y avanzó hasta la entrada de la casa. Era exactamente como la había imaginado: luminosa y diáfana, con hierro forjado en las ventanas y guardando toda la información para los de dentro.

Tocó en la puerta con los nudillos y esperó. Estaba un poco mareada y cansada del viaje, necesitaba sentarse y beber algo fresco. Nadie contestó y después de unos segundos volvió a tocar en la puerta, ahora con más fuerza. Unos pasos le anunciaron el inminente encuentro y se preparó, sin darse cuenta, dando un paso atrás.

Jillian no pareció sorprenderse al verla allí.

—Felicia —dijo y después de unos segundos se apartó para dejarla entrar.

Su cruzó el umbral con paso tranquilo. Sentía una enorme curiosidad por cómo sería el hogar soñado de Jillian. La casa que había comprado con su dinero. Lo primero que percibió fue el olor fresco a aloe vera y sonrió, aquel olor le recordaba a su niñez. Atravesó la pequeña entrada y se encontró en un salón amueblado con gusto, nada recargado, con muebles de madera, sencillos pero fuertes. Jillian le indicó que la siguiera.

—Estoy preparando la comida —dijo y siguió caminando seguida de Felicia.

La cocina era amplia y la luz de la mañana entraba a raudales a través de las puertas de cristal que daban a un bonito jardín.

—Siéntate ahí —dijo Jillian señalando una mesa con sillas—. No te importa que siga pelando las patatas, ¿verdad?

Felicia negó con la cabeza y se acercó a la puerta abierta del jardín para ver el exterior.

—Has plantado un montón de aloe —dijo.

—Sí —dijo Jillian cogiendo el pelapatatas—. Preparo el gel de la abuela Betsy y lo vendo en un mercadillo naturista. Tuvieron que analizarlo en un laboratorio para asegurarse de que no podía perjudicar a nadie, antes de darme el permiso.

Felicia se volvió hacia ella sorprendida y después se sentó en una de las sillas.

—¿Te acuerdas de la receta? —preguntó.

Jillian asintió.

—Yo la ayudaba a prepararlo, ¿recuerdas? —dijo sonriendo.

Era cierto, Jillian estaba muy unida a la abuela Betsy. Y a su padre, también. Felicia miró hacia el jardín pensando que todos querían a Jillian.

—¿Quieres tomar un café? —preguntó la anfitriona.

—Preferiría algo fresco —dijo.

—Coge lo que quieras de la nevera —dijo Jillian mostrando la patata que tenía en la mano.

Felicia se levantó.

—Tracy no está —dijo su madre.

—¿A qué hora llega? —preguntó Felicia sacando un refresco de cola—. ¿El abridor?

Jillian le señaló el cajón y siguió pelando patatas.

—Sobre la una estarán aquí los tres —dijo—, ha vuelto al taller con su padre y con Mario.

Felicia asintió y miró el reloj. Eran las once y media, tenía tiempo.

—¿Cómo estás? —preguntó Jillian sin apartar la vista de las patatas.

—Tengo cáncer —respondió Felicia.

—Lo sé.

—Pues ya te haces una idea de cómo estoy.

Jillian asintió

—Supongo que Tracy ya te habrá contado toda la historia —dijo sentándose de nuevo, sujetando la botella sobre la mesa.

—Supongo —respondió Jillian.

—Papá quería que el rancho fuese para Tracy —dijo Felicia y bebió un largo trago.

—Pero tú se lo ocultaste —dijo Jillian.

Fue hasta el fregadero y la lavó las patatas pelada antes de echarlas en la olla en la que hervía el agua. Después se acercó a la cafetera, se preparó un café y se sentó frente a su hermana.

—¿No te preguntas nunca cómo hemos llegado a esto? —preguntó Jillian.

Felicia negó.

—Las dos sabemos la respuesta —dijo.

—¿Con la edad que tienes y lo que has vivido aún no has podido dejar todo aquello atrás? —preguntó Jillian con curiosidad.

—Supongo que es más difícil para quién pierde —respondió Felicia.

—No perdiste, hermana. No se puede perder lo que nunca ha sido tuyo —dijo Jillian.

—*Touché* —respondió la otra.

—Aun así, sé que te hice daño —dijo Jillian.

Felicia bajó la mirada centrándose en el contenido de la botella. No estaba preparada para escuchar aquello después de tantos años, a pesar del millón de veces

que había fantaseado sobre ello.

—¿Lograste querer a Sam? —preguntó Jillian.

Felicia levantó la mirada con altivez.

—¿Importa eso? —preguntó.

—A mí me importa.

Felicia asintió sin demasiado entusiasmo.

—De algún modo —dijo.

Jillian comprendió que la respuesta era no y sintió más hondo el peso de su corazón.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te casaste con él? —preguntó al fin—. Nunca he conseguido entenderlo.

—Lo sé —dijo Felicia sonriendo con tristeza—. Nunca entendiste nada de lo que hacían los demás.

—Explícamelo —dijo Jillian.

Felicia se encogió de hombros.

—Después de que Walter me dejase tirada no me quedaba nada —dijo encogiéndose de hombros.

—Estaba despechado, yo me había enrollado con su mejor amigo, no sabía lo que hacía —dijo Jillian.

Felicia asintió sonriendo con la misma mirada triste.

—Ni te imaginas lo que sentí cuando me cogió de la mano para que nos marcháramos de la fiesta juntos —dijo con los ojos secos. Aquellas lágrimas ya se habían evaporado—. Todavía a veces lo miro cuando no me ve y pienso en lo que habría pasado después, si tú no te lo hubieses llevado de allí.

Jillian negó con la cabeza.

—Sé que siempre me has odiado por aquello, pero aunque no lo creas lo hice por ti.

Su hermana sonrió con tristeza.

—Tú eras la perfecta, la hermosa Jillian, a la que todos querían. Eras la preferida de papá, la más querida de la abuela Betsy, de Walter... —dijo con serenidad—. Y yo te quería tanto como ellos.

Jillian extendió la mano para ponerla sobre la de su hermana, pero ella se apartó rápidamente.

—Aquel verano te pregunté si le querías y me juraste que como a un hermano —dijo Felicia mirándola con fijeza a los ojos—. Pero la noche de la cosecha te enrollaste con Jacob porque Walter no se separaba de mí y a ti no te hacía caso.

—Nunca quise hacerte daño, Felicia. Has guardado un rencor infundado todos estos años. Tú también me hiciste daño cuando le contaste a papá lo mío con Roberto. Nos obligaste a huir...

Felicia levantó de nuevo la barbilla con altivez.

—Y no sabes lo que disfruté al ver su expresión. Aquella mirada incrédula... — Movió la cabeza sonriendo con malicia—. Fue como cobrarme todos los años que no me quiso, a pesar de lo mucho que me esforcé.

—¿Y no has pensado que quizá fuese ese tu error? —dijo Jillian—. ¿Esforzarte tanto para que te quisieran?

Felicia la miró con ironía.

—Eso lo dices tú que no necesitabas hacer nada para que todos cayesen a tus pies.

—No estás siendo muy conciliadora que digamos —dijo Jillian sonriendo con mirada cínica.

—Soy consciente de mi mezquindad —dijo Felicia con sinceridad—, pero es que estar tan cerca de la muerte me ha dado una perspectiva que antes no tenía. Fui una estúpida inmadura y dejé que mi baja autoestima guiase mis pasos. Estaba ávida de amor, ansiaba ser tú.

Comenzó a dar vueltas a la botella, sobre la mesa, mientras observaba como el poco líquido que quedaba se movía dentro de ella.

—Y también soy consciente de que tú eras una estúpida inmadura, que dejó que su elevada autoestima guisase sus pasos —sentenció—. La diferencia entre tú y yo, ahora sé que era mucho más pequeña de lo que jamás imaginé. Nos hiciste daño, a Walter y a mí, porque te dejamos hacerlo. Siempre es así —dijo mirándola también con una cínica sonrisa—, cuando uno no se defiende está permitiendo que lo hieran.

Jillian se recostó en la silla y cruzó los brazos frente a su pecho.

—No sé cómo tomarme eso —dijo.

Felicia sonrió más abiertamente.

—Tómalo como quieras. Las cosas no son tan complicadas como a veces queremos hacer creer. Tú eras feliz siendo el centro de todo. Te gustaba ser la preferida, la deseada. Cuando Walter se enamoró de ti, no te interesó, era un éxito demasiado fácil, era más de lo mismo. Pero cuando decidió buscar en otro lado y conseguí que se fijase en mí, entonces fue como si un rayo te partiese por la mitad. No pudiste permitirlo. Aquella fue una escena muy bien estudiada, él pareció resistirse al principio porque en el fondo creo que era tan consciente como yo de tu juego. Pero te quería demasiado.

Jillian movió la cabeza sin dejar de mirarla.

—Sigues creyendo que me lo llevé de allí para hacerte daño —dijo muy serena—. No entiendo cómo has podido alimentar esa mentira tantos años. Fui a verte aquella mañana, ¿no lo recuerdas? Intenté explicarte por qué lo había hecho y me echaste de tu cuarto a patadas, literalmente...

Felicia empalideció mientras su hermana no apartaba la mirada de sus ojos.

—Te acostaste con él —dijo Jillian—, fue tu primera vez y no estuvo bien que se aprovechara de tus sentimientos. Estaba confundido, pero sé que no quería hacerte daño, me lo dijo. Hablamos, hablamos toda la noche como lo hacíamos antes de toda

aquella mierda del amor.

Felicia apartó la mirada, pero Jillian la cogió de la mano para obligarla a mirarla.

—Yo quería muchísimo a Walter y lo perdí al enamorarse de mí, lo único que me hizo dudar de mis sentimientos fue el deseo de recuperar al amigo que había perdido. No me enrollé con Jacob porque quisiera hacerle daño, lo hice porque quería borrar la confusión que sentía en mi cabeza. Yo sabía que no estaba enamorada de Walter, pero la certeza de que ya nunca estaría ahí para mí como había estado siempre, me volvía loca. —Miró las manos de su hermana entre las suyas mientras hablaba—. Cuando vi que habíais desaparecido de la fiesta imaginé lo que estaba ocurriendo. No podía dejar que te utilizase, Felicia, eras mi hermana y te quería muchísimo.

Felicia negó con la cabeza tratando de impedir que todo aquello entrase en su cabeza y barriese los recuerdos que ella había ido tejiendo durante años.

—Debes enfrentarte a la verdad, Felicia —dijo Jillian como si pudiera leerle el pensamiento—. Has estado alimentando una mentira durante años. No es cierto que yo fuese la favorita de todos, papá te quería mucho y la abuela también. Y, desde luego eras mi favorita. Pero Walter no te amaba, tan solo buscaba una sustituta y yo no podía permitir que fueses tú. Habrías sido muy desgraciada con él.

—Claro, porque después de aquello he sido una persona muy feliz —dijo.

—Lo que hiciste a partir de entonces fue decisión tuya —dijo Jillian con dureza—. Te equivocaste al juzgarme y veo que encadenaste unos cuantos errores a esa equivocación.

—Sam me quería y yo fui una buena esposa para él... —Se defendió mientras trataba de asimilar lo que su hermana le decía.

—Mírame, Felicia —dijo Jillian dándole suaves golpecitos en la mano que tenía cogida—. Siento mucho que hayas vivido todos estos años creyendo que quise hacerte daño, porque por ese estúpido pensamiento nos perdimos la una a la otra.

—¿Te acostaste con él aquella noche? —preguntó Felicia sin apartar los ojos de su hermana. Si mentía, lo sabría, no podría engañarla.

Jillian negó con la cabeza.

—No, nunca me acosté con él —dijo con una triste sonrisa—. Y aquella noche lloró como un niño por lo que te había hecho. Te quería, pero no estaba enamorado de ti.

Felicia sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y los cerró tratando de contenerlas.

—No pasa nada porque llores —dijo Jillian con la voz entrecortada—, la abuela Betsy decía que llorar es bueno para limpiar los ojos, ¿recuerdas?

Felicia sonrió al recordar y miró a su hermana de nuevo.

—No fue el primero —dijo con altivez.

Jillian frunció el ceño sin comprender.

—Me acosté con Devon Thackeray tres meses antes —dijo Felicia levantando una

ceja.

Jillian abrió la boca sorprendida y después de un primer momento de sorpresa, se echó a reír a carcajadas.

Capítulo 25

—Estás muy apagada, hermanita.

Berto y Tracy estaban sentados en el porche. Tracy era siempre la última en acostarse y Berto, se quedó a acompañarla. Era el primer fin de semana que pasaba en casa después de marcharse a San Francisco. Había escuchado toda la historia del rancho y comprendió que su hermana tenía mucho que decidir.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

—¿Respecto al rancho? —preguntó Tracy.

—No —dijo Berto mirándola—, respecto a tu vida. No puedes quedarte aquí, Tracy, este no es tu sitio.

Su hermana sonrió.

—¿Me estás diciendo que me vaya?

—Sabes a lo que me refiero. No te conozco mucho, pero aunque seas mi hermana no has vivido aquí, tu perteneces a aquella vida —dijo Berto y después frunció el ceño—. En mi cabeza sonaba mucho mejor.

—Sé lo que quieres decir —dijo ella riendo—, aunque te explicas fatal.

—Ya sabes que lo mío no es hablar —dijo él, riendo también—. Ojalá Clara estuviese aquí, ella te lo diría mucho mejor y con más sensibilidad.

Se quedaron un rato en silencio.

—Nuestra familia tiene una curiosa historia, ¿verdad? —dijo Berto tras unos minutos.

Tracy asintió.

—La verdad es que no sé qué hacer —se sinceró al fin—. Le he dado tantas vueltas que temo volverme loca.

Berto la miró.

—El problema es que no sabes lo que quieres —dijo.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea —dijo—. Tienes razón, este no es mi sitio. Cuando volví para cuidar a Felicia sentí una emoción tan grande al pisar aquella tierra... Me abracé a Cascabel cuando sabía que estaba sola y lloré como una cría.

—Es normal, viviste muchos años allí —dijo él.

—Pero en esa casa nunca me trataron como alguien de la familia —dijo Tracy—, debería odiar todo aquello.

—Seguro que no todos te trataron así —dijo Berto—. Harry, Nathan...

Tracy asintió y apartó la vista sin decir nada.

—Todos necesitamos tener un proyecto, una meta —dijo Berto—. Es el único

modo de avanzar. No importa cuál sea ese proyecto, Tracy, pero debes encontrarlo.

Su hermana asintió sin apartar la vista del horizonte.

—¿Y cómo lo encuentro?

—Empieza por pensar en las cosas que te llenan.

Tracy pensó en ello y después de unos minutos se volvió hacia él.

—Quizá sí me gustaría tener un rancho —dijo.

Berto sonrió y se recostó apoyando la cabeza en la pared y estirando las piernas.

—Con lo que te pago tardarás un millón de años en ahorrar lo que necesitas —dijo Roberto mirando a su hija.

Estaba toda la familia sentada a la mesa como cada domingo, incluso Berto.

—No tengo prisa —respondió Tracy mirando a su padre y luego a los demás.

Su madre levantó una ceja, descreída.

—¿Qué? —preguntó Tracy.

—Ahora no tienes prisa —dijo su madre—, pero en cuanto conozcas a alguien...

—Mamá, ya enfrentaré los problemas según vayan llegando —dijo ella—. De momento lo único que tengo es el ahora, y ahora no tengo prisa.

—Está bien, pero debemos pensar en un modo de conseguir más beneficios —dijo su padre—. Si quieres comprar un rancho necesitamos ganar más dinero.

—Yo puedo contribuir —dijo Berto atrayendo la atención de su hermana—. Tengo un dinero ahorrado...

—Yo también —se unió Clara—. No me pagan mal y no tengo demasiados gastos.

—¡Estáis locos! —exclamó Tracy aturdida—. Jamás permitiría...

—Nosotros también queremos ayudar —dijo el tío Pablo interrumpiéndola.

Tracy enmudeció y miró a todos los que estaban en la mesa sin poder articular palabra.

—Yo también participo —dijo Mario con una gran sonrisa—. No será mucho porque me gasté una pasta en la moto, pero puedes contar con lo que tengo.

Tracy sentía que el corazón le iba a explotar.

—Esta casa —dijo su madre cogiéndola de la mano—, los estudios de tus hermanos, la ropa, sus libros, los zapatos, los ordenadores... todo fue gracias a ti y a Harry.

—Y todos somos conscientes de que tú hiciste el mayor sacrificio —añadió su padre.

—Dejad de decir tonterías —dijo Tracy casi sin voz—, ya está bien, por favor.

—Está muy bien que os hayáis ofrecido, estoy orgullosa de vosotros —dijo Jillian sonriendo a su familia—. Os he dejado hablar porque creo que Tracy merecía escuchar algo así. Pero no es necesario que nadie ponga un dólar para comprar el rancho Bellgard.

Jillian se levantó de la mesa que habían preparado como siempre en el jardín, y entró en la casa. Tracy miró a los demás, pero vio que todos estaban igual de confundidos que ella. Jillian regresó con un sobre en la mano que le entregó a Tracy.

—Esto es tuyo —dijo.

Tracy abrió el sobre y vio que era la escritura de propiedad del rancho Bellgard. Su madre señaló su nombre en el papel y Tracy la miró sin comprender.

—Es tuyo —dijo Jillian—, el rancho ya es tuyo.

Todos miraban la escena en un intenso silencio, sin atreverse casi ni a respirar.

—Felicia vino a traer los papeles hace dos días. He esperado hasta hoy para dártelos porque quería compartir este momento con toda la familia. Y me alegro porque no me esperaba su reacción, aunque tampoco me ha sorprendido —dijo Jillian emocionada.

Tracy volvió a leer los papeles para asegurarse. Levantó la mirada y recorrió una a una las caras de toda la familia.

—Es mío —dijo casi sin voz—, el rancho es mío.

—Parece que ya tienes tu proyecto, hermanita —dijo Berto sonriendo desde el otro lado de la mesa.

Clara asentía, pero las lágrimas no la dejaban hablar. Mario se levantó y fue hasta Tracy para abrazarla, cuando su hermana escondió la cabeza entre las manos tratando de contener los sollozos.

—¡Por los Guzman-Bellgard! —El tío Pablo levantó su copa y esperó hasta que los demás cogieron la suya para brindar—. ¡Por Tracy!

—¡Por Tracy! —brindaron todos mientras ella sorteaba las lágrimas con risas.

Jillian se detuvo frente a la puerta de la casa. Todo estaba igual que cuando se marchó, un poco descuidado, pero igual. Tracy se acercó y la agarró del brazo mirándola con cariño. Madre e hija entraron en la casa y Jillian no pudo evitar las lágrimas. Los recuerdos la arrollaron pasando por encima de todos los años de ausencia, de dolor y de abandono. Se vio corriendo por el salón cuando era una cría y a su hermana bajando por la barandilla de la escalera a horcajadas, mientras su padre las regañaba por ser dos marimachos. Caminó hasta la butaca en la que se sentaba su padre todas las noches a fumar su pipa y casi escuchó el fuego crepitar en la chimenea apagada. Se sentó en el escabel colocado a los pies del sillón y dejó que los recuerdos camparan a sus anchas.

—*¿De verdad mamá era tan buena amazona? —Felicia estaba sentada en la alfombra y movía los troncos de la chimenea con el atizador.*

—*La mejor que yo haya visto nunca —decía su padre sujetando la pipa en un lado de la boca.*

—*¿Quién de nosotras se parece más a ella, papá? —preguntó Jillian.*

Su padre la miró muy serio y pensativo antes de responder. Felicia se había vuelto hacia él, interesada en la respuesta.

—Tú, Jillian, eres alegre y brillante y tú Felicia, eres dulce y cariñosa. Vuestra madre era todas esas cosas juntas —dijo con tristeza—. Las repartió para que siempre la tuviese presente al miraros.

—Pero no has dicho quién es la mejor jinete de las dos —dijo Jillian no demasiado convencida con aquella respuesta.

—Tú eres más rápida y ágil —dijo su padre con media sonrisa—, pero Felicia es más elegante y cuida mejor a su montura.

Tracy dejó a su madre absorta en sus recuerdos y pasó revista a toda la casa. Richard y Kate la habían tratado bien. Cuando regresó al salón, Jillian seguía con su paseo por la memoria.

—Tengo que salir —dijo Tracy.

Jillian la miró con aquella melancólica expresión y asintió.

—¿Estarás bien? —preguntó su hija.

Jillian volvió a asentir.

Aparcó el coche en la puerta y apagó el motor, pero se quedó unos minutos dentro. Quería estar muy serena. Bajó del vehículo y se subió los pantalones, iba sin cinturón como siempre y debía haber perdido peso porque se le caían más de lo normal. Se puso la mano a modo de visera para taparse el fuerte sol que la deslumbraba impidiéndole ver. Vio a Leo a lo lejos, junto a una de las vallas y se preguntó qué tal le habrían ido a Tallulah los exámenes finales. Se mordió el labio preguntándose qué pensaría todo el mundo cuando supiesen que el rancho Bellgard tenía una nueva dueña.

Suspiró dejando salir el aire que había acumulado en sus pulmones, caminó hasta la casa y entró sin llamar.

Felicia levantó la mirada de su lectura para ver quién había entrado en la casa.

—Hola tía —dijo Tracy cuando entró en el salón.

—Tracy... —susurró al verla.

Su sobrina se acercó con timidez y se colocó frente a ella.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —dijo Felicia.

—¿Qué dice el médico? —preguntó de nuevo.

—El tratamiento está funcionando —dijo su tía—. Aunque este camino está plagado de pequeñas batallas y hay que ganarlas todas.

Tracy asintió.

—Harry se pondrá loco de contento cuando sepa que estás aquí —dijo—. Ha ido a montar con el hijo de MacRide, no tardará en volver.

—Voy a instalarme en Bellgard —dijo Tracy—. Mi madre ha venido conmigo y se

quedará esta noche.

—Bien hecho —dijo Felicia sonriendo con ternura.

—Me dijo que hablasteis —dijo Tracy.

—Sí —dijo Felicia muy seria.

Había una gran tristeza en la mirada de su tía y Tracy apenas la reconocía en el rostro cansado que tenía delante.

—He vivido un montón de mentiras durante años, Tracy —dijo sombría—. No estoy muy acostumbrada a pedir perdón, no es algo que haya practicado mucho, pero pedirte a ti no me cuesta ningún trabajo. Has sido una bendición para todos nosotros, especialmente para mí y espero que algún día puedas perdonarme por todo lo que...

—No quiero hablar de esto —la cortó Tracy—. Necesito tiempo...

—Lo comprendo —respondió Felicia.

—Voy a trabajar mucho para volver a poner en funcionamiento el rancho del abuelo —dijo Tracy algo incómoda.

—¿Ya has dejado de llamarlo señor Bellgard? —preguntó Felicia.

—Era mi abuelo, aunque a él le pesara.

—Ojalá las cosas hubiesen sido de otra manera —dijo Felicia con tristeza.

Tracy se encogió de hombros.

—De nada sirve intentar cambiar el pasado, ya lo hace él solo —dijo Tracy—. Es una frase que siempre dice mi padre, aunque no sé muy bien lo que quiere decir.

—Me alegro mucho de que estés aquí —musitó Felicia.

Tracy asintió sin saber qué más decir.

—Tengo que marcharme —dijo.

—Podrías venir a cenar aquí esta noche —dijo Felicia poniéndose de pie—. Harry se pondría muy contento.

Tracy negó con la cabeza.

—Lo entiendo —dijo Felicia.

Tracy caminó hacia la puerta.

—No siempre fui una persona tan horrible —dijo Felicia.

Tracy se detuvo un instante, pero no se volvió. Sin decir nada salió de la casa. Ya habría tiempo de todo eso.

Capítulo 26

Walter rodeó la casa y caminó por el sendero que llevaba a los campos de cultivo ahora yermos. La había visto de lejos junto al roble que plantó su padre, cerca del riachuelo en el que tantas veces jugaron de niños. Y allí la encontró, sentada en la misma piedra.

—Jillian —dijo al llegar junto a ella.

Fue una sorpresa para ambos ver lo mucho que habían cambiado en aquellos años y sentir, sin embargo, que no cambiaba en nada su percepción del otro.

—Walter...

—Ha pasado mucho tiempo —dijo él, e inclinándose le dio un beso en la mejilla.

—Una vida entera —dijo Jillian sonriendo.

—Te veo bien —dijo él.

Jillian volvió a asentir.

—Lo estoy. ¿Y tú?

Ahora fue él quien asintió y Jillian se volvió de nuevo a mirar las tierras que se extendían hasta el horizonte.

—Es extraño estar aquí de nuevo, después de tanto tiempo y ver que todo está igual que cuando me fui —dijo.

—Bueno, igual, igual no —dijo él—. Al granero le faltan unos cuantos maderos y a la cerca de Riverdown otros tantos. Además ya no hay caballos y los campos...

—Vale, vale —dijo ella riendo—. Pero esta piedra sigue anclada al suelo y en el mismo sitio.

Jillian señalaba el lugar donde había estado sentada y Walter se rio también.

—Cierto, esa piedra no se ha movido —dijo.

—Demos un paseo —dijo Jillian cogiéndose de su brazo.

Caminaron en silencio durante un rato, Jillian disfrutando de una suave melancolía y Walter tratando de asimilar el momento.

—Al principio eché mucho de menos todo esto —dijo ella—. Fue muy difícil adaptar mis ojos, acostumbrados como estaban a mirar a lo lejos.

Walter no dijo nada, había puesto un candado a sus palabras y sujetaba con fuerza la llave en su apretado puño.

—Pensarás que soy horrible por no haber venido al funeral de mi padre —dijo ella.

—Creí que vendrías —dijo él a modo de respuesta.

—Podía perdonarle lo que me hizo a mí, pero jamás le perdonaré por cómo trató a Tracy —dijo Jillian con severidad.

—Los hijos... —dijo Walter—, haríamos cualquier cosa por ellos.

Jillian sonrió al mirarlo.

—Tu hijo Nathan es un gran chico —dijo.

Walter asintió orgulloso.

—Se parece mucho a ti —dijo ella.

—Es mucho mejor que yo —dijo él.

El sol estaba empezando su viaje de descenso hacia la otra parte del mundo y Jillian señaló unas piedras para sentarse.

—Has tenido una vida dura —dijo Walter sentándose junto a ella—. ¿Te arrepientes de algo?

Jillian sonrió sin mirarlo. Esperaba alguna pregunta como aquella. Apoyó la cabeza en su brazo al mirarlo y lo pensó durante unos segundos antes de responder.

—No, no me arrepiento de nada —dijo—. Lo que hice me ha traído hasta este presente y no cambiaría nada de mi vida ahora.

Walter asintió.

—Entonces eres feliz —dijo.

Jillian asintió.

—Sí, soy feliz —dijo.

Walter miró a lo lejos pensativo.

—¿Y tú, Walter? ¿Eres feliz? —preguntó ella.

El hombre lo pensó durante unos segundos. No era algo que se hubiese planteado.

—Creo que sí —dijo—. La muerte de mi hermano fue un golpe insuperable para mí, creo que me agrió el carácter, pero por lo demás, no me quejo.

—Sí, algo me han dicho de que te habías vuelto un gruñón —dijo Jillian sonriendo.

—No he sido muy agradable con Tracy, supongo —dijo—. Me recordaba demasiado a su madre.

Jillian lo miró frunciendo el ceño.

—¿Y tan malo era eso? —preguntó ella.

—Bueno, me hacía estar alerta, sé cómo las gastan las Bellgard. Y Tracy, encima, es también una Guzmán. Doble peligro.

—Veo que esa vena sigue latiéndote en la sien —dijo Jillian sonriendo.

—¿Roberto, Jillian? —Walter lo dijo al fin—. Era mi hombre de confianza. Me pusiste en una situación...

—Me enamoré —dijo ella encogiéndose de hombros y al sonreír aquellos hoyuelos borraron el ceño fruncido de Walter.

—No tiene sentido discutir contigo —dijo él—, veo que tú no has cambiado nada.

—Te equivocas, sí que he cambiado —dijo Jillian poniéndose seria—. Tuve que renunciar a mi hijo, dejé que mi hija mayor se marchase también, todo por el miedo que tenía de no poder levantar cabeza por nuestros propios medios. ¿Sabes que Roberto intentó trabajar en otros ranchos, pero nadie quiso contratarlo?

—No tenía ni idea —dijo Walter con sincera sorpresa.

Jillian asintió.

—Mi padre se encargó de hacer correr la voz de que contratarlo enemistaría a cualquiera con los Bellgard y los Harbord. Es increíble lo rápido que corren las malas nuevas —dijo pensativa—. En México tuvo que conformarse con malos trabajos de peón y eso fue minando su confianza. Empezó a beber y a emborracharse y eso hizo que perdiera un trabajo tras otro. Cuando acudí a mi hermana, estaba desesperada, tenía cuatro hijos y otro en camino y mi panorama era desastroso.

Walter miraba al suelo jugando con una rama.

—Puedes decir lo que piensas, no me romperé porque me critiques —dijo Jillian.

El hombre levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Por qué tuviste tantos hijos, Jillian? —preguntó—. Si así estaban las cosas, no deberías haber traído tantos niños al mundo.

—Roberto es muy creyente —dijo ella—, para él los hijos eran una bendición. Quería la casa llena de niños.

—Pero no era una decisión que le atañese solo a él —insistió Walter.

—Tienes razón —dijo Jillian—, tienes toda la razón, y cuando entregamos a Harry se acabó. Juré que no volvería a quedarme embarazada y así fue. Pero, ¿sabes una cosa? Ahora me alegro tanto de tenerlos a todos...

—¿Incluso a Harry? —preguntó él sin ánimo de ser cruel.

—Incluso a Harry —dijo ella con tristeza.

—¿Por eso has venido?

Jillian asintió.

—Pues vamos, sé dónde encontrarlo —dijo Walter poniéndose de pie.

Harry cepillaba su caballo subido en una banqueta. El niño tenía brío y hacía el trabajo con ganas mientras le hablaba al animal como si fuese un amigo.

—Ian ha estado mejor que yo, ya lo sé —decía—, pero es un año mayor que yo y eso se nota...

—¡Harry! —lo llamó su tío.

El niño se volvió y sonrió.

—Hola, tío Walter —dijo.

—Ven, quiero presentarte a alguien.

El niño bajó de la banqueta y dejó el cepillo sobre ella para acercarse después a ellos.

—Esta es Jillian Guzmán, la madre de Tracy —dijo Walter—, y también la tuya.

Harry la miró entonces de otro modo y Jillian dio un paso hacia él.

—Hola, Harry, ¿cómo estás? —dijo tendiéndole la mano.

El niño estrechó aquella mano mostrándose algo confundido.

—Hola —dijo.

—Puedes llamarme Jillian, si quieres —dijo ella con ternura tratando de controlar sus emociones. Se parecía mucho a Berto, era igualito que él cuando tenía su edad.

—¿Cómo está usted? —preguntó el niño sin dejar de mirarla.

—Estoy bien, gracias —dijo ella—. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo? Hay muchas cosas que querría hablar contigo, pero no quiero importunarte.

Harry miró a su tío y este se encogió de hombros, esa era una decisión que solo podía tomar él.

—De acuerdo —dijo Harry.

—Pues vamos, y me enseñas un poco el rancho, que seguro que habrá cambiado mucho en estos años.

Los dos se alejaron de las caballerizas ante la mirada atenta de Walter que sintió un pellizco en su corazón.

—¿Lo has entendido, Harry? —preguntó Jillian mirándolo a los ojos con intensidad.

El niño asintió después de unos segundos.

—Sí, no lo hiciste porque no me quisieras —dijo—, ya lo sabía. Me lo explicó Tracy hace mucho tiempo.

Jillian sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Esa hija mía —dijo.

—Yo quería ir a vuestra casa, conoceros a todos —dijo Harry—, pero ella me explicó que al ser tan pequeño eso podría confundirme y meterme ideas raras en la cabeza, que yo era hijo de mi madre y que iría a conoceros cuando fuese lo bastante mayor para comprender todo lo que había pasado.

—Y así es —dijo Jillian—. Verás, cuando vengas a casa te darás cuenta de lo muchísimo que te pareces a tus hermanos. ¡Eres igualito que Berto!

Harry sonrió.

—¿Berto es el mayor, verdad?

Jillian asintió.

—Ahora vive en San Francisco, pero viene a vernos muy a menudo. Tenemos una tradición que es la de comer toda la familia junta los domingos —explicó Jillian—. Preparo una succulenta y variada comida y monto la mesa en el jardín para que estemos bien anchos. Es un momento muy especial. Ya lo verás cuando vengas con tu madre.

Harry se sorprendió de que incluyera a su madre.

—¿Ella querrá ir? —preguntó.

Jillian asintió.

—Es mi hermana —dijo—. Mi única hermana.

El niño pensó entonces en Tracy, que durante toda su vida había sido para él su

única hermana.

—¿Entonces Tracy va a vivir ya siempre aquí? —preguntó Harry sin disimular su alegría.

—Sí, Harry. Tracy es ahora la dueña del rancho Bellgard y será tu nueva vecina.

El niño empezó a hacer gestos de triunfo y a saltar sin parar. Jillian lo observaba con el corazón encogido. Hubiera querido abrazarlo, sentirlo pegado contra su pecho. Pero tuvo que contentarse con verlo feliz al saber que había recuperado a su hermana para siempre.

Capítulo 27

Tracy bajó de Cascabel y lo ató en el lugar de siempre. Cuando empezó a subir el cerro escuchó que se acercaba un jinete y su corazón se aceleró. Reconoció a Nathan desde mucho antes de poder distinguirlo, su manera de montar era inconfundible. Se paró a mitad de camino y lo esperó con las manos en los bolsillos, sin saber qué hacer con ellas.

Nathan bajó de su caballo y lo ató junto al de Tracy.

—Imaginé que estarías aquí —dijo acercándose—. Aunque dudé porque este sitio no tiene ninguna importancia para ti.

Tracy sonrió al recordar que había dicho eso cuando Richard le preguntó por el Cerro Viejo delante de Kate y Nathan. Subieron juntos y se sentaron donde lo habían hecho tantas veces desde niños.

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí —dijo Tracy.

—Lo sé —respondió él—, yo no he dejado de venir y siempre estuve solo.

—Siempre no —dijo ella.

Él la miró con expresión sincera.

—Debería disculparme por eso —dijo.

—No tienes que disculparte de nada, este no es un lugar privado, podías traer a quién te diese la gana.

—No, no podía —dijo él.

Tracy apartó la mirada sintiéndose incómoda.

—La primera vez que te vi, cuando llegaste con el pequeño Harry en los brazos y aquella cara asustada y triste decidí que sería tu protector —dijo Nathan, que parecía llevar un discurso preparado y no quería que Tracy se lo estropease—. Eres mi mejor amiga. Siempre tuve la sensación de que eras la persona que me conoce mejor, la que sabe lo que voy a decir antes de que haya tenido tiempo de pensarlo siquiera.

Tracy se sentía tan incómoda que hubiese salido corriendo si hubiera podido moverse, pero la tensión no la dejaba casi ni respirar. Aquella era una conversación para la que se había estado preparando. Si iban a vivir tan cerca el uno del otro, debía enfrentarse a ese momento y pasar página para siempre.

—Cuando me dijiste que te habías enamorado de mí fue como si me expulsaras del mundo que habíamos compartido durante años. Supe que de mi respuesta dependía conservar lo más valioso que tenía en mi vida —siguió Nathan ignorando los gestos de nerviosismo de Tracy—. Y si había algo que tenía claro era que no perdería nuestra amistad por nada del mundo, eso estaba por encima, incluso, de tus inoportunos y desacertados sentimientos.

Tracy giró la cabeza para mirar hacia el lugar más alejado de aquel cerro, pero no le iba a servir de nada, Nathan estaba dispuesto a hablarle a su nuca si era necesario.

—Pero encendiste esa maldita luz en mi cerebro. Hiciste que me preguntara si eso sería posible, si podría mirarte de otro modo distinto. —Nathan movió la cabeza recordando el caos mental que le provocó—. Y aquel sendero me llevaba hacia un lugar aterrador, Tracy...

Tracy cerró los ojos un instante. Ya estaba, lo había dicho y no había muerto de dolor. Seguía entera y su corazón seguía latiendo en su pecho. Respiró hondo y se volvió a mirarlo. La expresión de sus ojos la conmocionó más que sus palabras.

—¿Y si te hacía daño? —preguntó con voz intensa—. ¿Y si no era cómo tú esperabas? ¿Qué ocurriría si después de un tiempo uno de los dos decidía romper?

Cogió su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Pero cuando te marchaste... —susurró Nathan—, tu ausencia metió la mano en mi pecho y me volvió del revés el corazón. Soñaba contigo cada noche y empecé a desear el sabor de tus labios.

—Nathan no... —suplicó ella aterrada.

—Cuando fui a buscarte a Saltillo mi cerebro era un masa viscosa y lenta de reflejos. Te miraba y me preguntaba todo el tiempo qué era lo que quería de ti. Y me decía que estaba arriesgando lo más valioso que jamás hubiese tenido. Ya sé que la amistad está infravalorada, todo el mundo se llama amigo sin conocerse siquiera —hablaba con tanta pasión que sus ojos parecían lanzar llamaradas—. Pero yo sabía de verdad lo que era la amistad, tener a alguien a tu lado que conoce todo de ti, que no necesita que hables para saber cómo te sientes. Alguien a quien puedes acudir siempre, no importa el tiempo que estés alejado de ella, allí está esperando tu regreso.

Tracy asintió y se tragó las lágrimas que bajo ninguna circunstancia permitiría que brotasen de sus ojos.

—Pero cuando regresábamos al rancho en el coche no pude resistir más, me moría por besarte, por abrazarte...

—Nathan, no...

—Sí, Tracy, sí —dijo él cogiendo de nuevo su mano y poniéndosela en el pecho—. ¿Sientes cómo late? Se muere por ti. Cada pedazo de mi cuerpo se muere por ti, cada neurona de mi cerebro está loca por ti.

La atrajo hacia él y la besó con tanta dulzura que Tracy sintió aquellos labios rozándole el corazón.

—Ya no tengo miedo —dijo apartándose un poco para poder mirarla a los ojos—, sé lo que siento y no voy a perderte.

Nathan la empujó con suavidad hasta tumbarla sobre la hierba. Metió una mano debajo de su camiseta sin apartar los ojos de ella.

—Si no quise hacerlo en el coche fue solo porque estabas como una cuba —susurró—, me moría por estar dentro de ti, pero me daba miedo lo que pasaría cuando se

pasara la borrachera.

Tracy sentía los dedos masculinos rozando su pecho y su sangre a punto de ebullición.

—¿Sin alcohol también me deseas? —preguntó él.

No pudo aguantar más y lo atrajo hacia ella para besarlo. La boca de Nathan cayó sobre la suya sin resistencia y rápidamente su lengua se abrió camino entre las palabras dichas. Tracy dejó que los sentidos tomaran posesión del momento y comenzó a jugar con sus labios mordisqueando y acariciándolos después con la punta de la lengua. El ansia reprimida durante tanto tiempo hizo sus movimientos desenfrenados, mientras buscaban acomodarse en el cuerpo del otro. Ya se conocían bien y sabían el camino, habían recorrido el espacio que los separaba para llegar a la intimidad plena, pero esta vez era distinto.

Tracy le acarició la espalda bajando despacio hasta su trasero. Metió las manos en los pantalones y empujó sus nalgas hasta sentir la erección masculina presionando contra su sexo. Nathan bajó una de sus manos y la acarició entre los muslos provocando que se arqueara, presionándolo aún más y minando su ya escasa resistencia.

—Joder, Tracy —gruñó al tiempo que se metía, lentamente, dentro de ella.

Tracy seguía con las manos en sus nalgas y se agarraba con fuerza mientras que elevaba las caderas de manera acompasada aceptando lo que él le ofrecía, contrayéndose a su alrededor.

—No te muevas —susurró ella casi sin voz—, déjame sentirte ahí.

Nathan obedeció y se inclinó para besarla al tiempo que sus dedos jugaban con el botón de su pezón, pellizcándolo y tirando de él con suavidad pero con intención de llevarla hasta la desesperación.

—Ahora —dijo ella—, muévete, muévete...

Nathan continuó aumentando su deseo en aquel punto sensible sin moverse entre sus piernas. Sentía cómo apretaba su pene dentro de la vagina, notaba cómo trataba de enardecerlo para que le diese lo que quería, pero en lugar de eso rodeó uno de sus pechos con la mano y bajó su boca para morderle el pezón. Tracy gimió desesperada y se arqueó con ansia.

—No puedo soportarlo —dijo ella sintiendo que su sangre se convertía en magma candente y la abrasaba por dentro.

Nathan cogió sus manos y las aprisionó contra la hierba, inmovilizándola.

—Entonces ahora es el momento —dijo y empezó a moverse despacio y profundo, buscando su límite con un golpe final controlado.

Una y otra vez, sin soltar sus manos y sin apartar sus ojos de los de ella. Quería verla llegar al clímax, quería ser consciente de que era completamente suya, antes de dejarse ir.

Tracy observó a su tío sin descabargar de su montura. Walter Harbord era el mejor domador de todo el estado, sin lugar a dudas. Había enseñado a muchos otros que habían visitado el rancho tan solo para que él les diese algunas clases. Como si aquello pudiese aprenderse en un par de clases. Lo había visto calmar a auténticas bestias que habrían asustado al mismísimo Hércules. Era un trabajo de días, en algunos casos, de semanas. Primero con repetitivos ejercicios, visitándolos a diario para que se familiarizaran con su olor y con su voz. Después manteniendo el contacto físico, una mano puesta permanentemente en su lomo y susurrándoles al oído. Jamás lo había visto usar la violencia, con ninguno de sus animales. Respetaba profundamente a aquellos animales y Tracy estaba segura de que ellos lo sabían.

Esperó hasta que Walter se percató de su presencia y dejó a Salvatore al cuidado de Ramiro, su segundo en la doma de caballos. Tracy bajó del caballo y se acercó.

—Excelente ejemplar —dijo ella señalando al semental.

—Espero que así sea —dijo él.

—Tenemos que hablar —dijo la joven.

Walter asintió.

—Pero me gustaría que Felicia también estuviese presente —dijo Tracy.

—Vamos hacia allí, entonces —dijo su tío—, aquí ya he terminado por hoy.

Subieron cada uno a su montura e iniciaron un ligero trote que les permitiese hablar.

—Fue genial ver a tu madre —dijo él.

Tracy asintió.

—Para ella también —respondió Tracy.

Él la miró escrutador y al ver que era sincera, asintió.

—Supongo que ya conoces nuestra historia —dijo resignado.

Tracy se encogió de hombros.

—Conozco su versión —dijo sonriendo.

—Estoy seguro de que es la auténtica —respondió él.

—Lo importante es que el pasado se quede en el pasado —dijo Tracy.

—Supongo que sí —dijo Walter—. Estoy seguro de que a Nathan y a ti os irá bien juntos.

Ahora fue Tracy quien lo miró escrutadora para comprobar si era sincero. Walter sonrió.

—No he sido un buen tío para ti —dijo—, pero me esforzaré en ser un buen suegro.

Los dos mostraron una amplia y sincera sonrisa.

—Podrías empezar enseñándome a domar caballos —dijo Tracy.

—Hecho —respondió él.

—Quiero proponeros que unamos los dos ranchos —dijo Tracy frente a Walter y Felicia—. Yo estoy dispuesta a trabajar duro para conseguir poner el Bellgard en funcionamiento. Conseguiré que vuelva a ser un rancho rentable. Voy a plantar aloe vera, he hecho un estudio de mercado y ya he contactado con varios compradores muy interesados. Además voy a ayudar a mamá a comercializar una línea cosmética basada en el gel de la abuela Betsy.

Walter y Felicia se miraron sorprendidos.

—No has perdido el tiempo —dijo su tía.

—La tierra es buena, yo tengo muchas ideas y ganas de trabajar. Si cuento con el apoyo de un gran rancho como Little Bit y vuestros enormes conocimientos sobre todo lo que tiene que ver con su funcionamiento, estoy segura de que se convertirá en una inversión con gran futuro.

Walter no pudo evitar una sonrisa.

—Hay que reconocer que eres vehemente, niña —dijo, y miró a su cuñada—. Igualita que su madre, ¿verdad, Felicia?

—La misma pasión y entusiasmo que ponía Jillian en todo —corroboró su tía.

—Ese era el sueño del abuelo —dijo Tracy sonriendo—, pero no dejaremos que eso lo malogre.

El taxi se detuvo frente a la puerta y Tracy pagó al conductor dándole las gracias. Cogió la mano de Nathan y entrelazaron sus dedos mientras caminaban hacia la casa. Jillian salió a recibirlos tras la primera llamada, los estaban esperando. Atravesaron la casa y salieron al jardín trasero donde ya estaba preparada la mesa para la comida familiar. Berto, Clara y Mario se levantaron para saludarlos en cuanto los vieron. Roberto y Pablo, que preparaban la carne y las verduras en la barbacoa, se volvieron al escuchar sus voces.

Tracy soltó a Nathan y acercándose a Felicia con una sonrisa cómplice, pasó un brazo por los hombros de Harry y lo colocó frente a su familia.

—Este es Harry —dijo emocionada—, nuestro hermano.

Pablo cogió las pinzas de la mano de Roberto y el hombre se acercó muy despacio a aquel niño que tenía sus ojos.

—*Ay güey* —susurró.

El niño lo miraba con sus enormes ojos negros.

—Hola Harry —dijo tendiéndole la mano—. Yo soy Roberto.

—Encantado —dijo el niño, con natural inocencia, estrechando su fuerte mano.

Roberto asintió con lágrimas en los ojos.

—Harry, hermano —dijo Berto acercándose—, yo soy Berto.

Uno tras otro se presentaron, y cuando consiguieron relajar la emoción de aquel primer momento, empezaron a conocerse, que era lo único que realmente importaba.

Nathan y Tracy se casaron. El rancho Bellgard y Little Bit se unieron, como había deseado el abuelo. Gracias a la ayuda de Tracy, Jillian patentó la fórmula del gel de la abuela Betsy y consiguió varias ofertas de laboratorios cosméticos para producirlo a gran escala. Felicia superó la enfermedad y recuperó la alegría que ella misma se había sustraído durante todos aquellos años. Harry comprendió que formaba parte de dos familias y creció asumiéndolo con normalidad. Roberto hizo las paces con su pasado y pudo visitar a su hija en el rancho sin que el rencor emponzoñase todo lo bueno que ahora tenía.

Y Walter, que era el único y auténtico perdedor en esta historia, fue capaz de asimilar que la vida está plagada de momentos y que a las personas no se las posee. Tan solo se comparte con ellas pequeñas porciones de existencia, no siempre del modo que uno desearía. Pero que si amas, debes ser capaz de encontrar el modo.

Capítulo 1

Henrietta Tomlin se miraba en el espejo con aquella expresión entre ácida y deprimida con que se enfrentaba siempre a ese momento tan dramático: el visto bueno de su madre.

—Henrietta, ya te dije que el color verde no te favorece nada —dijo lady Margaret mirando a su hija con reprobadora expresión—. El de encaje blanco hubiese sido mucho más adecuado para... tu físico.

Henrietta sabía perfectamente lo que su madre estaba diciendo, en su cabeza había escuchado, una a una, todas las palabras que lady Margaret no se había atrevido a pronunciar.

«—Henrietta ese vestido fue hecho para una joven hermosa y no para alguien con un físico tan vulgar y corriente como el tuyo.»

—Querida mía —dijo su madre acercándose a ella y haciéndole un gesto, que quería ser una caricia, en una de sus pálidas mejillas—. No debes angustiarte, ya sabes lo que siempre digo, lo más importante es reconocer nuestros defectos y carencias. No es aconsejable esperar a que sean los demás los que los descubran por nosotros

—Sí, mamá. Me lo has dicho muchas veces y gracias a ti tengo todas mis carencias muy asumidas. Mi nariz es demasiado pequeña, mis ojos demasiado grandes, mi boca excesiva... —recitó la joven.

—¡Eso es! Eres igualita que tu padre. —Sonrió lady Margaret caminando hacia la puerta—. Tienes tiempo de cambiarte, pero apúrate, salimos en cuanto tu hermana esté lista. ¡Lidia! ¿A dónde vas?

—A ver a mi hermanita. ¡Oh, Henrietta, estás preciosa! El color verde hace juego con tus ojos.

Lidia era la hija menor de los Tomlin. Era una joven elegante y muy hermosa que en nada se parecía a su hermana mayor. Lady Margaret siempre decía que era como ella cuando era joven.

—Estaba a punto de quitármelo —dijo la primogénita de la familia—. Mamá piensa que no me favorece nada.

—¿Por qué dices eso, mamá? —dijo Lidia mirando a su madre—. Está guapísima.

—Para eso tendría que serlo —murmuró lady Margaret.

—¿Qué has dicho mamá? —preguntó Lidia ahuecando la falda del vestido de su hermana—. No hables tan flojito que no se te entiende.

—Debes terminar de arreglarte, Lidia, la fiesta es en tu honor y no puedes descuidar ningún detalle.

Lidia miró a su hermana con cara de fastidio aprovechando que su madre estaba a sus espaldas y no podía verla.

—Ya estoy casi lista, mamá, solo tengo que ponerme las joyas y bajaré. Por cierto, papá te estaba buscando —mintió.

—¡Este hombre no sabe hacer nada sin mí! ¡No sé qué va a ser de él el día que yo no esté!

Lady Margaret salió de la habitación y las dos hermanas se quedaron solas. Lidia puso a Henrietta frente al espejo y asomó la cabeza por encima de su hombro.

—Estás guapísima, no hagas caso de lo que diga mamá, nunca quiso a la abuela Nancy y tú le recuerdas a ella.

—Querida Lidia, sabes que nunca me importó no ser guapa. —La joven se encogió de hombros—. Lo prefiero, me resultaría agotador ser como tú y tener que bailar con todos los jóvenes que asistan a la fiesta, y ser agradable y tener que sonreír todo el tiempo.

Lidia se echó a reír.

—Aún recuerdo lo que le hiciste al pobre señor Bradley en el último baile del año pasado. ¡Ja,ja,ja,ja,ja! —Lidia no podía parar de reír al recordar.

—Estoy segura de que escuché a lady Natalie decir que le había reservado un baile —dijo Henrietta poniendo cara de inocente.

—¡Eres mala! ¡Ja,ja,ja,ja,ja,ja! —Lidia abrazó a su hermana y la besó en la mejilla—. Te adoro, ¿lo sabes verdad?

—No más que yo a ti —dijo Henrietta devolviéndole los cariños.

—Hoy va a ser un baile maravilloso —dijo Lidia apartándose y dando vueltas para lucir su precioso vestido azul turquesa—. No quiero que olvides nunca lo feliz que me siento, Henrietta.

—No lo olvidaré —dijo la joven sonriendo—, pero tú siempre te sientes feliz, Lidia.

—No es cierto —dijo acercándose y cogiendo las manos de su hermana—. Recuerda que hace un tiempo estuve muy triste, casi desesperada.

Henrietta frunció el ceño.

—Fue cuando Robert estuvo fuera tanto tiempo. Es normal, es tu prometido y lo echabas de menos.

Lidia miró hacia la puerta y luego sonrió.

—Sí, sí, fue entonces.

Henrietta percibió algo extraño en su hermana.

—Lidia, ¿tú quieres a lord Worthington, verdad?

Lidia estaba dando vueltas y se detuvo dándole la espalda.

—Claro, hermanita.

Henrietta seguía con el ceño fruncido cuando se acercó a su hermana y se puso delante de ella, obligándola a mirarla.

—Lidia, dime la verdad. Hoy es vuestra fiesta de compromiso, papá necesita el dinero que le ha prometido lord Worthington, pero lo importante es que tú seas feliz. No debes sentirte obligada a sacrificarte, si no amas a...

—Tranquila, Henrietta, te doy mi palabra de que solo me casaré por amor —dijo con intensidad.

Lidia respiró hondo y luego le brindó la sonrisa más dulce a su hermana pequeña.

—Tú no deberías preocuparte de esas cosas de hombres —dijo—. Lord Worthington es inmensamente rico y procede de una de las familias con mayor abolengo de toda Inglaterra. Además, es muy atractivo y culto. Es solo que preferiría que fuese un poco más divertido, menos serio.

—Todavía recuerdo las cosas que decías de él cuando le conociste en casa de los Harrington. Estabas convencida de que iba tras Terese y decías que era demasiado buen partido para ella. Siempre estabas hablando de él, que si era muy distinguido, que si era muy guapo...

Lidia se apartó de su hermana, molesta porque le recordase aquellos tiempos.

—Yo era joven e inexperta —dijo.

—¿Joven e inexperta? ¡Lidia! No deberías hablar de ese modo, cualquiera que te oyese pensaría que te has vuelto... superficial.

—Henrietta, no quiero que te enfades conmigo —dijo Lidia abrazando a su hermana—. No podría soportarlo.

Henrietta abrazó a su hermana pequeña dándole golpecitos en la espalda.

—Claro que no, Lidia, no podría enfadarme contigo jamás. Pero no quiero que hagas algo que no quieras hacer solo porque la familia cuente con ello. Si no quieres a Robert debes hablar con papá y explicárselo. Encontraré otro modo de sanear nuestras cuentas.

Lidia se apartó para mirar a su hermana y sus enormes ojos ámbar, los ojos más bellos que Henrietta hubiese visto jamás, la miraron con tal dulzura que la joven se estremeció.

—No me extraña que todos te adoren —dijo.

Lidia sonrió.

—A ti no te gusta nada Robert —dijo.

—Mi opinión no importa —respondió la hermana mayor acariciando los rizos de la pequeña.

—A mí sí me importa. Dime qué piensas de él.

Henrietta meditó unos segundos antes de hablar.

—Pues creo que es un presuntuoso —dijo al fin—, y he visto en su mirada algo oscuro...

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Rio Lidia—. Tienes que dejar de leer esos libros que lees,

hermanita, te están anegando el entendimiento. No todos los hombres pueden ser Darcy.

Henrietta sonrió.

—En eso tienes razón.

Lidia se acercó al tocador y cogió algo de debajo de los guantes de su hermana.

—¿Otra vez leyendo estas cosas? —dijo aireando la publicación feminista—.

Henrietta, te vas a meter en problemas. Si nuestros vecinos descubren que eres una mujer con ideas, los jóvenes se asustarán de ti, no se atreverán a cortejarte.

Henrietta sonrió a su hermana con dulzura.

—No debes preocuparte por mí, Lidia, no podría dejar de pensar aunque lo intentase. No sería bueno que mi posible esposo creyera que se casa con una mujer fea y descubriese más tarde que, además, piensa. Eso podría ser muy traumático para él y no sería justo.

—¿No te da miedo quedarte soltera? —preguntó su hermana con cara de susto.

Henrietta pensó antes de responder.

—Sé que la vida de una mujer es mucho más dura sin la protección de un hombre, pero papá siempre me dice que mientras él esté en este mundo no me faltará de nada. Y yo espero que tenga una larga vida. —Sonrió—. Cuando llegue el momento actuaré según las circunstancias. De nada sirve que me preocupe por algo sobre lo que no tengo ningún control.

Cogió la revista de manos de su hermana y la escondió en un cajón, no le importaba que Lidia conociese sus secretos, pero no deseaba que su madre se enterase de nada.

—Si las mujeres pudiesen decidir sobre sus vidas... —Miró a Lidia y los ojos le brillaban al imaginar un mundo distinto, en el que una mujer no estuviese obligada a casarse para poder subsistir—. Algún día las cosas cambiarán, estoy segura.

Lidia negó con la cabeza, pero sin dejar de sonreír.

—Estás loca si piensas eso, Henrietta. Pero dejemos la cháchara y terminemos de arreglarnos. Estoy convencida de que esta será una noche maravillosa, va a estar todo el mundo, incluso los Roswell —dijo Lidia caminando hacia la puerta—. ¿Te acuerdas de Lawrence Roswell, verdad?

Henrietta se quedó mirando la puerta cuando Lidia salió. Sí, se acordaba de lady Roswell y su hijo Lawrence. Conocía demasiado bien a su hermana como para no darse cuenta de que había un mensaje oculto en aquella pregunta. La joven se volvió a mirar al espejo. ¿Estaría Lawrence interesado en ella? Era un joven guapísimo, con una mirada estremecedora.

Henrietta sonrió al espejo. Quizá el baile no fuese tan aburrido para ella esta vez.